PROXIMA

Nº1 · VERANO

MARZO 2009

LA ERA DE ACUARIO
de Carlos Gardini

CUENTOS DE:

Germán Amatto
Laura Ponce
Diego Escarlón
Paula Salmoiraghi

ediciones ayarmanot

CONTENIDO

EDITORIAL..... Pág. 02

La Era de Acuario, de Carlos Gardini

Ilustrado por Fraga..... Pág. 04

La Boca, de Germán Amatto

Ilustrado por Pedro Belushi..... Pág. 22

La Ciudad del Domo, de Laura Ponce

Ilustrado por Nahuel Ponce..... Pág. 30

Nanos, de Diego Escarlón

Ilustrado por Fraga..... Pág. 45

El Otro Extremo, de Paula Salmoiraghi

Ilustrado por Néstor Toledo y MC Carper... Pág. 49

ILUSTRADORES..... Pág. 55

ONDAS FRAGUIANAS..... Pág. 56

Tapa: "Faro", de Guillermo Vidal
Contratapa: anuncio del próximo número

PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género Fantástico y la Ciencia Ficción producidos en el mundo hispano hablante. Es una publicación sin fines de lucro. Las colaboraciones no son pagas. Los autores, tanto escritores como ilustradores, mantienen los derechos sobre sus obras. Los nombres y situaciones aparecidos en los relatos son ficticios. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Dirección:
Laura Ponce

Diseño y Dirección de Arte:
Bárbara Din

Distribución:
Martín A. Ramos

Correo electrónico:
edicionesayarmanot@yahoo.com.ar

ediciones ayarmanot

EDITORIAL

Cuando empecé a imaginar este proyecto, me dije que quería hacer la revista que a mí me gustaría comprar y, al intentar definir qué características debía reunir, lo primero en mi mente fue: "tiene que traer cuentos como LA ERA DE ACUARIO". Considero ese cuento en particular como un fino ejemplo de la mejor literatura, dentro y fuera de la Ciencia Ficción o del género Fantástico, y me di cuenta de que con ese pensamiento acaba de perfilar la línea editorial.

Después comencé a pensar en la cantidad de material que había para publicar y en los autores talentosísimos cuyo trabajo yo conocía, trabajo que merecía ser difundido, pero que también merecía más que eso: merecía ser alentado y potenciado, merecía ser considerado en conjunto y no como obras o creadores aislados, merecía ser considerado como parte de algo mucho más grande, algo que está pasando aquí y ahora.

Para eso llega PROXIMA

Su propósito es generar un espacio fresco y nuevo, activo.

Albergará tanto a autores reconocidos como a nuevos talentos, los acompañará en sus aventuras espaciales, en sus búsquedas interiores o cuando desafíen los límites de la realidad, y les ofrecerá un sitio donde exhibir sus mejores trabajos.

En esta galería, ustedes, los lectores, hallarán relatos e imágenes crudos y fascinantes, de esos que inquietan, conmueven, cuestionan, de esos que no se olvidan con facilidad, y serán testigos de cómo el futuro comienza a hacerse presente.

Bienvenidos.

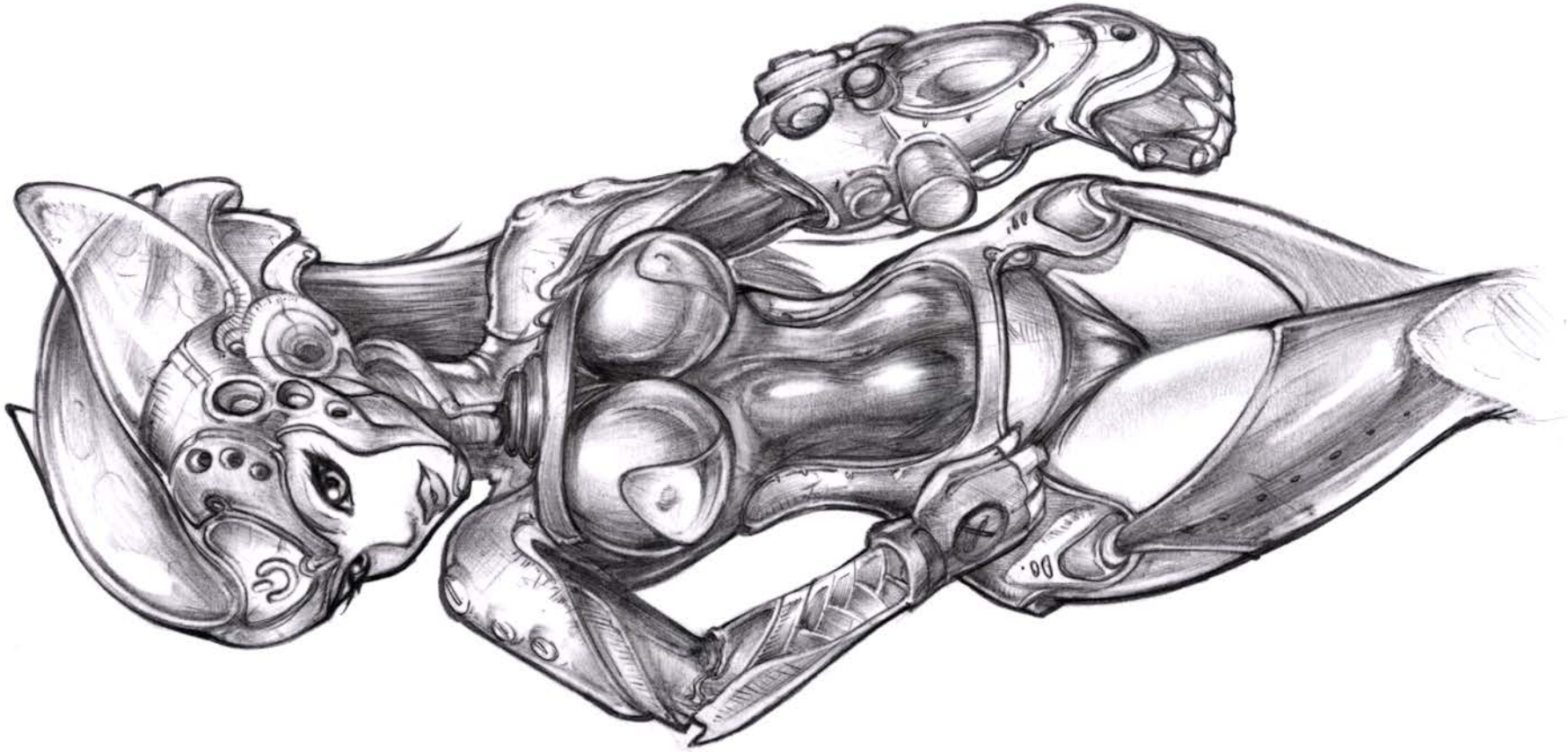
Pasen y vean.

Laura Ponce

PROXIMA

Nº1 · VERANO

MARZO 2009



LA ERA DE ACUARIO

CARLOS GARDINI

La hoguera cubría el horizonte y el mar resplandecía como fuego líquido. Aun a kilómetros de distancia podíamos ver las llamas que arrasaban Nueva Sumatra. Toneladas de ignito devoraban la selva. Creí oír un gemido animal, pero me dije que no se podía oír nada desde tan lejos.

—Espero que los shingos la estén pasando mal —le dije a Olga Montrel, mi confidente y copiloto. Disfrutábamos de un descanso después de horas de vuelo ininterrumpido. Mirábamos el incendio apoyados en la baranda que daba al mar. Alrededor de las llamas la noche de Acuario era opaca y negra como carbón. El humo y las nubes tapaban las estrellas, y me alegraba no verlas porque no quería sentir nostalgia.

—A veces yo también quisiera odiarlos —dijo Olga—. Pero no sabemos mucho sobre ellos.

No sabíamos mucho, al margen de las fotos que nos habían mostrado en las lecciones de entrenamiento. Según las fotos eran amarillos, bajos, humanoides y repugnantes. Nos mostraban las fotos para que viéramos al enemigo invisible.

—Estoy agotada —dijo Olga—. Voy a aprovechar el descanso para dormir.

—¿Con quién vas a soñar? —le pregunté.

—Los soldados no sueñan —dijo Olga.

Aferré la baranda y miré el espejeo de las llamas en el oleaje. Las aguas parecían mansas, pero esa corriente podía arrastrar a un hombre hasta Nueva Sumatra en menos de un día. De pronto me sentí mal. El cuerpo me ardía. Tuve ganas de tirarme al mar.

—A veces me pregunto por qué hacemos esto —murmuré.

—Por la más antigua de las razones —dijo Olga.

—¿Dinero?

—Desesperación —dijo Olga. Me palmeó el hombro y se despidió—. ¿Vas a dormir?

—Tal vez tome unos tragos con Am-Bó.

—No te emborraches demasiado —dijo Olga mientras caminaba hacia la barraca—. Mañana tenemos lección. —Dijo algo más, pero el paleteo de un helicóptero que aterrizaba en el hospital de la base le tapó las palabras.

No me emborracharía demasiado, pero me emborracharía. Tomaría el ómnibus militar hasta el pueblo y empinaría unos tragos con Am-Bó. Pocos, pero no por cuidar mi salud, sino mi bolsillo. Quería tener un buen fajo cuando completara mis dos años de servicio en Acuario. Un año de Acuario era un poco más corto que un año terrestre, pero ése era sólo un dato académico. En el mundo real, dos años en Acuario eran una eternidad en el infierno.

Nuestro consuelo era que la Tierra tampoco era un paraíso, aunque quizá pudiera serlo con una buena cuenta bancaria. A la vuelta quería contar que había pasado dos años matando shingos, pero aclarando que además de héroe era rico. Los soldados no sueñan. El dinero era el mejor pasaporte a la gloria.

Me encontré con Am-Bó en la parada del ómnibus. Nos llevábamos bien, y yo casi no hablaba con el resto de los pilotos. En realidad, tampoco hablaba mucho con Am-Bó. Tal vez por eso nos llevábamos bien. Esa noche Am-Bó su-

daba febrilmente. La tez oscura le brillaba como un grano de café.

—Me siento mal —dijo—. Estoy descompuesto.

—Nos pasa a todos. Es como si hubiera algo en el aire.

—Son las llamas —dijo Am-Bó—. ¿Viste las llamas? Nunca las habíamos visto con tanta claridad desde aquí.

—Nunca habíamos tirado tantas bombas.

—Tantos árboles quemados —dijo Am-Bó.

—Los botánicos plantarán bonitos árboles cuando terminemos con los shingos.

—¿Por qué hacemos esto? —dijo Am-Bó—. ¿Sólo por dinero?

—Por generosidad —dije—. Nos gusta sacrificarnos por las generaciones futuras.

Subimos al ómnibus con otra media docena de amantes del sacrificio, todos ansiosos de brindar por las generaciones futuras. El ómnibus nos llevó hacia el pueblo por el camino de la costa. Camino era una forma de decir. La tierra ripiosa y mal apisonada de Acuario repiqueteaba contra la parte inferior del ómnibus. Pueblo también era una forma de decir. Era un caserío que había crecido a la sombra de la base militar y ni siquiera tenía nombre. Pocas cosas tenían nombre en Acuario, o preferíamos no averiguarlo. En el caserío había ganapanes de toda calaña que se empeñaban en sacarnos la plata que nosotros queríamos ahorrar. Había drogas, alcohol, prostitución para todos los gustos. Los soldados no sueñan, pero necesitan distracción. Al borde del camino había un letrero:

PUEBLO: 1 KM.
BASE: 3 KMS.
TAHITÍ: 7 AÑOS-LUZ, KILÓMETRO MÁS O MENOS

Tahití era uno de esos nombres que se repetían en mi vida. Muchos años atrás, cuando el mundo y yo éramos más jóvenes, un profesor de geografía me había explicado que era una isla con palmeras, playas, cocos y mujeres, más cocos que palmeras, y más palmeras que mujeres. Un paraíso bajo el sol, decían las agencias de turismo: un paraíso bajo un sol que no era el disco pálido que iluminaba el cielo de Acuario. Quizá las agencias de turismo y los profesores de geografía mentían y Tahití era sólo otra ruina en el basural de la Tierra. Mi profesor había explicado que era uno de los pocos lugares que habían sobrevivido intactos a la Guerra Limitada de 2053. Cuando le pregunté cómo eran los cocos, me respondió que eran cosas peludas que colgaban de las palmeras. Espero que las mujeres no sean peludas, dije yo. Quién sabe, dijo mi profesor, el mundo no es como antes. Eso decían todos, que el mundo no era como antes. Pero yo no renunciaba a la esperanza de vivir un día entre palmeras con el dinero acumulado por arrojar toneladas de ignito sobre otros árboles que quizá también tenían cosas peludas.

—¿No estás casado? —preguntó Am-Bó. Sin duda se sentía mal. Él nunca hacía esas preguntas.

—No —le dije.

—Eso está mal —gimió Am-Bó, aferrándose el vientre.

Am-Bó era mala compañía esa noche. Viajó encorvado en el asiento todo el trayecto, y cuando llegamos al pueblo caminó encorvado por la calle, dando arcadas y preguntándome por qué no me había casado. La calle presentaba el habitual desfile de rameras, rufianes, traficantes y soldados de todas las razas y todos los sexos. Había guardias de seguridad por todas partes. Se decía que los shingos podían llegar hasta allí y tomarnos por sorpresa. Sin embargo nadie había visto un shingo en ese lugar, y los guardias de seguridad se dedicaban a arrestar, aporrear y extorsionar. La civilización daba sus frutos. Ya éramos una sociedad sofisticada.

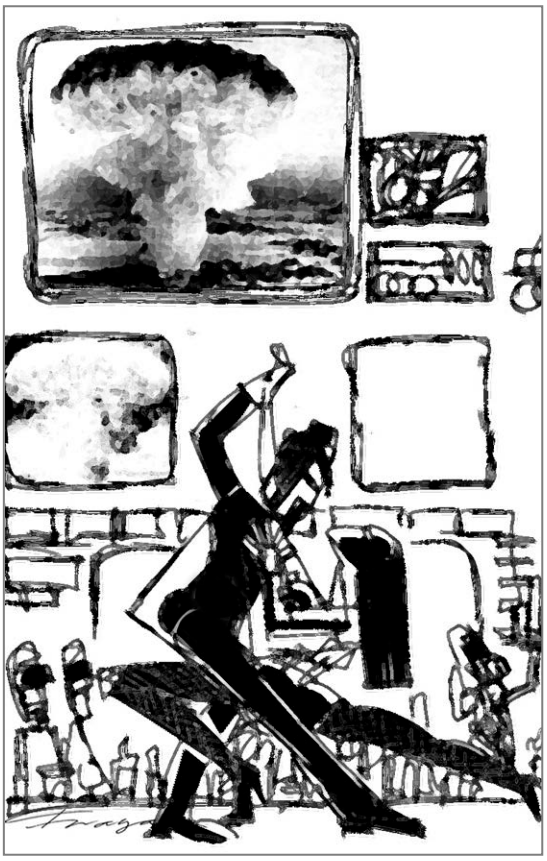
Am-Bó y yo entramos en nuestro bar favorito, Mundos En Colisión. Un cartel de neón que colgaba sobre la entrada ilustraba los mundos en colisión: genitales de ambos sexos chocando eléctricamente por obra de los efectos luminosos. Adentro nos recibió la acostumbrada onda sísmica de música machacona y colores rabiosos. Una pareja desnuda bailaba un tango en una tarima. Alrededor se apiñaba gente borracha, o fumada, o ambas cosas. En un mural de video que ocupaba una pared entera se proyectaban escenas sexuales y explosiones nucleares. Órganos velludos se confundían con hongos de humo brillante. Nos sentamos a una mesa y pedimos un trago.

—¿Por qué no te casaste? —insistió Am-Bó—. Tendrías que haberte casado.

—¿Para qué, Am-Bó?

—Casarse, tener hijos. Es lo natural, no?

—¿Quién quiere tener hijos en ese basural, Am-Bó?



—En mi tribu tenemos hijos —dijo Am-Bó—. Mi gente no vive en un basural. Amamos la naturaleza.

—Yo también, Am-Bó —dije, pensando en palmeras y mujeres. La naturaleza, para Am-Bó, era una aldea miserable donde la gente no moría de contaminación sino de causas más puras como las fieras y el hambre. Se había enlistado para estar a siete años-luz de la naturaleza.

—¿Viste esas llamas? —dijo Am-Bó—. Nunca habíamos visto las llamas desde aquí. Nunca.

—Calma, Am-Bó. Aquí adentro no hay llamas. Sólo hongos nucleares.

—Pidamos otro trago —dijo Am-Bó.

Un par de querubines, macho y hembra, o algo a medio camino entre ambos polos, se acercaron para ofrecernos sus respectivas mercaderías.

—No —dijo Am-Bó—. No, no, no. Quiero ver a mis hijos.

—Juguemos a que hacemos más —le dijo el querubín hembra.

El otro me sonrió y me tocó las alas del cuello del uniforme.

—Piloto, ¿eh? ¿Por qué no vamos a volar, soldado?

—Esas llamas —dijo Am-Bó—. No me las puedo quitar de la cabeza. Tantos árboles quemados.

—Hoy es oferta especial —me dijo el querubín macho.

—Oí que esta semana abarataron la carne —dije—. Pero soy vegetariano.

El querubín hembra lo apartó de un empujón.

—No le gustan los hombres —dijo—. No me hagas perder clientes. —Me acarició la mejilla, y también acarició a Am-Bó—. ¿Qué tal un vuelo para tres? Clase económica. No es tan mala como dicen.

—Basta —dijo Am-Bó. Partió el vaso contra el canto de la mesa y empezó a levantarse. Esgrimía el vaso roto como un cuchillo. Vi a un guardia de seguridad apoyado en el mostrador, observándonos. Un escándalo podía significar varios días de arresto. Varios días de arresto eran varios días de vida garantizada, pero también varios días sin paga, más descuentos por esa inmundicia que llamaban comida y las demás gentilezas de la hotelería carcelaria. La muchacha abrió la boca para gritar. Se la tapé y la senté en mis rodillas.

—No te pongas histérica —dije—. Él es inofensivo, sólo que odia los vasos. —Miré severamente a Am-Bó, que se sentó y soltó el vaso roto.

La muchacha me acarició el cuerpo. Le dejé la boca libre y empezó a besarme.

—Tendrías que casarte —dijo Am-Bó. Había bebido de más, o tal vez de menos—. Esas llamas —dijo. Y añadió—: Lumdara.

—¿Qué es eso, Am-Bó?

—Lumdara —repitió—. Esas llamas. Lumdara.

Me incliné sobre la mesa para tranquilizarlo. Sin querer apretujé a la muchacha, que soltó un quejido y me pellizcó el brazo.

—Voy al baño —dijo Am-Bó—. Me siento mal. —Se levantó y se abrió paso a empujones en la multitud de los que bailaban, bebían o copulaban en el humo y las luces.

—¿De dónde sacaste a ese energúmeno? —preguntó la muchacha.

—No sé elegir bien mis compañías.

—Te puedo enseñar. ¿Qué tal la mía, por ejemplo?

—De acuerdo —dije—. Me gusta tu conversación.

—¿Sólo eso?

—No tengo plata para el resto.

—¿Quién te enseñó a tratar a las mujeres? ¿Ese amigote?

—No —dije—. Soy autodidacta.

Se levantó bruscamente y se fue. No la eché de menos. No era mi noche para mujeres. Me quedé sentado, bebiendo y mirando los hongos nucleares en el mural de video. La música me martillaba los oídos. Era justo lo que necesitaba para tener la mente en blanco. Los soldados no sueñan. Creí oír de nuevo ese gemido animal, pero me dije que no se podía oír nada con tanto ruido.

Al cabo de media hora Am-Bó aún no había regresado. Decidí ir al baño a buscarlo. En mi apuro, empujé sin querer al querubín que me había tocado las alas del uniforme. Se estaba besuqueando con uno de los pilotos.

—Adiós, rudo —me gritó el querubín—. No te hagas encima.

Entré en el baño y busqué a Am-Bó. Varios cuerpos en diversas etapas de desnudez se revolcaban en el suelo. Uno de ellos era negro y se meneaba sobre alguien de tez cobriza. Me acerqué y le toqué el hombro.

—No fastidies —rezongó una voz que no era la de Am-Bó—. Hay para todos si quieren pagar.

Abrí una por una las puertas de los retretes individuales. En casi todos había dos o tres individuos disfrutando de sus mundos en colisión. No me miraron con simpatía. En el quinto retrete encontré a Am-Bó. Estaba sentado en el inodoro, el caño de la pistola en la boca, los ojos abiertos y la cabeza destrozada. Un cuajarón de sangre y sesos manchaba la pared.

—Dios mío —dije.

Retrocedí, dejando la puerta abierta.

—Dios mío —repetí, alzando la voz.

—No creo que lo encuentres aquí, amor —me dijo una de las muchachas que antes se revolcaba en el suelo.

—¿Nadie oyó el disparo? —pregunté, señalando el cadáver de Am-Bó.

La muchacha lo miró sin curiosidad, acomodándose la ropa.

—Me pareció oír un ruido fuerte —dijo—. Qué lástima. Creí que era ese éxtasis dorado del que hablan las revistas.

En la sala de instrucción, la gente hablaba para matar el tiempo mientras esperaba. Yo no hablaba para matar el tiempo sino porque era una pila de nervios. Mundos en colisión se estrellaban en mi cabeza.

—No fue tu culpa —insistió Olga—. Algunos no pueden aguantar.

—Se sentía mal —repetí—. No debí dejar que fuera solo al baño.

Olga me tomó la mano.

—Vamos, Sikorsky —dijo—. No se puede ser Dios. ¿Cómo ibas a saber que quería matarse?

—No se portaba normalmente.

—Aquí nadie se porta normalmente.

—Me preguntó una y otra vez por qué no me había casado. Repetía una palabra, Lumdara. ¿Qué es eso?

—¿Lumdara? Alguna vez me habló de eso. Es una palabra religiosa. Dios, o algo parecido. El lugar donde los que mueren se reúnen con sus antepasados.

—Supongo que allí es donde está ahora. Pobre diablo. Dondequiera que esté, no puede estar peor que aquí.

—Siempre alentador, Sikorsky. Es una alegría tenerte cerca.

—Perdón, te agüé la fiesta. Olvidaba que teníamos que celebrar un entierro.

—Los soldados a veces mueren, Sikorsky. ¿No lo sabías? —Olga me soltó la mano. Sonreía, pero tenía los ojos húmedos.

—No es justo. Am-Bó no merecía morir así.

—¿Quién te contó que la vida es justa?

El oficial de instrucción entró en la sala y todos callamos. Nos pusimos de pie para saludar.

—Pueden sentarse —dijo el oficial, quitándose los anteojos. Siempre se quitaba los anteojos para no vernos bien las caras. Odiaba ver nuestras caras, y había tenido la gentileza de explicarlo desde el primer día.

Desplegó un mapa sobre la pizarra. En el mapa había islas. Una de ellas estaba coloreada de verde y tenía casi el tamaño de un continente. Conocíamos de memoria ese mapa y esa isla. Esa isla era Nueva Sumatra, la lengua de fuego que brillaba sobre el horizonte en la noche. Eso era Acuario para nosotros: pequeñas islas ripiosas y una isla grande cubierta de vegetación y poblada de shingos. Se llamaba Nueva Sumatra porque el contorno se parecía al de la isla de Sumatra de la Tierra. El universo no era muy original, y a años-luz de distancia repetía diseños como si nadie pudiera descubrir su falta de creatividad. El que había llamado Acuario a ese mundo de mares e islas tampoco era muy original. Nuestra base, un puesto de frontera en permanente contacto con una precaria estación orbital, estaba en una de las islas pequeñas, pero Nueva Sumatra había sido el objetivo inicial de la campaña de colonización. Los primeros colonos habían fumigado la selva con gases tóxicos para ganarle espacio a esa Tierra Prometida. La selva creció de nuevo, cercó y ahogó los poblados. Muchos colonos murieron o desaparecieron. Los fugitivos echaron la culpa de las muertes a tribus humanoides. Mostraron fotos de enanos amarillos y pidieron protección armada. Atacaron la selva con gases, llamas y explosivos, pero la vegetación siempre crecía de nuevo, cada vez con mayor celeridad. La compañía de colonización se negó a invertir más dinero y pidió intervención militar. Los militares anunciaron que harían las cosas a su manera: invadirían la isla, dejarían unos enanos de muestra y los encerrarían en una reserva. Las generaciones futuras podrían lamentar el exterminio de una raza sin la incomodidad de tener que convivir con ella. Pero no resultó tan sencillo. La guerra se prolongó y se complicó. Se decía que los shingos no tenían tecnología digna de ese nombre, pero sus lanzas y troncos derribaban nuestros aparatos con una precisión desconcertante que nos volvía religiosos de golpe cuando sobrevolábamos la selva. Cuando se empezaron a usar bombas de ignito, la Comisión Ambiental protestó tímidamente, pero varios políticos alegaron que no había derecho a que esos enanos gozaran de una selva limpia cuando la Tierra era un basural. Tal vez era un típico caso de mundos en colisión. Gracias a este estado de cosas, muchos parias como yo cobraban sueldos respetables. ¡ANÍMESE A VIVIR LA ERA DE ACUARIO!, decían los folletos destinados a reclutar mercenarios y colonos. La vivíamos, sin duda, aunque en algunos casos por poco tiempo. Am-Bó era

uno de esos casos.

Anteriormente los desembarcos de tropas en las zonas limpias habían fracasado porque la selva volvía a extenderse deglutiendo personal y material. Ahora saturábamos la isla con ignito. Si era preciso, toda Nueva Sumatra ardería, comentó jovialmente el oficial: tal vez ni siquiera quedaran enanos de muestra.

—¿Cuál será el costo para nosotros? —preguntó un novato.

—Elevado —dijo el oficial—. Tal vez usted sea parte del costo.

—Mi pregunta —dijo el novato— es por qué la Comisión Ambiental no levanta la prohibición de armas nucleares. Eso facilitaría las cosas.

—Le daré un consejo —dijo el oficial—. Déjenos dirigir la guerra a nosotros. Usted limítese a morir como un héroe.

Los novatos siempre hacían las mismas preguntas y siempre recibían las mismas respuestas. Después de 2053, nadie quería oír hablar de armas nucleares. La Comisión Ambiental no era insensible al soborno, pero en eso era terminante. La prosa de los burócratas exigía guerras higiénicas. Nadie quería que Nueva Sumatra permaneciera inhabitable veinte años. A fin de cuentas, sobraban armas convencionales en desuso y héroes prescindibles. Qué más daba. Yo había aprendido a no hacer preguntas, salvo cuando se atrasaban los cheques.

El oficial nos asignó objetivos, rutas, horarios, planes alternativos. Comentó al pasar que muchos moriríamos en esa semana de operaciones intensivas, y que tal vez no fuera tan fácil como volarse la tapa de los sesos en el baño de un tugurio.

—Muchos caerán, y no sabemos qué hacen los shingos con los prisioneros —dijo. Y añadió con una sonrisa—: Tal vez no respeten la Convención de Ginebra. —Dejó de sonreír cuando vio que nadie festejaba lo que aparentemente era una broma—. Supongo que ya nadie recuerda qué era eso —suspiró. Se puso los anteojos, plegó su mapa y ordenó que nos retiráramos.

—Lo que me agrada de ese hombre es su calidez —le dije a Olga al salir de la sala.

—Tu problema, Sikorsky, es que te gusta que te mimen.

—Tal vez —dije—. Mis tiempos de piloto comercial en la Tierra eran más apacibles.

—Pero menos lucrativos, ¿verdad?

—Me pagaban una miseria, pero al menos tenía la esperanza de que alguna vez me pusieran en la ruta de Tahití.

—Esta es la ruta más corta a Tahití, Sikorsky.

Creo que la muerte de Am-Bó te ha puesto sentimental.

—Viejas heridas —murmuré.

Olga me miró con dulzura.

—Calma, soldado. Ya van a cicatrizar.

—Supongo. ¿No es curioso? Al final sólo quedan cicatrices de todo.

—La originalidad no es tu fuerte, Sikorsky, pero sé de qué estás hablando. Soy una gran cicatriz ambulante.

—¿Cuitas de amor?

—Lo de siempre. —Olga sacó del bolsillo una foto en blanco y negro. Era en efecto la foto de siempre, cada vez más ajada. El hombre de la foto me miró con sus ojos borrosos. Olga guardó la foto.

—Los soldados no sueñan —le dije—. ¿Por qué no te has acostado con nadie de la base?

—Soy una mujer madura, Sikorsky. No iría a la cama para matar el aburrimiento.

—¿Sólo por amor? —pregunté.

—Sólo por dinero. Y aquí nadie quiere gastarlo conmigo.

—A veces, Olga, pienso que tu romanticismo es incurable.

Matar el aburrimiento no sería problema a partir de unas horas. Teníamos asignado un vuelo para el amanecer. Acababan de llegar nuevas partidas de ignito. En la pista y los hangares los técnicos trabajaban sin descanso, revisando los aviones y cargando las bombas. Pasé la tarde mirando el mar. Tenía un mal presentimiento. Al anochecer fui a la barraca, me senté en el catre y revisé mi equipo: paracaídas, chaleco salvavidas, aparato de señales. Alguien me palmeó el hombro y me hizo una broma. Reí sin ganas. Salí a caminar por la orilla, miré el horizonte en llamas y recordé a Am-Bó. Algunas estrellas asomaron en el cielo humoso. En alguna parte de esa negrura había un grano de polvo con un sitio que se llamaba Tahití. En alguna parte de alguna parte había tal vez algo o alguien que se llamaba Lumdara.

—Imbécil —le dije en voz alta al burócrata que dirigía o creía dirigir el universo. Desde luego no me respondió. Nunca respondía, y menos a quienes no creían en él o no lo llamaban por su monosílabo de pila.

Al amanecer, acurrucados en nuestra cabina doble, Olga y yo despegamos con nuestra escuadrilla rumbo a nueva Sumatra. El sol blanco de Acuario irradiaba su luz lechosa desde el horizonte. El mar era una lámina cobriza.

—Tengo un mal presentimiento —le dije a Olga.

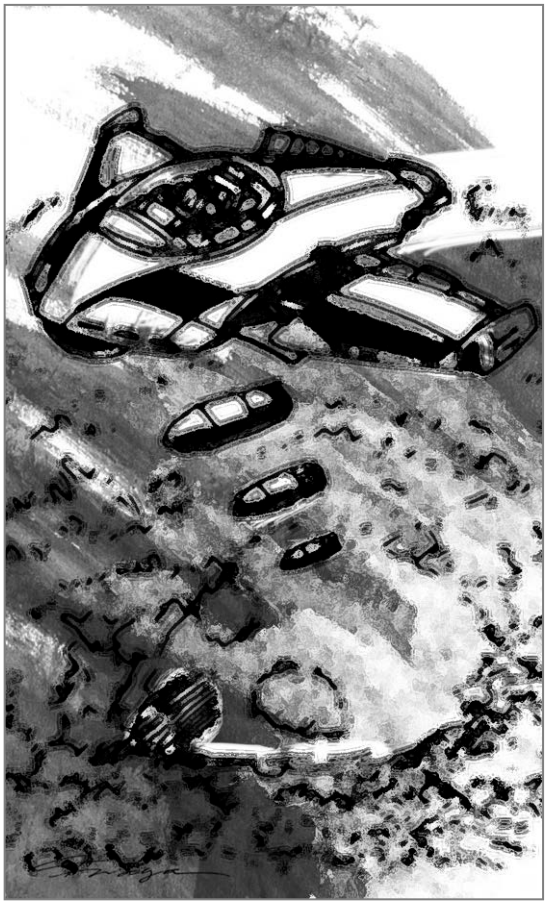
—Mi madre dijo lo mismo antes de tenerme —dijo Olga.

Llegamos a la isla y sobrevolamos franjas de tierra calcinada. El fuego se había apagado en partes, dejando extensiones de ceniza humeante que festoneaban la selva como heridas cauterizadas. Cuando nos acercamos a una zona intacta, la escuadrilla se abrió en abanico. Había

que distribuir las bombas abarcando la mayor superficie posible y necesitábamos margen de maniobra para eludir los proyectiles enemigos. Olga observaba el visor para detectar movimientos hostiles mientras se preparaba para arrojar la carga. El sensor captó un movimiento en la selva. Puntos luminosos titilaron en la pantalla mientras una andanada de troncos oscurecía el cielo. Viramos para esquivarlos. Uno de nuestros aviones no maniobró a tiempo y los troncos lo despedazaron. Casi al mismo tiempo, la copa de un árbol se abrió como una mano y cerró dedos nudosos sobre otro aparato, arrancándole las alas.

—Cada vez están más rápidos —dijo Olga—. Ni siquiera les dejaron soltar las bombas.

—Soltemos las nuestras y vámonos de una vez.



Volábamos casi a ras de los árboles, produciendo un remolino en la extensión verde. Nuevos proyectiles volaron hacia nosotros. Mientras yo zigzagueaba para evadirlos, Olga descargó las bombas una por una. Lenguas de fuego pegajoso lamieron la selva. Creí oír de nuevo ese gemido animal, pero me dije que era imposible oír nada con el ruido de los motores. Empecé a elevarme para emprender el regreso, aunque no convenía elevarse demasiado: el combustible era costoso, y había un premio para los pilotos ahorrativos.

Una esfera luminosa parpadeó en el visor.

—Cuidado adelante —dijo Olga.

Una especie de erizo vegetal volaba hacia nosotros. Elevé la nariz del avión. Oímos un crujido. El metal cimbró. Los motores chirriaron. El avión se encabritó y entramos en tirabuzón. El cielo y los árboles giraban violentamente alrededor. Las protestas electrónicas del visor indicaban daños serios. Nos faltaba media cola. Logré estabilizar el avión, pero no había modo de regresar en esas condiciones.

—Tenemos que saltar —dije—. Antes de perder más altura.

—No quiero saltar aquí —gritó Olga—. En medio de la selva.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Busquemos un hotel con playa privada —dijo Olga, pero no se reía. Señaló una de las zonas calcinadas donde el fuego se había apagado.

—No vamos a llegar allá —dije—. Saltemos ahora.

—No quiero saltar aquí —repitió Olga.

Ya era tarde de todos modos. Volábamos nuevamente al ras de la arboleda.

—Voy a tratar de aterrizar —dije.

—Arborizar es la palabra —dijo Olga—. ¿Más presentimientos?

—Sólo un par.

—No me los cuentes.

Se suponía que la cabina doble era resistente a los impactos. Recé para que fuera cierto.

—No reces ahora —dijo Olga—. Dios está ocupado protegiendo a esos enanos.

Rozamos el follaje, y las ramas y las hojas nos lamieron como llamas verdes, tamborileando furiosamente contra el avión. Las alas se desprendieron como papel. Sentí contracciones en el vientre, la cara y las piernas. Frenamos con un cimbronazo y todo se detuvo de golpe. Estábamos colgados entre los árboles. Había pedazos de avión todo alrededor. Temí que también hubiera pedazos míos, pero me toqué y estaba entero. Al recobrarme del aturdimiento, noté que mis rezos no habían servido de mucho. Había un boquete en la cabina. Olga estaba desmayada y tenía el uniforme manchado de sangre. El visor parpadeaba histéricamente. Me desabroché la correa y me moví despacio. El avión se ladeó pero no cayó del todo. Se reacomodó apoyán-

dose con firmeza en una rama. Irguiéndome con cautela, me cercioré de que no se inclinaría más. Me levanté del asiento. Quería revisar a Olga, pero para eso tendría que moverla, me gustara o no. Corté las correas con la navaja y preparé una especie de hamaca. Salí de la cabina y apoyé los pies en una rama. Sentía repugnancia al tocar el árbol. El tronco tenía una textura carnosa y blanda. Miré alrededor y no vi a ningún shingo cerca, pero aun así me sentía observado. Usando las correas, logré sacar a Olga de la cabina y bajarla despacio. Por suerte estábamos a poca distancia del suelo. Tomé el botiquín de emergencia y salté. Abrí el botiquín. Se suponía que debía contener raciones, medicamentos, municiones, una tienda inflable, todo para dos. La mitad del botiquín estaba vacía. Lo único para dos era la tienda inflable. Alguien tenía ideas muy personales sobre la economía de guerra. Inflé la tienda. Arrastré a Olga adentro y le inyecté una dosis de medicación para bajar la fiebre, paliar el dolor, detener la hemorragia. Le rasgué el uniforme y le examiné la herida. Tenía un trozo de metal clavado en la carne. Había costillas fracturadas y astilladas. Le quité el casco, le acaricié el pelo negro. Su frente ardía. Olga no era demasiado bonita, pero tenía una cara atractiva y enérgica. La fiebre parecía duplicarle la energía en vez de consumirla. Los soldados no sueñan, pero en ese instante ella tal vez soñaba. Le quité la pistola para tenerla a mano junto a la mía. Temí que los shingos llegaran de un momento a otro, y me pregunté qué harían con los prisioneros. Un relámpago cruzó el cielo pálido y un trueno rodó sobre el follaje. Poco después empezó a llover. En Acuario llovía a menudo, pero el agua no apagaba el fuego de ignito. El ignito mordía las cosas como un perro rabioso y no las soltaba hasta consumirse. No era un consuelo. Habría preferido estar en Tahití.

Entreabrí la entrada de la tienda y me puse a mirar la selva con más atención. El cielo nublado se veía apenas entre las ramas goteantes. La penumbra verde y amarilla parecía palpitar. Las hojas aleteaban bajo el tamborileo de la lluvia. El ruido de los truenos se confundía a lo lejos con el rugido de los bombarderos. Sentí pánico, pero intenté combatirlo. Debía pensar con serenidad. Activé la señal de emergencia para que los helicópteros de rescate pudieran detectarnos. La señal, sin embargo, no serviría de mucho mientras estuviéramos entre esos árboles. Teníamos que llegar a un claro donde pudieran aterrizar. La señal también serviría para que no bombardearan ese sector por unas horas. Después de ese período de gracia una bomba de ignito podría achicharrarnos en cualquier momento, y yo no tenía vocación de Juana de Arco. Habíamos aterrizado, o arborizado, a poca distancia de una zona limpia. Eso significaba unas horas de trayecto a pie por la selva. Pero dudaba que Olga pudiera caminar, y no podía abandonarla. Al verla así, agitada en su fiebre, comprendí que era todo lo que me quedaba en el mundo. También comprendí que era algo más que mi confidente y copiloto. Quizá no fuera el mejor momento para comprenderlo. Le acaricié la mejilla. Olga despertó. Le pregunté si le dolía.

—Me siento bien —dijo—. Me siento bien.

—Te inyecté esta cosa. —Señalé la jeringa descartable y la ampolla vacía—. Supongo que está surtiendo efecto.

—Supongo —dijo Olga. Se tanteó la herida tímidamente—. Tengo algo clavado allí, ¿verdad?

Asentí.

—Prefiero no mirar —dijo Olga—. Nunca me gustó ver sangre. Pero es bueno saber de qué me muero.

—No vas a morir —le dije.

—Te dije que Dios estaba ocupado protegiendo a esos enanos —murmuró Olga. Sonrió—. ¿Algún mensaje para Am-Bó?

—No vas a morir —repetí. Y añadí, sin mucha coherencia—: Voy a vengarte.

—Los soldados a veces mueren —dijo Olga—. Pero me gusta este momento. Los dos juntos, con ese ruido a lluvia. Quiero pedirte algo.

—Lo que quieras —dije, mordiéndome los labios.

Sacó del bolsillo la foto en blanco y negro.

—Quiero que rompas esta foto.

—¿Que la rompa?

—Él no es nadie. ¿Nunca entendiste? Es la foto de un actor.

—¿Un actor?

—Ni siquiera sé el nombre. Nunca entendiste. —¿Nunca entendí qué?

—La foto me ayudaba a aguantar. Podía pensar en alguien a quien quería sin temor a que nos hiciéramos daño. ¿Nunca entendiste?

—Sólo ahora —dije. Y añadí—: Yo también te quiero.

—Lo presentía —dijo Olga.

—¿Por qué no lo dijimos nunca?

—Los soldados no se enamoran —dijo Olga, clavándome los ojos.

Le di la única sepultura que podía darle, una sepultura de ramas y hojas. Tomé su medalla de identificación y me la guardé en el bolsillo. No rompí la foto. Habría sido como romperme a mí mismo.

La lluvia había cesado. Cargué con mis cosas y eché a andar hacia la zona despejada. La selva palpitaba en el aire vibrante. El reflejo pálido del sol de Acuario formaba columnas de luz polvorienta. Los troncos bulbosos parecían músculos, las lianas parecían tendones, las protuberancias parecían ojos. Un viento suave traía a veces el olor del ignito y los incendios. Al anochecer llovió nuevamente. Me detuve a descansar. No quería andar de noche con una linterna encendida, y no me animaba a avanzar a tientas. Inflé la tienda y me senté adentro. Mastiqué lentamente mi ración. Entre las copas de los árboles se veían retazos de nubes que reflejaban el resplandor rojizo de los incendios. Supuse que los shingos se habrían replegado hacia el corazón de la isla, pero quería estar alerta y tomé estimulantes para no dormirme. Aun así me dominó un sopor. Soñé que Olga se me acercaba. Era Olga, pero tenía forma de árbol o arbusto. En el sueño no me llamaba la atención.

—Hola —dijo en el sueño la voz de Olga.

—Estás muerta —dijo mi voz.

—Estoy muerta pero estoy viva, David.

—Para Olga nunca fui David. Siempre fui Sikorsky.

—Pero ahora ambos sabemos lo que sentimos.

—Los muertos no sienten.

—Estoy muerta pero estoy viva. No te vayas, David. Quiero que te quedes aquí conmigo. Acuario puede ser un infierno o un paraíso.

—Palabras adecuadas para una muerta.

—No me hieras, David. Estoy muerta pero estoy viva.

—Esto es un sueño —dije—. No debería estar durmiendo.

—David —dijo Olga—, me alegra que hayas conservado la foto.

Esto es un sueño, repetí. No debería estar durmiendo. Desperté alarmado. Los estimulantes no habían surtido efecto. Algo raro ocurría. Los soldados no sueñan. Me quedé temblando, sentado en la oscuridad. Cesó la lluvia. Amaneció. Junté mis cosas y seguí viaje hacia la zona despejada. Olga está muerta, muerta, muerta, repetí. El martilleo de la palabra se confundió con el eco de un ruido zumbón. Adelante vi franjas de luz entre los palpitantes troncos de los árboles. Apuré el paso. Tropecé con un arbusto amarillento. Al levantarme, noté que la forma del arbusto reproducía la figura de Olga. Retrocedí espantado. Seguí corriendo hacia las franjas de luz. Sentí un penetrante olor a quemado y la selva terminó de pronto. Ante mí se extendía una franja de cenizas que llegaba hasta el mar. Las cenizas eran restos de árboles quemados con ignito, pero no olían como árboles quemados sino como carne asada. El sol de Acuario asomaba entre las nubes en un cielo que parecía plomo derretido. Un arco iris borroso se encorvaba sobre el mar. Muerta, muerta, muerta, repetí, y el ruido zumbón creció en el aire: era el paleteo de un helicóptero que volaba hacia mí sobre la zona calcinada. Agité el brazo, pero no avancé más. Me resistía a abandonar la selva. Detrás de mí oí el zumbido de una escuadrilla y un silbido de bombas. Un telón de llamas se alzó a mis espaldas y el olor punzante del ignito impregnó el aire. Miré hacia atrás y una vaharada de calor me pegó en la cara. Creí ver la silueta de Olga repetida en varios árboles. Miré de nuevo hacia el helicóptero. Un hombre asomado en la escotilla me indicaba que me acercara. Venciendo mi resistencia, eché a correr. Me repugnaba andar en la ceniza caliente. El helicóptero aterrizó.

—Apúrese —gritó el hombre—. No tenemos todo el día.

Un artillero disparaba su ametralladora contra el linde de la selva. Las balas despedazaban lianas, hojas y troncos. Las astillas bailoteaban frenéticamente y caían como lluvia sobre mí mientras atrás crecía el telón de llamas. El humo rodaba en el aire como tinta. A dos pasos del helicóptero me paré y me di vuelta. Árboles con forma de Olga se contorsionaban en el fuego.

El hombre de la escotilla bajó de un salto.

—Puede haber shingos cerca —dijo, arrastrándome hacia el aparato. El viento del rotor hacía volar las cenizas.

—Tengo que volver —dije.

—No es momento para hacer turismo. Esto pronto será un infierno.

—O un paraíso.

El hombre me dio un puñetazo, me obligó a subir. El golpe me hizo zumbar la cabeza. El zumbido se mezcló con el tableteo de la ametralladora y el paleteo de los rotores. El hombre

me tiró en el piso del helicóptero y le hizo una seña al piloto con el pulgar. Se inclinó sobre mí.

—Dios mío —exclamé.

—No —dijo el hombre—. Soy sólo un enfermero. —Me clavó una inyección en el brazo.

El helicóptero se elevaba y las cenizas revoloteaban como mosquitos. Llamas crepitantes barrieron el linde de la selva. Creí oír ese gemido animal, pero me dije que no podía oír nada con el tableteo y el paleteo. Una ráfaga caliente entró por la escotilla abierta. El fuego se extendía y el brusco cambio de temperatura arremolinaba el aire. El helicóptero cimbró.

—Tranquilo —me dijo el enfermero—. Todo va a estar bien.

—Los soldados no se enamoran —murmuré.

—Este tipo está loco —gritó el artillero sin dejar de disparar.

—Al menos volvió a ver el mundo —dijo el enfermero.

—No hay mucho que ver —dijo el artillero, abrazando la ametralladora humeante.

Desperté en una cama. Estaba en un cuarto sin ventanas, de paredes blancas. La luz me hería los ojos.

—Hola —dijo una voz risueña—. Tanto gusto. Soy el doctor Gotnov. —Era un hombre con cara de huevo.

—Quién soy yo —pregunté.

—David Sikorsky —dijo el doctor Gotnov—. Buena foja de servicios. ¿Cómo se siente?

—¿Cómo debería sentirme?

—Bien. Debería sentirse bien. Ninguna lesión, sólo contusiones menores. Es usted un hombre de suerte.

—¿Por estar vivo?

—Por estar entero. Estar vivo no es tanta suerte. Soy neocristiano. Soy de los que piensan que todos somos carroña. Crucificamos al Salvador. Este mundo es una cloaca.

—¿Este mundo? ¿Acuario?

—Este mundo, los otros mundos, el mundo en general. Cuando yo era joven no era tan complicado. El salto estelar ha cambiado las cosas. Pero no creo que el mundo en general haya cambiado tanto.

—El mundo no es como antes. Eso dicen todos.

—El mundo está aquí, Sikorsky. —Se tocó la cabeza.

—Mi cabeza —dije—. Me siento mareado. ¿Me han dado drogas o algo así?

—Algo así. Para facilitar la transición, digamos. Todo un shock, ¿verdad? Me refiero a su experiencia.

—¿Mi experiencia? ¿Olga? Estaba muerta pero estaba viva.

El doctor Gotnov se sentó en una silla junto a la cama. Sonrió. Miró unas planillas.

—Olga Montrel, sí. Encontramos la medalla de identificación en su ropa.

—Estaba muerta pero estaba viva.

—Como Jesús —dijo la cara de huevo—. Estaba muerto pero estaba vivo. Lo crucificamos pero resucitó.

—Lo lamento —dije—. No soy cristiano.

—Yo tampoco. Soy neocristiano. Somos carroña, pero eso es al margen. Estoy aquí para brindar mis servicios profesionales. Para explorar el mundo de su cabeza.

—Mi cabeza —dije. Me incorporé en la cama. Me dolía el cerebro. Mi cráneo era una pecera y mi cerebro flotante chocaba contra las paredes de vidrio.

El doctor Gotnov se levantó, caminó hacia una pared y se paró frente a ella como si mirara por una ventana.

—Cuénteme, Sikorsky —dijo.

—¿Que le cuente qué?

—Del mundo de su cabeza.

—Mi cabeza estalla —dije. Volví a recostarme.

—Le doy una ayuda —dijo el doctor. Se volvió a sentar en la silla. Sacó una foto del bolsillo—. ¿Recuerda esto?

—La foto de Olga —dije—. La foto de alguien a quien ella estimaba. No, en realidad no era nadie. Olga me dio esta foto antes de morir.

—Antes de morir. Pero usted dijo que estaba viva.

—Estaba muerta pero estaba viva.

—Interesante —dijo el doctor Gotnov—. Creo que por ahora lo dejaré descansar. Pero lo voy a visitar pronto.

—¿Dónde estoy?

—Buena pregunta, Sikorsky. Yo también me la hago a menudo.

Sin dejar de sonreír, salió y cerró la puerta.

—Los soldados no se enamoran —dije en voz alta.

El doctor Gotnov acababa de entrar de nuevo. Me miró desconcertado un instante.

—No crea —dijo al fin—. Todos tienen sus debilidades. Si necesita algo, apriete ese botón

blanco. —La cara de huevo se despidió con una sonrisa servicial.

No quería dormir, pero me venció el sueño. El mundo de mi cabeza giraba, tal vez siguiendo a Acuario alrededor del sol blanco. Los soldados no sueñan, pero soñé con un olor a carne quemada. Los shingos me habían arrancado vísceras y tendones. Olga se contorsionaba en las llamas como Juana de Arco en la hoguera. Estaba muerta pero estaba viva. Yo arrastraba hacia ella mi cuerpo mutilado, tratando de no ver mi propia sangre. Ella me daba una foto de mí hecha pedazos. Lumdara, susurraba. Yo abrazaba su cuerpo ardiente. Desperté temblando de fiebre. Apreté el botón blanco.

Un hombre alto y desgarbado en delantal abrió la puerta.

—Hermoso día, ¿verdad? —dijo, señalando el cuarto sin ventanas como si estuviéramos al aire libre.

—Dios mío —dije yo.

—No —dijo el hombre—. Soy sólo el asistente del doctor Gotnov. —Sonreía igual que el doctor. Tal vez sonreír era parte de su trabajo de asistente.

—Estaba muerta pero estaba viva —murmuré.

—Yo también creo en la resurrección —dijo el asistente—. Soy neocristiano.

El doctor Gotnov cumplió su promesa de visitarme pronto. Le conté una y otra vez lo que había pasado en la selva. Él me pedía detalles, tomaba notas, grababa las conversaciones. Cuando pude levantarme, empezó a atenderme en su consultorio. Me explicó que estaba en el hospital de la base. El doctor Gotnov exploraba el mundo, o mi cabeza, o ambas cosas, que tal vez eran lo mismo. Yo pasaba horas conectado a cables, a máquinas que trazaban gráficos con las ondas de mi cerebro, los latidos de mi corazón, el sonido de mis palabras. Me inyectaban, me drogaban, me interrogaban. Estaba muerta pero estaba viva, respondía yo. Después el hombre alto y desgarbado me acompañaba hasta mi cuarto.

—Hermoso día, ¿verdad? —comentaba a veces, mirando las paredes.

Pregunté si podía leer libros para matar el tiempo. Me trajo un par de novelas baratas. En una de ellas un personaje viajaba a Tahití. Pensé en palmeras y mujeres. Los soldados no sueñan, pero en mis sueños las palmeras se convertían en árboles carnosos y las mujeres en Olga. Después todo se convertía en llamas y en polvo. Un día el hombre alto y desgarbado me despertó de mis sueños para mostrarme un bolso.

—Hermoso día, ¿verdad? —dijo.

En el bolso estaban todas mis pertenencias, incluida la foto en blanco y negro.

—Le dan el alta —dijo el asistente—. Vea al doctor Gotnov en su consultorio.

—Esperaba este momento —murmuré.

—¿Por qué? —dijo el asistente—. ¿No le gustaron los libros?

Me presenté en el consultorio del doctor Gotnov media hora más tarde, uniformado, afeitado, el bolso al hombro. Me sentía despejado y alerta. Por primera vez me fijé en los cuadros que adornaban las paredes del consultorio. Parecían fotos aéreas de Nueva Sumatra. El doctor me siguió la mirada.

—Bonitas, ¿verdad? Uno las mira y cree ver a Dios. A quien crucificamos, dicho sea de paso.

—¿Estoy libre? —pregunté.

—Siempre estuvo libre —dijo el doctor—. O nunca. Todo depende de usted. —Se señaló la cabeza con una sonrisa.

—¿Adónde voy ahora?

—Buena pregunta —dijo el doctor—. Otros sólo preguntan de dónde vienen. —Sacó unos papeles del escritorio y me los puso en la mano—. Estos folletos explican los principios neocristianos. Queremos ganar adeptos. Acuario necesitará una nueva religión, ¿no le parece? Lea eso, Sikorsky. Le hará bien a su salud espiritual. Que no es muy buena, créame. Ha sido un gusto. Mi asistente lo acompañará.

El asistente me acompañó hasta la salida del hospital. De pronto tuve miedo de irme. Había pasado días o siglos encerrado allí, y ahora sólo me esperaba un mundo sin Olga. Afuera el sol de Acuario brillaba como un disco de plata en un cielo claro y sin nubes, pero el asistente no hizo ningún comentario sobre el día. Me costó acostumbrarme a los colores y los ruidos. Un guardia de seguridad me esperaba en la puerta. Se me acercó y me pidió que lo siguiera hasta un vehículo militar. Yo aún aferraba en la mano los folletos de la iglesia neocristiana. Oí a lo lejos el rugido de los bombarderos que despegaban de la pista. El guardia era negro y me acordé de Am-Bó.

—Lumdara —murmuré, y solté una carcajada histérica.

El guardia me preguntó si me habían gustado las enfermeras.

—No había enfermeras —dije.

—Creí que a los pilotos les daban lo mejor —dijo el guardia.

—Hay cosas mejores que las enfermeras —respondí con desgano.

—¿Te gustan los hombres? —preguntó el guardia.

El vehículo tomó por una calle que conducía a una zona de la base reservada para personal autorizado. Nos detuvimos frente a un edificio chato y cuadrado donde entraba y salía personal civil y militar. Todos tenían cara de estar cumpliendo una Misión. El guardia entró conmigo, habló con un oficial y luego con una recepcionista. La recepcionista me miró de reojo mientras conversaba con el guardia. Habló por un teléfono, señaló un ascensor. El guardia me hizo una seña. Tomamos el ascensor, bajamos a un subsuelo, salimos a un pasillo, caminamos hasta una oficina. En la puerta de la oficina un letrero decía MAYOR D'ISTORROR. El guardia golpeó la puerta. La puerta se abrió. Una voz afeminada pidió al guardia que se retirara. Entré y la puerta se cerró a mis espaldas.

—Adelante —dijo la voz afeminada.

En la penumbra rojiza distinguí poco a poco a un hombre calvo y rechoncho. El hombre se levantó y extendió el brazo.

—Mayor D'Istórror —dijo.

No supe si cuadrarme o darle la mano.

—Sin formalidades, Sikorsky —dijo la voz afeminada. Le di la mano. La suya era carnosa y blanda—. Supongo que está confundido.

No supe qué responder.

—Siempre están confundidos —dijo el mayor D'Istórror.

Se desplomó en un sillón. Me invitó a sentarme. Ahora yo veía los detalles con mayor claridad. Había cuadros en las paredes. Eran parecidos a los que había en el consultorio del doctor Gotnov.

—El doctor Gotnov es un gran profesional —dijo el mayor—. Ha estado usted en buenas manos. —Echó una ojeada a los papeles que yo aún aferraba en un puño—. Y el neocristianismo es una religión interesante.

Plegué los folletos casi con vergüenza. Me los guardé en el bolsillo. Murmuré que quizá me tomara un tiempo para estudiarlos.

—Tal vez le ofrezcamos algo mejor que eso —dijo el mayor D'Istórror—. Ante todo, le debemos algunas explicaciones. Usted entenderá que estas cosas llevan su tiempo.

—Entiendo —dije sin entender.

—Y un hombre como usted, acostumbrado a la acción, no quiere estar encerrado en un hospital. A mí tampoco me gusta la inactividad. Créame, no me hallo aquí, detrás de un escritorio. Recuerdo la guerra del 53. Entonces estaba detrás de un panel. El mundo no es como antes. ¿Sabe cuánto tiempo estuvo encerrado, Sikorsky?

Sacudí la cabeza.

—No, nunca saben —dijo el mayor D'Istórror. Tomó un papel del escritorio—. Un par de semanas. Lo derribaron hace quince días, con la soldado Olga Montrel. Por sus informes, entiendo que ella murió en acción.

—Eso creo.

—Eso cree. Buena respuesta. Bien, como pronto verá, sus días de encierro han sido muy productivos, Sikorsky. —Se acarició la calva y se echó a reír—. ¿No es gracioso? Su apellido, digo. —Pensé que habría sido el apellido de un payaso. Imaginé a una familia de Sikorskys maquillados de blanco, la boca pintarrajeada, haciendo cabriolas en el ruedo de un circo. Un público de D'Istórrors festejaba en las gradas.

—Relájese —dijo el mayor— Estamos en confianza. ¿Sabe por qué me río de su apellido? Hace un siglo era el nombre de una empresa que fabricaba helicópteros.

Le estudié la cara. Sacudí la cabeza.

—Ni siquiera sabía que un siglo atrás había helicópteros —dije al fin—. Pensaba que era un invento reciente.

—Pocas cosas son recientes, Sikorsky —dijo el mayor, y añadió incongruentemente—: El mundo no es como antes. La guerra del 53 alteró muchas cosas. Usted no había nacido, ¿verdad? —Miró una carpeta con mi nombre impreso en la tapa. No, no había nacido. Bien, es un hombre de suerte. Llegó justo a tiempo. —Calló un instante, como si reflexionara sobre la puntualidad de los hombres de suerte. Pensé que había llegado justo a tiempo para desencontrarme con Olga. Yo vivía y ella estaba muerta. Estaba muerta pero estaba viva. El mayor continuó—: Somos una civilización de retazos. Ahora, gracias al salto estelar, traemos algunos retazos a Acuario. Curioso mundo, Acuario. Antes todos pensábamos que la Tierra era muy original.

—Nada es original —dije.

—Exacto. Ni siquiera esa frase. La historia confirma que nada es original. ¿Le interesa la historia, Sikorsky? —Rió de nuevo—. Disculpe,

no sé por qué me causa tanta gracia. —En mi imaginación el público de D'Istórrors aplaudía a rabiar a los payasos Sikorsky. Tal vez ese público ni siquiera había pagado la entrada del espectáculo. —El espectáculo de la historia está lleno de sorpresas, sin embargo —dijo el mayor con repentina seriedad—. No es tan malo, por ser gratuito.

Se levantó del sillón, se paseó por la penumbra rojiza.

—Bien, creo que a todos nos vendría bien un trago —dijo, como si hubiera una multitud, tal vez la multitud que representaba el espectáculo de la historia. Abrió un gabinete, sacó una botella y un par de vasos, los llenó, me ofreció uno. Dudé en aceptarlo—. Acepte, soldado —dijo el mayor—. ¿Cuál fue la última vez que bebió algo? ¿La noche en que murió su amigo?

—¿Am-Bó?

—Am-Bó. Gran foja de servicios. Lástima que arruinara su carrera con un final tan melodramático. Brindo por él, de todos modos. —Empinó el trago, me miró de reojo—. No se sorprenda si sé tanto de usted. Está todo aquí. —Señaló la carpeta con mi nombre con aire divertido. La carpeta era parte del espectáculo de la historia.

—No me sorprendo —dije.

—Es usted un hombre de suerte —insistió el mayor—. Llegó justo a tiempo.

—Siempre respeto los horarios.

—¿Horarios? —Me miró desconcertado. Enarcó las cejas—. Esto no es broma —rezongó. Observó pensativamente el cielo raso y exclamó con aire triunfal—: Sikorsky, estamos en el umbral de una nueva era. —Llenó los vasos otra vez— Brindemos por eso.

El vaso me tembló en la mano. El mayor rió nuevamente. Pensé en mi circo imaginario. Los payasos habían dejado de actuar, pero el público de D'Istórrors aún festejaba.

—No se ponga así —dijo el mayor con un chillido histérico—. Esta vez no me río de su apellido. Hay cosas más graciosas que su apellido. —Señaló la carpeta con mi nombre impreso en la tapa: el espectáculo de la historia—. Según estos informes, usted no vio shingos en la selva.

—No —dije, desorientado por el cambio de tema. Tal vez no era un cambio. El espectáculo de la historia estaba lleno de sorpresas.

—¿Se preguntó por qué? —dijo el mayor.

—Supuse que se habrían replegado hacia el interior de la isla.

—Supuso mal, Sikorsky. El porqué es más sencillo. No los vio porque no se puede ver lo que no existe. Los enanos amarillos son una fábula auspiciada por nuestra oficina de propaganda.

Miré alrededor, inquieto. Me sentía enjaulado. Estaba confundido y furioso. Me temblaba el cuerpo. La imagen de Olga como Juana de Arco en la hoguera me bailaba en la mente. Sin saber por qué, estudié la cabeza calva del mayor D'Istórror.

—Calma, soldado —dijo el mayor—. Usted está armado y yo no. ¿De qué tiene miedo?

Tenía miedo de muchas cosas. El mundo estaba en mi cabeza, y giraba frenéticamente. No era un mundo sino varios, y eran mundos en colisión. Me levanté de la silla.

—Espero que sea una broma —protesté. El mayor no me dejó hablar.

—Una fábula, Sikorsky. Y usted es un hombre de suerte.

Me miró la cara y se pasó la lengua por los labios.

—Le brillan los ojos —dijo—. Me gusta ese brillo.

Se me acercó, acarició la funda de mi pistola y me acarició la barbilla. Apestaba a alcohol. Era obvio que esos dos tragos no habían sido los únicos del día. Tenía dominio escénico. Sabía que yo quería pegarle, y que mi respeto por la disciplina no lo protegería. También sabía que mi curiosidad me impediría interrumpirlo. Gozaba de ese momento como un actor en su *gran finale*. Pensé actor y pensé en la foto de Olga. Dios mío, murmuré.

—Dios mío —dije en voz alta.

—Gracias por el cumplido —dijo el mayor—, pero yo sólo obedezco órdenes. Siéntese —agregó, tocándome el pecho con el índice. Yo había dejado de temblar. No tenía fuerzas. Caí en la silla como un peso muerto.

El mayor se sentó en el sillón detrás del escritorio. Se sirvió otro trago. Impostó la voz afeminada para brindar al mundo la gran revelación. En ese momento yo era el mundo.

—En este momento usted es el mundo —dijo—. Me refiero al mundo que estamos creando. Usted es la palabra revelada.

Señaló la carpeta con mi nombre impreso en la tapa. Parodió un gesto de unción religiosa. Se puso de pie y recorrió la oficina mirando las fotos enmarcadas que colgaban de las paredes. Me

pregunté si al mirarlas él también creía ver a Dios, como el doctor Gotnov.

—Gran profesional, el doctor Gotnov —dijo el mayor— Pero el neocristianismo es una tontería. El mundo necesita otra clase de religión. Si usted me escucha bien, tal vez se ahorre la lectura de esos folletos Hablemos de historia, Sikorsky. Me apasiona la historia. Esta historia empezó hace cientos de millones de años.

Abarcó los cientos de millones de años con un ademán histriónico y los saludó con un generoso trago.

—No hay shingos, Sikorsky, pero hay algo más interesante. Hemos estudiado atentamente la selva de Nueva Sumatra a través de fotos, películas, muestras de laboratorio, informes. —Señaló la carpeta con mi nombre, la palabra revelada—. Todo condice. La conclusión es compleja, pero se la diré en términos simples. La selva no es sólo una selva. Toda ella es un organismo, un híbrido donde lo vegetal y lo animal se han fusionado generando una compleja inteligencia colectiva. Al parecer, hace cientos de millones de años era una jungla con individuos diferenciados. Siguió un curioso camino evolutivo: la absorción y asimilación de cada individuo en una entidad múltiple que ha integrado las cualidades de sus componentes en un nivel superior. —Sonrió. Parecía orgulloso de la frase—. Un prodigio de armonía natural. ¿No admira la naturaleza, Sikorsky?

Pensé estúpidamente en palmeras y mujeres.

—Tahití —dije.

—¿Tahití? —repitió el mayor con una mueca de disgusto. No estaba dispuesto a permitir que arruinaran el momento supremo de su actuación.

—Armonía natural —repetí mecánicamente.

—Correcto —dijo el mayor—. Nuestra presencia alteró esa armonía. Las fotos tomadas por los primeros colonos nos hicieron creer que en efecto había tribus de humanoides. Con el tiempo, las muestras de laboratorio nos aclararon que los presuntos humanoides eran réplicas aberrantes de los colonos muertos o desaparecidos.

—¿Réplicas? ¿Como los árboles con forma de Olga?

—Así es. Que en cierto modo son Olga. Observamos cómo nuestras muestras absorbían, asimilaban e imitaban a otros seres vivos, cómo reaccionaban ante las agresiones. La selva repite en gran escala los patrones de conducta de las muestras. Su capacidad para asimilar y utilizar la nueva información es asombrosa. Antes de nuestra llegada, era como un bosque apacible. Ahora ataca y se defiende con mayor precisión que un sistema electrónico. Ha creado proyectiles, se reproduce con creciente rapidez, su astucia es cada vez mayor. Ha incorporado un saludable ingrediente de agresividad humana.

Calló un instante, disfrutando de mi desconcierto. Se desplomó en el sillón. Se llenó el vaso.

—Y no pueden destruirla —dije.

—Ya no queremos destruirla, al contrario. Perdimos interés en destruirla cuando descubrimos qué era. Aprovechamos los rumores y las fotos para insistir en la historia de los shingos. No queremos que la Comisión Ambiental ni otros organismos interfieran más de lo conveniente. Muy pocas personas saben lo que ocurre aquí.

—Creo que no entiendo —dije.

—Nunca entienden —dijo el mayor.

—¿Por qué me cuenta esto? Yo no soy nadie.

—Al contrario, Sikorsky, no sea modesto. Usted es alguien, y muy importante. La selva no lo atacó. No sabemos por qué. Quizá fue la in-

fluencia de Olga Montrel. Lo cierto es que usted logró escapar, algo que muy pocos consiguen.

¿Se da cuenta?

Eso quería. Darme cuenta. Me daba cuenta de que en poco tiempo había perdido a los seres que más quería. También a los que más odiaba. El mundo se había vaciado de golpe. Mi cabeza se había vaciado de golpe.

—Olga Montrel —dije—. Estaba muerta pero estaba viva.

—En efecto. Ese híbrido lo combina todo. Es una gran planta, un gran animal, un gran cerebro. Su potencial es infinito. Un arma invencible.

—Armonía natural —murmuré.

—Al cuerno la armonía natural. Alteramos la armonía para afinarle la inteligencia. Se la afinamos mediante el dolor. La torturamos para perfeccionarla. La azuzamos, la enfurecemos. Esa es la única función de esta guerra.

—¿Y nuestros muertos?

—Grandes héroes. Sirven a una gran causa.

—Están creando un monstruo —dije.

—Estamos creando a Dios —dijo el Mayor.

—Un Dios maligno.

—Un Dios celoso —rió el mayor, contoneando el cuerpo rechoncho. Pestañeó, se rascó la calva. No parecía uno de los creadores de Dios, sólo un militar estúpido y borracho.

Recordé la selva palpitante, la imagen de Olga como Juana de Arco en la hoguera.

—No podrán dominarlo —dije.

—Veremos. Hay maneras. Por eso necesitamos también gente como usted. Sobrevivientes. Una raza fuerte para un Dios fuerte. —Cada vez que decía Dios eructaba, o escupía, o ambas cosas.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —pregunté.

—No lo estoy. Aprendemos sobre la marcha. Jugamos a los dados con el universo. Claro que es peligroso, pero también es divertido.

—Una raza fuerte —murmuré—. Seres sin sentimientos.

—Así es. Después del 53, muchos comprendimos que los sentimientos son un obstáculo para la supervivencia. El mundo no es como antes.

—Un Dios celoso —dije estólidamente.

—El primer Dios verdadero en el espectáculo de la historia —eructó el mayor.

Mi imagen del circo se desvanecía. Los payasos se habían retirado. El público también. Sólo quedaba una carcajada flotando en el aire. La carcajada sonaba como un eructo.

—Lumdara —dije.

El mayor me miró inquisitivamente, un destello de ebriedad en los ojos.

—Lumdara —repetí—. Fue la palabra que usó Am-Bó. Significa Dios, o algo parecido. Él lo presentía, por eso no aguantó más.

—Lo presentía, ¿eh? Sí. Am-Bó era muy intuitivo. Brindo por él. Pudo haber sido uno de los héroes de la era de Acuario. Como ve, los sentimientos son un obstáculo. Es usted un hombre de suerte, Sikorsky. —Al pronunciar mi apellido se echó a reír—. Una época termina y otra empieza. La Tierra es un basural, pero en Acuario estamos creando a Dios.

Repitió la última frase varias veces. La voz le resbalaba, cada vez más aflautada e histérica.

—Olga está allí —dije.

—¿Montrel? Sí, y creemos que será una buena influencia sobre nuestra criatura.

Recordé a Olga hablándome en sueños. Tal vez no había sido un sueño.

—Los soldados no sueñan —exclamé.

—No crea —dijo el mayor, guiñándome el ojo—. Todos tienen sus debilidades.

—Suponga que no colaboro con ustedes.

El mayor D'Istórror se encogió de hombros.

—Sikorsky, todos somos desechables. Ya le he dicho, yo sólo obedezco órdenes. —Y añadió reflexivamente—: ¿Qué remedio nos queda, después de todo? Alguien o algo ordenó que fuera calvo. —Se tocó la cabeza—. Y lo soy. No depende de mí. Todos obedecemos, excepto Dios —eructó—. Aunque tal vez ahora también remediemos eso.

Le miré la calva. Me miré las manos. Estudié las arrugas de mis nudillos, la curvatura de mis uñas, el entrelazamiento de mis venas: una historia de cientos de millones de años.

—Alguien o algo —dije— ordenó que yo tuviera dos manos, y que tuviera cinco dedos en cada mano y una uña en cada dedo. Y obedezco.

—Exacto —dijo el mayor—. Todos obedecemos.

—Pero nada ni nadie puede haber ordenado que usted sea tan hijo de puta —añadí.

—Supongo que se requiere un talento especial —sonrió el mayor—. No se aflija. Usted también aprenderá, si se esmera.

—Esa selva es un milagro—dije.

—En efecto, y lo perfeccionaremos. Ese milagro será el arma definitiva.

—Dios mío.

—Bien dicho, Sikorsky. Veo que empezamos a entendernos.

Me eché hacia atrás en la silla. Me serví un trago. Recordé a Am-Bó muerto en el baño. Eran demasiadas revelaciones de golpe. Desde luego nadie me las creería si las contaba.

—No tengo escapatoria, ¿verdad?

El mayor se apoyó la mano en la cadera y ladeó la cabeza.

—¿Qué es esto, Sikorsky? ¿Una crisis de conciencia? Creí que usted era un mercenario.

—Sólo quería ir a Tahití —dije. Moví la cabeza con resignación. Extrañaba los viejos tiempos, cuando el mundo y yo éramos más sencillos.

—El mundo no es sencillo —suspiró el mayor—. Usted lo ha dicho, no tiene escapatoria. A menos que se esconda en Nueva Sumatra —rió—. Y no creo que sea su idea del paraíso.

—Usted sabe de historia —dije—. Cuénteme quién era Juana de Arco. Por qué la quemaron.

Al mayor le temblaron los labios. Meneó la cabeza.

—Es usted raro, Sikorsky —dijo al fin—. Pero le tengo mucha fe. ¿Brindamos de nuevo?

—Por su fe en mí.

—Bien dicho. Felicitaciones, vuelve al servicio activo. Pero ya no hará más misiones de alto riesgo. Quizá lo necesitemos para cosas más importantes.

Me guiñó el ojo y le devolví el guiño. Noté que yo también estaba borracho. No era sólo el alcohol. En poco tiempo había pasado de ser un paria a un elegido.

—Hasta pronto, Sikorsky —dijo el mayor—. Volveremos a vernos. Y quizá podamos hablar de Juana de Arco.

Brindamos por la era de Acuario. El mayor soltó un eructo que tal vez era una invocación. Cuando salí al pasillo, el guardia negro me esperaba para acompañarme hasta el vehículo. Me olió el aliento y sonrió. Me preguntó qué tal era la bebida y yo moví la cabeza aprobatoriamente.

—Yo sabía que a los pilotos les daban lo mejor —dijo el guardia.

En el pueblo nada había cambiado mucho en quince días, y era agradable estar de vuelta en un mundo conocido. Bajo las luces vibrantes, gente de todas las razas trataba de reducir la cuota de desesperación que le había tocado en suerte. Una muchacha de pelo rojo se me acercó en la calle.

—¿Por qué no damos la vuelta al mundo, soldado? —preguntó.

—El mundo está en mi cabeza —dije.

—¿Te parece? Tal vez un poco más abajo —me dijo, tocándome la entrepierna.

Le miré el pelo rojo. Parecía una llamarada.

—Ojalá fueras Juana —le dije.

—Puedo llamarme Juana, si te gusta.

—Juana en la hoguera —murmuré tocándole el pelo.

—Juana donde quieras. Todo depende del precio.

Retiré la mano. Retrocedí.

—Lo lamento —dije—. No es eso lo que buscaba. —Eché a andar calle abajo.

—¿Y qué buscabas? —rezongó la muchacha—. ¿El amor de tu vida?

Caminé hasta Mundos En Colisión y los genitales de neón me saludaron con espasmos eléctricos. Entré, pedí un trago y me puse a mirar las imágenes del mural de video. Máquinas chirriantes pistoneaban en la pantalla, alternando con escenas de sexo violento. Todo se movía al ritmo compulsivo de la música. Los mundos en colisión de mi cabeza bailaban al son de una voz que repetía «Tahití, Tahití, Tahití». A la tercera copa descubrí que esa voz era la mía. Alguien se sentó a mi mesa.

—Hola, rudo —saludó el alguien—. Tanto tiempo sin verte. Oí que tu amigo se curó el dolor de muelas.

Miré al querubín con desgano. Lo dejé hablar.

—Dejó los sesos desparramados en el baño —continuó—. No tenía muchos, ¿verdad?

Saqué un fajo de billetes del bolsillo. Era el dinero de mi última paga. Por alguna razón no soportaba tenerlo encima. El querubín miró los billetes con codicia.

—¿Qué nos pasa, rudo? ¿Esta noche queremos volar?

Envolví los billetes en los folletos neocristianos del doctor Gotnov.

—Esta noche queremos hacer algo por tu salud espiritual —respondí—. Que no es muy buena.

—Está a punto de mejorar —dijo el querubín, relamiéndose los labios. Tomó los billetes y echó una ojeada a los folletos—. ¿Qué se te ofrece? Por este fajo te puedo enseñar la historia del mundo.

—No me interesa la historia —dije—. Me basta con que te vayas y leas esas cosas. No te aburras demasiado.

El querubín miró los folletos con incredulidad.

—Te adoro, rudo —dijo, levantándose de la mesa—. Me parece que en el futuro creeré en Dios.

—Muchos creerán —dije.

Salí a caminar. Estaba mareado y las luces me herían los ojos. Entré en un callejón oscuro y vomité contra la pared. Alguien me insultó desde las sombras.

—Lumdara —repliqué, y recibí más insultos.

Tambaleándome, fui hasta la parada y tomé el ómnibus de regreso a la base. Por la ventanilla se veía Nueva Sumatra en llamas brillando en el horizonte.

—Buen espectáculo —comentó mi compañero de asiento.

—No es tan malo por ser gratuito —respondí.

Cuando llegué a la barraca, me tumbé en el catre y revisé rutinariamente mi equipo. Tomé el chaleco salvavidas y me imaginé arrastrado por el oleaje hasta una isla de palmeras y mujeres. Esa isla estaba a siete años-luz, pero en Acuario la corriente podía arrastrar a un hombre hasta Nueva Sumatra en menos de un día. Me adormilé. Soñé con Olga Montrel, que estaba muerta pero estaba viva. Olga era un enano amarillo con ojos llenos de piedad. Gemía, porque el fuego derretía esos ojos. Se retorcía en la hoguera extendiéndome brazos que eran ramas.

—No dejes que te conviertan en monstruo —dijo mi voz en el sueño.

—Un paraíso o un infierno —dijo la voz de Olga.

Desperté sobresaltado, jadeando febrilmente.

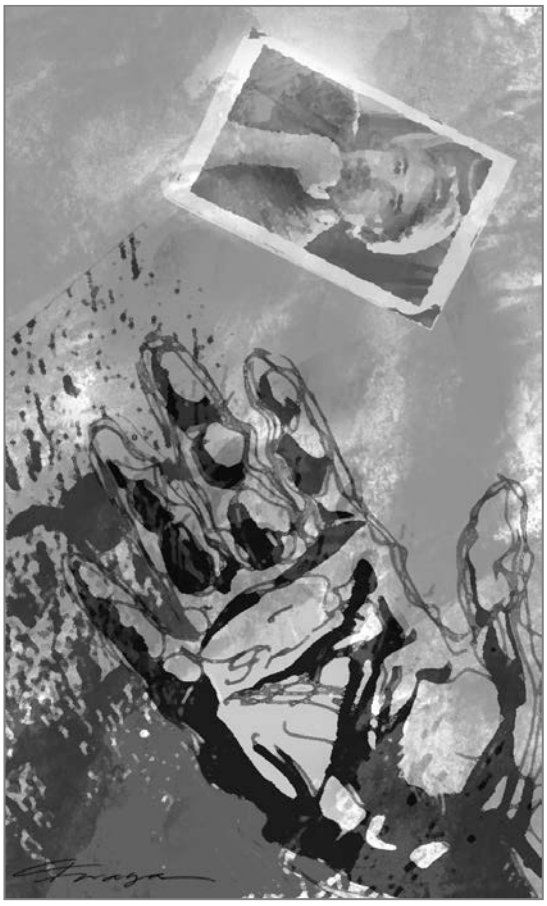
—Fue sólo un sueño —murmuré. Y agregué en voz alta—: Los soldados no sueñan.

—No jodas —dijo alguien en la penumbra—. Los soldados tienen que dormir.

Me puse el chaleco salvavidas y me levanté del catre. Salí de la barraca, aturdido. Escuché atentamente el rugido de los bombarderos que despegaban en la noche. Sentí un desgarrón. El desgarrón era la ausencia de Olga y la presencia de un dios celoso. Recordé al mayor D'Istórror diciendo que tenía mucha fe en mí y decidí que con el tiempo eso podría ser literal. Yo también jugaría a los dados con el universo. Había llegado justo a tiempo. Estaba muerto pero podía estar vivo.

Caminé por la pista. Sentía en la carne la mordedura de algo parecido al fuego. Nadie me vio cuando me acerqué a la baranda y me arrojé al mar. El agua tibia me envolvió maternalmente, aplacando esa sensación quemante. Flotando en el oleaje, miré con placidez el cielo borroso. Lumdara, murmuré. Allá entre las estrellas, en un grano de polvo ahora invisible, había una isla con palmeras y mujeres, pero Olga era más, mucho más que mi confidente y copiloto. Apreté con fuerza la foto en blanco y negro que ella me había dado. La corriente me arrastraba despacio hacia Nueva Sumatra. La hoguera cubría el horizonte y el mar resplandecía como fuego líquido. Creí oír de nuevo ese gemido animal, que poco a poco se convirtió en un susurro invitante.

© Carlos Gardini



Carlos Gardini nació en Buenos Aires en 1948. Es uno de los más talentosos autores argentinos de Ciencia Ficción, un escritor de gran trayectoria, con un estilo rico, refinado e inteligente. En 1982 ganó el *Primer Concurso del Círculo de Lectores* con su cuento "Primera Línea". Desde entonces ha publicado varios libros, tanto de cuentos como novelas, mereciendo elogios de la crítica y diversos premios, entre ellos, el *Más Allá*, el *Ignotus* y, tres veces, el *UPC*. También se ha destacado como traductor de Ursula K. Le Guin, Theodore Sturgeon y Cordwainer Smith, además de autores de la talla de Robert Graves, William Shakespeare y Henry James.

LA BOCA

GERMÁN AMATTO

Borroso, sudado, Peralta se repitió que no era por miedo que no se decidía a entrar sino por el calor, por ese infierno paralizante del que apenas lo protegían las sombras del paraíso. Sin embargo, era fútil esperar; cada segundo de retraso en el cumplimiento del encargo lo acercaba más al Archivo. En la constructora no tenían piedad con los melindrosos.

El conventillo —la tapia cubierta de pintadas, las paredes de listones desteñidos, la cumbia martillando en las entrañas de madera y chapa— se alzaba con indolencia en la vereda de enfrente.

Pase, Peralta, le había dicho Beláustegui ayer a última hora; *siéntese, ya le explico por qué lo mandé llamar.*

Hijo de puta, murmuró Peralta a los adoquines desiertos. Solía hablar solo, rumiar cada conversación cruzada en la oficina: las descomponía palabra a palabra, les arrancaba segundas interpretaciones, intercalaba los retrucos a los que no se había atrevido, hasta quedar agotado. Hijo de puta, repitió. Pero hoy el aire hervía, y roer escarnios se le hacía más pesado que de costumbre.

Peralta juntó resignación y abandonó el paraíso. Al cruzar ojeó las dos cuadras de Necochea hacia el río, la sucesión de veredas rotas, cúmulos de basura y alcantarillas sin tapas que era el compendio del barrio de La Boca. Costaba creer que tanto abandono pudiera convertirse en negocio inmobiliario.

Pero así va a ser, Peralta. Cuando el Proyecto Puerto Madero se expanda hacia el sur, van a sanear el río y sepultar los caserones bajo edificios de lujo; la reurbanización va a disparar el valor de la zona; los dueños de los terrenos se van a forrar. Negocio redondo, ¿comprende?

Comprendo, Beláustegui. Y usted debería comprender que La Boca está demasiado lejos de Puerto Madero para interesar a los *brokers.* Sanear el río. Reurbanizar. Imbécil.

Lo inútil de su encargo, condenado al fiche-ro de los proyectos descartados, lo escandalizaba, pero no podía soslayarlo. En la oficina se avecinaba una drástica reestructuración, y para implementarla necesitaban víctimas propiciatorias, cualquier infeliz que ofreciera excusa. El nombre de Peralta estaba en la baraja, él lo sabía, todos lo sabían. La menor falta en el desempeño lo arrancaría de los luminosos pisos superiores y lo remitiría a un escritorio eterno en el subsuelo de Archivos, convertido en un mero apéndice de Beláustegui.

Agotó el tramo hasta el conventillo. El portón, de tablones sucios, estaba abierto. Desde el umbral mellado se extendía un pasillo jalonado de puertas. Al fondo, casi seguro un patio. No divisó a nadie, pero Peralta sabía de antemano qué iba a encontrar en cada cuartucho: hacinamientos de yoruguas, paraguas, bolitas. También cabecitas negras del interior. Y más de un quemado. Marginales. Ocupas del conventillo, engullidos por La Boca.

Ahí es donde entra usted, Peralta. Son gente pobre; vaya y tantéelos. Averigüe qué necesitan, por cuánto están dispuestos a ceder los cagaderos donde viven.

Peralta, obediente, entró. La luz de la calle moría en el polvo; lo asaltó un amasijo de olores agrios. Cegado por el exterior, tuvo la impresión de que el suelo del pasillo se movía. Apretó los párpados, volvió a abrirlos. Vislumbró una forma, un manchón abigarrado, un chico en cuclillas. Flaco, oscuro. Empuñaba una tiza con la que rayaba sin parar las baldosas.

Hola, saludó Peralta, ¿cómo te llamás? Pero el chico siguió rayando sin contestar y Peralta, disgustado —negrito de mierda—, decidió ignorarlo.

Eligió una puerta y golpeó. Buenas, dijo en voz alta.

Oyó un roce al otro lado, un tintineo; ninguna respuesta. Volvió a golpear. Buenas, ¿hay alguien en casa?

La puerta permaneció cerrada. Peralta se sintió descolocado. No esperaba semejante indiferencia; contaba con la curiosidad de los conventilleros para hacerse atender enseguida.

Supongo que con una oferta mínima van a agarrar viaje, si están muertos de hambre. Pero no vamos a correr riesgos, me entiende. Si dicen que no, vamos a tener que reforzar nuestra propuesta. Por eso este mandado, que recae en usted.

Oteó alrededor. El chico de las tizas ya no dibujaba; lo estaba mirando. Tendría unos seis años, y arrastraba esa resignación de los que se criaron en la pobreza. Peralta contempló el dibujo: una ronda de triángulos toscos, que se alargaban hacia el interior de la figura hasta terminar en vértices aguzados.

¡Qué bien que dibujás! ¿Cuál es tu nombre?

El chico bajó la vista y volvió al garabato. Peralta, consciente de que en ese pasillo no se le abrirían puertas, insistió:

Estoy buscando a un grande para hablar. ¿Tus papás viven acá? ¿Dónde están?

El trazo se interrumpió. El chico encogió los hombros y señaló el extremo más lejano del pasillo. Pasando el primer patio, dijo. Peralta agradeció con un cabeceo y se internó despacio. Fiel a sus instrucciones, estudió las paredes.

Queremos que haga un relevamiento informal de la construcción. Busque daños en las paredes. Vigas dañadas. Contravenciones a las normas de seguridad. La mayoría de los conventilleros no son dueños legales: tomaron el caserón. No podrían vendernos las propiedades ni aunque quisieran. Si además de ofrecerles plata los amenazamos con que la ratonera se les va a venir abajo, quizá consigamos que desalojen.

No, no eran paredes. "Pared" era mucha palabra para esos tabiques de tablones percudidos, aglomerado, chapas oxidadas y esterillas que apenas aislaban los ambientes del exterior. Se volaban con cada ventisca, seguro, pero ellos ponían un remiendo tras otro y aguantaban. Las construcciones precarias de los lejanos inmigrantes resistían desde hacía décadas, y albergaban generaciones enteras.

Peralta salió a un patio de baldosas blancas y negras, caldeadas por el sol. La cumbia batía contra la medianera alta, rematada en vidrios rotos. Ni puertas ni ventanas; todas las aberturas estaban cegadas. En un rincón, una pileta de lavar. Desperdigados en palanganas y macetas cuarteadas crecían malvones, ruda macho, unas hojas carnosas que Peralta desconocía. No se detuvo a mirarlas; siguió hasta la pared opuesta, en la que se abría un pasaje angosto. Angosto y opresivo. Peralta dudó. Le disgustaban los lugares cerrados —como su propio cubículo en la oficina— pero casi podía sentir el estrujón del sol en su cabeza y se metió a desgano, para escaparle a la insolación.

Lo veo muy bien dispuesto, Peralta. Me alegra comprobar que no me equivoqué al proponerlo para este laburo. Sabe, cuando el negocio se concrete, la gerencia va a otorgar aumentos de sueldo y cargos según los méritos de cada uno. Créame: usted no va a quedarse afuera.

No quedar afuera. Ese era el motivo por el que había aceptado el mandado. Ahí estaba, cumpliendo recados como cuando era pibe. Sus padres... caramba, ya hacía como un año que no los veía. ¿Qué habría sido de los viejos? Debería llamarlos. Pero entonces ellos querrían verlo, le exigirían tiempo. El no tenía tiempo. Además, si llegaran a necesitarlo con urgencia, seguro que lo hubieran llamado. Para eso está el teléfono. Sólo para las urgencias. El problema cuando uno quiere alcanzar la excelencia profesional es que los afectos distraen, no permiten seguir el ritmo de las demandas de la gerencia. Por eso tuvo que resignarlos, en aras de su puesto en la oficina. Y ellos, que lo querían, seguro comprendían. No como la constructora, que sólo esperaba su fracaso para arrebatarlo de su escritorio y mandarlo abajo, al olvido.

Con cada paso aumentaron la humedad, el tufo, la cumbia, hasta que las paredes se abrieron a un segundo patio. Era extenso, mucho mayor

que lo indicado en los planos del catastro. Alrededor se encaramaban casillas ruinosas, un hacinamiento caótico de maderas agrisadas por la intemperie. Cables eléctricos se ramificaban desde un poste en conexiones precarias. En el suelo se pudrían restos de muebles, fierros desperdigados y más de esas hojas cárneas que Peralta no escrutó, abrumado por el desorden que lo rodeaba. El sólido trazado del edificio estaba corrompido por la pobreza y la desidia.

Descubrió una rayuela de tiza borroneada en las baldosas. No tenía marcados el cielo ni el infierno; las casillas no estaban numeradas. En cada espacio se repetía un desleído círculo de triángulos. A lo lejos, avistó una puerta y un viejo.

La puerta era la primera que encontraba abierta en el conventillo; el viejo, el primer adulto. Peralta atravesó el calor hacia el hombre, que yacía en una reposera, envuelto en un poncho sucio que le tapaba las piernas. Al acercarse fueron cuajando sus rasgos, desmoronados en arrugas oscuras, extraviados en una nebulosa senil, y Peralta supo que sería inútil hablarle. Está ido, pobre tipo; encima, con la resolana y ese poncho va a deshidratarse.

Se dirigió a la puerta. Una cara infantil surgió del vano, relumbró al sol, volvió a hundirse. Del otro lado llegó un choque de cacerolas y los gritos cascados de una mujer.

¡Nervios!, soltó de golpe el viejo.

¿Perdón? dijo Peralta, arrimándose.

Son los nervios de mis piernas, sabe; les gusta el calor. Por eso no largo el poncho.

Una risa marchita hormigueó en la casilla.

No se fíe del abuelo, dijo la voz de mujer. Parece dormido, pero está despabilado. Bué, usted dirá qué lo trae por acá.

Qué tal. Mucho gusto. Me llamo Peralta. Represento a Construcciones de La Boca. Estoy entrevistando a los que viven en este... a los ocupantes de este edificio.

Sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente. El resplandor del patio ennegrecía el interior del cuarto, pero si se concentraba, quizá alcanzara a diferenciar... sí, ahí estaba, una cara morena diluida en la penumbra.

Ajá. ¿Y para qué entrevistan, si se puede saber?

Traigo una propuesta de compra muy interesante, que me gustaría tratar con usted. Pucha, qué calor hace, ¿puedo pasar?

Siguió una pausa, un mutismo suspicaz sólo golpeado por la cumbia. El abuelo carraspeó una flema. Llegaron chapoteos del patio delantero; alguien se habría puesto a lavar ropa.

Es un asunto de mucha plata, agregó Peralta.

Pase, respondió ella.

Cuando les hable, ármese de paciencia. No me malentienda; no tengo nada contra ellos, pero seamos honestos: su forma de vivir es diferente. Su escala de valores es tan ajena, que resulta muy difícil tratarlos.

Atezada y ancha, la mujer picaba cebolla en una tabla sobre una mesa desvencijada. Parecía bastante joven. No se acercó a recibirlo. Una cama de dos plazas y una cocina a garrafa agotaban ese ambiente minúsculo y se interponían entre ambos. Dos criaturas absortas se agazapaban en el suelo, con rostros y colores calcados de los del pibe de las tizas.

No voy a distraerla demasiado, dijo Peralta.

Ella asintió; dejó la cuchilla sobre la tabla, se limpió las manos en el largo delantal floreado, le señaló una silla despareja. Acomódese, nomás.

Peralta se sentó. Los chicos no jugaban, no hablaban; permanecían quietos en cuclillas. Serán retardados; acá no hay señales de hombre, seguro que ni tienen padre.

Lindos pibes, afirmó a la mujer; son iguales a usted. En el patio de adelante hay otro, que también se le parece.

En esta rama de la familia todos nos parecemos, dijo ella con una sonrisa gastada. Peralta le devolvió el gesto, socarrón: "rama familiar", dice la sonsa, como si pertenecieran a la nobleza... aunque, ahora que lo pienso, es cierto que se parecen; todos ellos se parecen... demasiado. Le

vino a la mente el viejo de la reposera, el "abuelo". Una suposición obscena emergió y volvió a hundirse.

Peralta decidió seguir con su asunto.

Veo que le prepara la comida a los chicos; qué le parece si vamos al grano. Como le conté, me envía la constructora, interesada en comprar este lote...

¡Ja! La exclamación del viejo llegó de afuera. ¡Otro más!

¿Otro más?, repitió Peralta.

No le haga caso al abuelo. La mujer golpeó con los nudillos en la tabla. Ya está muy grande. Usted dijo algo de mucha plata. ¿Cuánta, si se puede saber?

Ante la cifra minúscula que arrojó Peralta, la expresión de la mujer se iluminó, derivó más allá del cuartucho, más allá de los patios y muros del conventillo; luego se retrajo, como jalada por un elástico, y se marchitó.

¿Cuándo comemos, nena?, chilló el viejo. ¡Me duelen las piernas, tengo hambre!

Ella bajó la vista hacia la cebolla y agarró el cuchillo: ¡ya va, abuelo, tenga paciencia! y el acero golpeó la tabla, tajos rítmicos cortando capas resecas mientras los chicos, mudos, vegetaban en el suelo.

¿Y, señora? ¿Qué me contesta?

La cara de ella era un fósil de penurias; la respuesta no agarró desprevenido a Peralta.

Contestamos que no.

Viven desapercibidos, casi secretos. Escuchan esa música insoportable, toman vino de envases de cartón. La mayoría ni terminó la primaria. No; no los desprecio. Pero tampoco los comprendo del todo.

¿No?, dijo Peralta, no entiendo, ¿así de fácil? Así de fácil, dijo ella. Pero por favor, no descarte el asunto tan a la ligera, imagine lo que podría hacer con esa plata. No voy a imaginar nada; no podemos aceptar.

¡Decile que se vaya, decile!, gritó el viejo. Todos hablan igual. Mandálo a mudar de una puta vez y hacé el morfi.

El rechazo se enroscó en Peralta, le agarrotó el cuello. Encaró a la mujer: sea sincera, por favor ¿vinieron de otras firmas a ofrecer por el terreno?

No, contestó ella, qué va a venir nadie, a esta ratonera.

Porque si así fuera, nosotros podemos mejorar su oferta.

Ya le dije que no. La respuesta a su oferta ya se la di.

En ese caso...

Peralta se levantó. Una hendidura cultural insalvable se desplegaba entre él y esa gente. Por lo menos considérelo, dijo a la mujer; dése un tiempo para decidir.

No hay decisión ¿no entiende? Afuera no hay nada para nosotros. No podemos salir de acá. Nacimos y crecimos en este lugar; no tenemos más que esta pieza.

¡Siempre lo mismo!, cacareó el viejo. Vivimos acá porque no nos dejaron otra, porque nos abandonaron, y ahora que nos amoldamos quieren rajarnos. Pero a mí no me van a arrancar, no señor. ¡Hijos de puta!

Uno de los chicos largó una risita; el viejo berreó. La cumbia persistía, aunque Peralta fue incapaz de discernir si era el tema de antes, incesante, u otro igual. La música justa para estos tipos, concluyó: chillona, mezquina y repetitiva.

Una rodaja de cebolla crujió y cayó en la tabla, terminante. Peralta dejó escapar un desvaído agradecimiento y salió. Se detuvo en medio del patio, perdido, abandonado. Escuchó voces que discutían, hubo movimiento tras una cortina, pero era inútil llamar a más puertas. Todos estaban cortados con el mismo molde: su respuesta sería siempre idéntica.

Vinieron a su mente los muchachos del bar, antiguos camaradas de juventud: ellos también eran todos iguales. Tenían las mismas metas mediocres, la misma falta de comprensión cada vez que él les exponía sus ambiciones. Se fueron volviendo unos desconocidos, y dejó de tratarlos cuando comprendió que eran un lastre. Nunca volvió a verlos.

Oyó una queja a sus espaldas; ay mis piernas, mis pobres piernas. Echó un vistazo. El viejo seguía adormilado en la reposera, la boca abierta, las arrugas distendidas. No parecía sufrir. El poncho se había corrido y dejaba a la vista las piernas. El sitio donde debieron estar las piernas.

El asombro de Peralta duró poco. El miedo fue una aguja helada que le enhebró las vértebras morosamente.

Son carne de cañón, el punto muerto de nuestra economía. Son víctimas, y también nuestros cucos deformes.

Apretó los párpados.

Seguro que vi mal. Fue el sol, este sol de mierda me hirvió los sesos. Si no cómo se explica; sólo alucinando pudo parecerme que las rodillas del viejo palidecían, se volvían dos tubos lisos que se incrustaban en el suelo.

Alucinación, o pesadilla. Pero se puede arreglar. Muy fácil, se arregla. Lo único que debo hacer es abrir los ojos, constatar que el abuelo sólo tiene un par de piernas normales, dos piernas flacas y arrugadas como las de cualquier viejo. Sólo debo darle a la normalidad la ocasión de corregirse.

Levantó los párpados.

Las piernas estaban cubiertas.

Peralta respiró —inhalación, exhalación, insolación, alucinación—, humillado ante sí, aliviado porque las piernas volvían a estar cubiertas y lo eximían de encarar lo inadmisible. En el fondo no se había asustado, por supuesto. No era por miedo que transpiraba sino por el calor, por ese malestar que percutía contra el cráneo. Tal vez tuviera fiebre.

Amagó volverse cuando advirtió, de refilón, la doble hilera de baldosas a sus pies. Unas losas oscuras, pardas. Las recubría una pátina viscosa, y se movían, se estremecían con suaves palpitaciones. Su recorrido era un desorden de ángulos caprichosos y curvas irregulares que vagaba entre los deshechos del patio y confluía bajo la reposera, en algún punto encubierto por el poncho del viejo.

El miedo fue tenue por previsible; de inmediato lo arrolló el enojo. ¡Ya sabía yo! Desde que entré a este potrero estuve seguro de que algo ocultaban estos negros. Tanta decadencia, tanta desidia, debían tener alguna explicación secreta.

Osciló entre la curiosidad y el deseo de volver a la vereda de enfrente, a la protección sin mácula del paraíso. Lo frenó la inminencia del Archivo, el terror a consumirse bajo el parpadeo de los fluorescentes, la certeza —porque lo había visto en otros desgraciados— de que su identidad se descompondría bajo una rutina de biblioratos polvorientos y cajas numeradas.

Aumentos de sueldo y cargos según los méritos de cada uno. Créame: usted no va a quedar fuera.

A la luz de esa promesa, ese sendero pulsante cobraba sentido: llevaba a una segunda oportunidad, la ocasión de superar el diálogo frustrado con la mujer diluida y redimirse ante la constructora. ¿Cómo había dicho ella? Allá afuera no hay nada para nosotros, estamos justo donde debemos. Pero yo no soy uno de ellos; no voy a quedarme fuera.

Tengo que mantenerme impasible. Ahí nomás están los pibes ovillados, la mujer con el cuchillo y los vecinos, agazapados tras cada puerta. Están callados pero les siento la mirada: me rodean. Son capaces de cualquier cosa.

Decidió no encarar al viejo; se puso a recorrer las baldosas en el sentido opuesto.

Fue difícil. El resplandor del sol confundía las losas oscuras con las pálidas; a menudo Peralta debió adivinar por dónde seguir. Consiguió rastrear el diseño hasta una angostura en la medianera. La entrada a un pasadizo.

Había esperado otra cosa. Un nicho, tal vez un baño. No esa subrepticia prolongación del conventillo. Ese tracto no figuraba en los planos y adulteraba aún más la distribución del caserón.

Se metió. Las paredes le rozaron los hombros. Llovió cáscara de pintura. La cumbia golpeaba; Peralta reparó en que sus pasos seguían maquinales la prepotencia del ritmo y se esforzó por romper la cadencia. Cincuenta metros, cien. Se estaba internando demasiado, pero no le importó. Lo primordial era el sendero que fluía y lo guiaba incesante. Cuando el piso se plegó en un tramo de escalones empinados, lo bajó sin pensar.

Estaba en un espacio irregular. Un patio atrofiado. La luz diurna se agriaba en lo alto, sólo un fulgor bilioso se deslizaba por la garganta de ladrillos. En el centro, trazado en rojo, un gran círculo hacia cuyo centro apuntaban triángulos afilados. Bajo la capa de esmalte se notaba un borde de metal; una tapa redonda.

Peralta barajó explicaciones: era el acceso a las cloacas, a una fosa séptica común, a una sala de medidores, pero ninguna tenía sentido. No existe motivo lógico para que esta tapa esté acá, dijo Peralta y empezó a masajearse las sienes, a pre-

sionarlas con bronca. Ya lo venía esperando; había maliciado que los espacios racionales cederían a medida que se internara en el conventillo, y ese recelo, al concretarse, dolía, dolía casi tanto como el temor al Archivo.

Su esposa. Ella hubiera borrado el dolor de inmediato. Un guiño, una sonrisa; con cualquier gesto pueril conseguía que uno olvidara la agonía. Pero ya no estaba. Había ido amputándose de su lado insensiblemente por-que era una obtusa, incapaz de comprender que Peralta se fatigara en largas jornadas de horas extras, incluso los fines de semana. Cuando él levantó la mirada de los informes, las planillas y las carpetas, se descubrió solo. Por suerte, ella también se había llevado al chico; no hubiera podido atenderlo. Ahora debía tener diez, once años...

Permaneció en silencio hasta que el sufrimiento cedió. Luego se puso en cuclillas y palpó el reborde. Sus dedos descubrieron un resquicio. Era lo que buscaba, lo que le habían mandado encontrar: la estructura ilegal, clandestina. Levantó la tapa sin esfuerzo y la arrastró a un lado.

Por un hueco de cemento sucio bajaba una escalerilla de hierro. Era un trecho corto, no más de tres metros; al fondo resplandecía una bombilla desnuda. Peralta acercó la cara y husmeó. No percibió olor a gas, ni aguas servidas, solo humedad y roña.

Ahí es donde entra usted, Peralta. Vaya uno a saber qué guardan tras su barrera de mugre e indigencia.

Descendió con torpeza, aferrado a la escalerilla. No miró hasta que sus zapatos toparon con terreno firme.

Era un sótano angosto. Una lamparita trémula sesgaba ladrillos carcomidos, el suelo de tierra negra. Dos caños blancuzcos bajaban desde el techo y se arrastraban hasta perderse por una arcada.

Peralta recordó las piernas encubiertas del viejo, la doble hilera de baldosas que lo había guiado hasta ese nivel inferior.

Ahí es donde entra usted, Peralta.

Más allá del arco, unos focos anaranjados salpicaban un túnel. Se obligó a seguirlos. Luz, oscuridad, luz, oscuridad, los zapatos de cuero chapotearon en el barro. Cautela, la bajada es abrupta y no quiero resbalar; mirá dónde vine a meterme, soy un infeliz, todo por no terminar en el Archivo. Por la promesa de una recompensa.

No quiero caer.

Ni siquiera acá abajo puedo zafar de la cumbia. Incluso estas tuberías se sacuden bajo el machaqueo, el ritmo podrido.

Luz, oscuridad. De la profundidad soplaba un aire rancio, acaso los últimos estertores de algún anticuado sistema de ventilación. A la izquierda, una abertura. Un nuevo pasillo, demasiado estrecho, del que surgían más caños, un manojo que reptaba durante un tramo junto a los principales —ahora gruesos como el torso de un hombre— y se les unían limpiamente, sin piezas de empalme ni marca de soldadura. Unas formas chatas brotaban de los tubos: unas hojas albinas, anchas, adiposas. Algunas habían caído y se recortaban tenues contra el humus.

Peralta se relamió el sudor. Le dolían las sienes; el cerebro pulsaba. El aire enrarecido velaba las luces. Añoró la cómoda quietud bajo el árbol, envidió la aturdida placidez de la mujer y sus hijos.

La pobreza los moldeó; no entienden las cosas de la misma manera que nosotros. Para eso, no hay vuelta atrás. Que el aspecto de ellos no lo engañe, Peralta: podrán parecer personas, pero fueron y son cabecitas negras.

Y van a seguir siéndolo mientras vivan acá, pensó Peralta mientras avanzaba; las estructuras modelan a las personas.

A la derecha descubrió un nuevo arco; y más adelante, otros umbrales de los que emergían más cañerías carnudas. De algunas se desprendían zarcillos, innumerables prolongaciones que se retorcían por las paredes y se entreveraban sobre su cabeza.

¿Cuánto más se alarga este agujero? Seguro que ya rebasé el perímetro del conventillo. Y si esto sigue sin final, si resulta que estoy en una red que vincula a todos los conventillos de La Boca...

Cabecitas negras. Cada vez son más, nacen más. Las minas se ponen a parir de chiquitas y ya no paran; se reproducen sin control, como una plaga.

La bajada se acentuó. El suelo era ya un limo negro, hediondo. Las hojas se aplastaban bajo las suelas con un chasquido acuoso, y salpicaban un jugo purulento. Peralta debía aferrarse a los ladrillos salientes, pisar con cuidado para no resbalar. Mantenía la vista baja, buscando apoyo; por eso no advirtió lo que tenía adelante hasta que casi lo golpeó con la frente.

Una forma abotargada pendía de un zarcillo; un capullo de hojas. Formaban láminas que se plegaban unas sobre otras, con delicadeza, sin

apretarse.

Envuelven algo, masculló Peralta; esconden algo, repetía mientras también él envolvía su mano en un pañuelo. Agarró una hoja y tiró suave. Se dejó arrancar sin resistencias. Luego, un par más. Quedó al descubierto una superficie tersa, transpirada. Peralta procuró no examinarla; temía paralizarse antes de terminar el desnudamiento. Siguió despojando hojas, y hojas debajo de hojas, hasta que al fin no pudo seguir.

Balanceándose del zarcillo en el aire rancio, había una bolsa traslúcida. Estaba repleta de líquido ambarino; dentro flotaba un bulto opaco.

El bulto se movió.

Un feto. Un feto humano.

—Inhalación, exhalación, insolación, alucinación—

El feto colgaba cabeza abajo y se agitaba despacio, abriendo, cerrando sus manitos hinchadas. El corazón latía; la sangre circulaba bajo la violenta medida de la cumbia. Las piernas se unían en el zarcillo que salía de la semilla, zigzagueaba por el muro, corría a unirse al tronco central.

¿Por qué ella nunca se movió de detrás de la mesa? ¿Por qué los chicos permanecieron siempre en cuclillas? Los rasgos de la criatura, ojos, nariz, boca sin formar, eran anchos y amarronados. Las piernas del viejo, siempre tapadas. Los vecinos, vegetando tras las puertas.

En esta rama de la familia...

Su forma de vivir es diferente. Su escala de valores es tan ajena.

... todos nos parecemos.

Una burbuja de comprensión se arrancó de los pulmones de Peralta y le alfilereó los ojos. Lo asaltó la noción de ser el único bastión de cordura entre tanta violación al orden natural. Se sintió desmoronar; por instinto hincó los zapatos en el barro negro. Pateó algo duro.

Entre el blanco de las hojas sobresalía, medio enterrado en el légamo, otro blanco. Se inclinó con cuidado y lo removió con la puntera. No, no era blanco; era ocre. Sucio y poroso. Redondo.

Presionó otro poco; entonces el cráneo giró, alzó hacia él unas cuencas cegadas, de bordes corroídos.

El suelo a su alrededor estaba sembrado de huesos.

Peralta resbaló; su grito ahogado cuando su cara se hundió en el detritus y se tiñó de negro. Sea sincera, por favor ¿vinieron de otras firmas a ofrecer por el terreno? No, qué va a venir nadie, a esta ratonera. Porque si así fuera, nosotros podemos mejorar su oferta. Ya le dije que no. La respuesta a su oferta ya se la di.

Vaya, Peralta. Vaya y encuentre. Es un trago amargo, no lo niego, pero piense lo que le espera al final.

Se deslizó golpeándose en los tubos, raspándose contra los ladrillos, revolcándose entre hojas y los desechos duros, romos, mellados de sus predecesores, manoteando con la desesperación de quien busca un legajo extraviado, hasta que la estrechez del pasadizo cedió a un espacio más amplio. La caída perdió impulso y cesó.

Peralta se retorció hasta que consiguió levantarse, el traje arruinado, ennegrecida la piel por el sedimento. Náuseas. El asco subió en arcadas y le apretó la garganta. Se apoyó contra el muro; vomitó.

Se sentía desolado, sin apoyo. ¿Dónde estaban sus padres, sus amigos, sus amores? Incluso Beláustegui lo había abandonado. A él, que lo había resignado todo, cada placer, cada satisfacción inmolada para mayor gloria de la constructora. Se había perdido a sí mismo, su vida desgajada capa tras capa, rodaja tras rodaja hasta quedar reducida a la nada.

Luego miró alrededor.

A través de las lágrimas, las lajas de la pared se desdibujaban; tenían tallados signos y escrituras pero no llegaba a descifrarlos. Subían, subían y se difuminaban en lo alto tras un velo de aire viciado; un gigantesco archivador ajeno a su entendimiento.

Se volvió.

Un fulgor apagado revelaba una bóveda colosal. De a poco empezó a percibir el trazado circular de la pared, las aberturas desparejas de las que surgían inmensos tubos de carne que se plantaban en el barro.

Más allá, en el centro del pabellón, distinguió una pequeña colina.

Reconocimiento. Jerarquía. Sueldo. Eso ofrece esta empresa. No es poco: son los valores que justifican vivir. Por eso digo que no debemos despreciarlos... me refiero a "ellos", ya sabe. Les debemos lo que somos, no lo olvide; nos dan todo aunque no tienen nada.

Avanzó a los tumbos entre los conductos macilentos, bajo los zarcillos que se entretejían inconmensurables, esquivando las brillantes placentas que colgaban con su carga de vida: retoños de cabecitas negras que eran cientos, miles, siempre en expansión; se multiplican como alimañas. Anduvo entre hojas y osamentas frondosas. El barro se endureció, se volvió consistente, y cada paso costó más.

Ahora va a ver, Beláustegui —inhalación—; voy a llegar al centro de este desquicio y le voy a demostrar de qué soy capaz —exhalación—.

Pero nada es gratis, como comprende. En los negocios todo es intercambio. Mantenemos nuestro status, porque otros resignan el que tienen. Así se armó esta empresa, Peralta; gracias a la entrega de mucha gente.

El suelo se arrugaba en pliegues y temblaba. Peralta subió al promontorio, cayó, se arrastró. Balbuceaba en la inmundicia: ya van a ver de qué es capaz este empleaducho, este cagatintas que nunca le serruchó el piso a nadie —insolación—; mutilé mi vida por mi carrera y así me pagan, pero los voy a cagar; cuando cumpla el encargo se los voy a refregar bien por la jeta, cómo me voy a reír cuando se tengan que humillar y recompensarme —alucinación—.

El declive mermó: había llegado a la cima. Con la última espasmódica brazada se asomó al borde.

Mientras siga habiendo gente como usted, la constructora seguirá creciendo. Es lo único que esta compañía le pide: un pequeño sacrificio en aras del desarrollo.

Debajo se abría el abismo, la sima circular de la que el montículo era uno de los labios. Del paladar brotaban colmillos inconmensurables; a Peralta volvieron los triángulos en la rayuela de tiza. Hubo un estertor en las profundidades. Una lengua monstruosa se proyectó vertiginosa hacia él.

No tema: tarde o temprano, la empresa va a darle su recompensa. Esta misión justifica su pertenencia a la firma. Es lo que tiene, lo que usted es. Ahora vaya, Peralta. Vaya y cumpla.

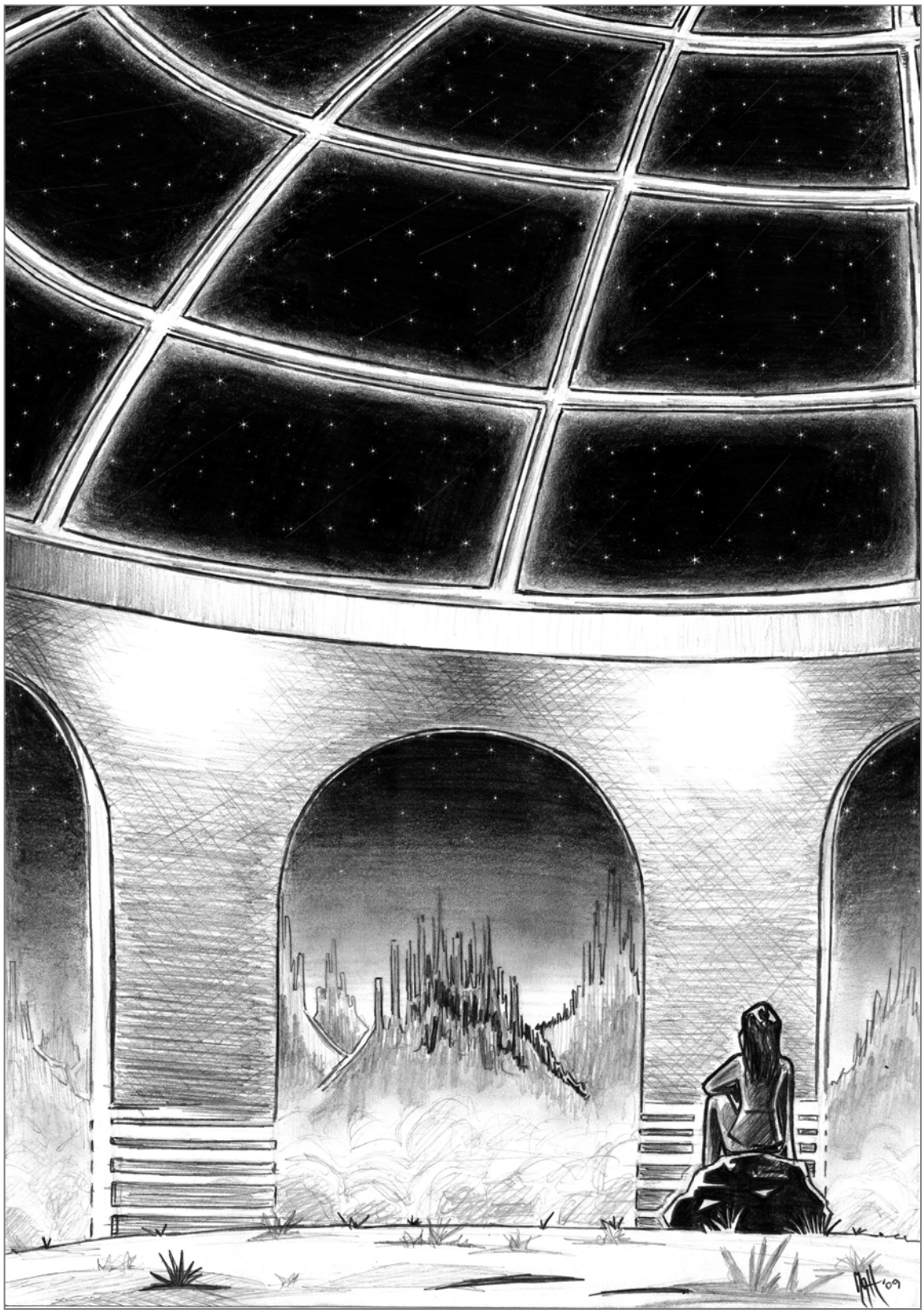
Peralta lloró por el paraíso, esa sombra fresca en la vereda de enfrente, a la que nunca volvería. Nunca le había pertenecido, nunca sería suya.

Un relámpago viscoso.

En la bóveda desierta sólo persistieron la descomposición y los rebrotes, arrullados por los salvajes latidos del corazón de su madre: la cadencia grosera, inextinguible, de la cumbia.

© Germán Amatto

Germán Amatto nació en Wilde, Buenos Aires, en 1969. Es profesor de pintura y un brillante escritor. Algunos de sus relatos figuran en las antologías "Visiones 2006", "Pasajeros en Arcadia", "Grageas", "Desde el taller" y "Los Universos Vislumbrados 2". Su cuento *Círculos y Engranajes*, aparecido en Axxón, participó del "Anuario Axxón 1" y, traducido al inglés con el título *Prisionero de Uróboros*, fue publicado en la revista "Bewildering Stories".



LA CIUDAD DEL DOMO

LAURA PONCE

El aire es un calamar
que se abraza a mis pulmones
una esponja que me absorbe
me deseca.
El aire es el cuerpo de tu traición
Mi decepción.
Inevitablemente respiro
Y el aire me penetra,
me astilla, me descuartiza.
Y vuelvo a inhalar.
Aire. Siempre aire traición decepción.
Fatídico. Letal. Irresistible.

(El Aire, de Paula Salmoiraghi)

Zary observó el líquido claro en la ampolla y se preguntó por cuánto tiempo seguiría siendo efectivo. *No hay mucho de dónde escoger*, pensó finalmente. Cargó la inyectadora y se aplicó una dosis en el cuello. Pasó su identificación por el lector y, después de un instante, la puerta se deslizó sin ruido. El hall del área de laboratorios estaba atestado. Caminó entre los que yacían quejumbrosos, caminó tratando de mantener la calma y no pensar en cómo las toses y las respiraciones trabajosas se sumaban multiplicándose en las salas y pasillos. No envidiaba el trabajo del personal de cuidados médicos. *Pronto no tendrán dónde ponerlos*, se dijo. Notó que le sudaban las palmas, se las secó en el delantal en cuyo bolsillo podía leerse: "Laboratorio de Investigación Médica", y apuró el paso.

Todavía le asombraba la rapidez con la que se había deteriorado la situación, le costaba creer que apenas unos meses antes incluso ella había logrado llevar una vida normal allí. O por lo menos tan normal como podía serlo en una instalación semienterrada en un planeta de atmósfera irrespirable en un sistema recién cartografiado. Zary pensaba a menudo que la estación, con el estilo urbano de su área residencial, sus calles, sus tiendas y sus zonas de recreo, había sido astutamente diseñada para que los que trabajaban y vivían confinados en ella se mantuvieran ocupados en la repetición de lo cotidiano, y así recordaran lo menos posible que la ciudad del domo y una pequeña operación minera resumían la presencia humana en Rognar, un planeta del que se sabía demasiado poco.

—Llegas tarde —dijo Simón, no bien Zary transpuso las puertas del laboratorio.

—¿Qué piensas hacer? ¿Despedirme?

El hombre apretó la mandíbula pero no respondió, y ella sonrió para sus adentros. Hacerlo rabiar era uno de los pocos gustos que todavía podía darse.

—¿Continúo analizando las muestras?

—Sí —contestó él, sin apartar la vista de la gran pantalla que observaba.

—¿Encontraste algo nuevo?

—Nada todavía.

Y así repitieron casi sin variaciones la primera conversación que tenían todos los días. *Como un viejo matrimonio,* se dijo Zary, burlona; pero el pensamiento le dejó un regusto amargo. Mientras se dirigía hacia la cámara de experimentación en la que había dejado cultivando unas muestras, recordó la mañana en que casi un año atrás había arribado a Rognar. Balcan, su esposo, se veía particularmente digno en su atuendo oscuro y la había tomado de la mano al descender por la plataforma de la nave. Ella se había estremecido ante la tibieza del contacto, conmoviéndose con ese gesto, entendiéndolo como un intento de reafirmar la promesa hecha por él de un nuevo comienzo. Aquello era justo lo que necesitaba porque, a decir verdad, sentía miedo. Nunca antes había dejado su planeta natal y no tenía la impresión de que Rognar fuera demasiado acogedor: los informes lo describían como un mundo sin oxígeno, árido y frío, similar a la Tierra precámbrica. Además había abandonado trabajo, familia y amigos, y había viajado hasta allí sólo para estar con él.

—¿Y Dariel? —preguntó Zary, otra vez en el presente al notar la ausencia del muchacho.

Como si se hubiera tratado de una invocación, las grandes puertas del laboratorio se abrieron con un siseo y él entró. Simón se dio vuelta gruñendo que nadie se preocupaba por respetar el horario, que ya estaba harto. Entonces notó que Dariel lucía enfermo. Miró a Zary y vio que se había quedado parada con la bandeja de mues-tras en la mano y el color se le había ido del rostro. Dariel trató de sonreírles pero sólo logró estirar los labios en una mueca trémula. Luego, sin decir una palabra, se dirigió hacia su estación de trabajo. Zary, incapaz de moverse, pensó con horror en que el suero había dejado de protegerlo, que la infección hasta entonces mantenida a raya debía estar extendiéndose rápidamente por su sistema respiratorio y se preguntó cuánto tiempo les quedaría a ella y a Simón.

Esa noche, después de abandonar el laboratorio, Zary anduvo sin rumbo durante horas. Caminó con las manos en los bolsillos, absorta en sus pensamientos. En las calles desiertas, custodia-das por edificios de cuatro pisos, sus pasos despertaban una profunda resonancia. Caminó casi sin saber que lo hacía, sin la voluntad de dirigirse hacia su casa ni a ninguna otra parte; hasta que se halló en el parque que había en el centro de la estación. Más allá de la senda iluminada, entre los setos y los canteros, las formas y los innumerables tonos de verde se desdibujaban, confundiéndose en un mar de sombras. Zary observó durante un momento el cordón de piedras blancas que limitaban la senda. Dio un paso para cruzarlo, y luego otro y otro. El corazón le latía con fuerza a medida que se adentraba en la penumbra. Sentía el aire húmedo de aromas indescifrables, sus pasos enmudecidos por el pasto. La brisa sutil y vacilante, en el continuo rumor de las hojas. Allá arriba, entre las copas pobladas y a través de la gran cúpula, brillaban las estrellas; nunca le habían parecido más frías y lejanas, más ajenas, que en ese momento, y sin embargo... Se sentó sobre una roca, dejándose envolver por la extraña calma de aquel sitio. Su silencio no era opresivo como el de las calles; el agua corría y con ella se escurrían, abandonándola, el miedo y la desesperanza. A pesar de todo lo que había pasado, se sentía a salvo en ese lugar. Quizás porque ya antes había encontrado consuelo allí.

Aunque Balcan le había sido infiel muchas veces en el pasado, siempre había regresado; aunque había tenido muchas aventuras, nunca la había abandonado; pero al poco tiempo de llegar a Rodnar la había dejado por una joven asistente y al principio Zary ni siquiera había podido experimentar rabia o dolor, se había sentido paralizada, incapaz de reaccionar. Era como si le hubieran quitando algo que no sabía que necesitaba. Era como si se ahogara, como si no pudiera respirar. Día tras día iba al parque y se sentaba allí, aguardando. Esperando la explosión que sabía que sucedería. La explosión en la se liberaría la maraña de emociones que se agolpaban cerrándole la garganta. Contemplaba el cielo a través de la cúpula, el maravilloso verdor del follaje habitado por los pájaros, y dejaba que su mente se vaciara de preguntas. Contemplaba el parque y sólo el parque estaba en su mente. Pero la explosión nunca llegó. Una parte de ella se congeló, se volvió cínica y mordaz, se envolvió en espinas para detener el sangrado. Y recién entonces, apoyándose en esa parte, Zary logró ponerse en movimiento otra vez.

Ya en esa época sabía que uno de los proyectos más ambiciosos de la estación era cultivar en suelo local y el parque era una especie de prueba piloto. No producía alimento y su valor como pulmón era discutible, pero ella creía que representaba una forma de decirle a los residentes:

"¿Lo ven? Echaremos raíces y prosperaremos aquí"; y en aquel momento esa era justo la clase de desafío en la que quería involucrarse.

—Su curriculum es bastante impresionante —había dicho la supervisora, apartando la vista de la pantalla que era a la vez la superficie de su escritorio—. Pero lo lamento, no tenemos ningún puesto disponible para alguien con su grado de especialización.

—Me basta con ayudar en lo que pueda, con ser parte del proyecto. Y no aceptaré un no por respuesta, Reila —había contestado Zary, leyendo el nombre en la identificación que colgaba del bolsillo de ella.

La mujer había sonreído, quizás impresionada por esa insolencia que tenía algo de desesperación.

Zary había comenzado a trabajar en el parque pocas horas después de esa entrevista. Durante los primeros días realizó labores sencillas: trasplantaba a los canteros plantines del invernadero hidropónico, ponía tutores a los tallos tiernos, hacía injertos y algunas podas. Pero Reila parecía ver con agrado el interés que ella demostraba por el estudio del comportamiento vegetal y poco a poco fue asignándole nuevas tareas, dejando que se involucrara cada vez más en el desarrollo del proyecto. Cuando uno de los encargados de relevamiento enfermó, Zary completó el equipo que monitoreaba el crecimiento de las plantas y las formas en que se adaptaban a su nuevo hábitat.

—¿Los ves? Desarrollaron raíces adventicias —le había dicho Chen, su compañero, apartando las hojas y los zarcillos de una enredadera que comenzaba a cubrirse de capullos—. Eso es muy raro en convolvuláceas. Pero supongo que no debería sorprendernos encontrar cosas inusuales. Este estudio recién está empezando y aún no se pude decir mucho acerca de lo que es normal o anormal en estas condiciones —abarcó con un gesto el suelo, el agua, el aire, incluso lo que estaba más allá de la cúpula—. Tomemos estos líquenes, por ejemplo —señaló unas manchas verdeazuladas que se veían sobre la corteza del árbol, entre las guías adheridas—. Están por todo el parque, y es bastante extraño porque no recuerdo que se hayan incluido líquenes entre las especies seleccionadas para la prueba. Trajimos pájaros e insectos para colaborar con la polinización, imitamos el viento y la lluvia mediante el sistema de ventilación y otros dispositivos ocultos en la cúpula, pero —agregó con tono rimbombante— "Todo es nuevo en Rognar".

Ese era el lema de la estación, estaba presente en todas las reparticiones, en todos los mensajes oficiales, hasta lo llevaban impreso en sus uniformes y Zary siempre lo había encontrado un poco inquietante, pero en aquella ocasión no pudo evitar sonreír ante el modo en que él lo había dicho. A Chen parecía encantarle su trabajo, se mostraba exultante, y Zary sintió el impulso de atacar su entusiasmo casi ridículo con algún comentario malicioso, de responderle que, para ella, aquella frase demostraba ignorancia más que ninguna otra cosa; pero no dijo nada. Registraron sus observaciones, tomaron algunas muestras y siguieron adelante. Era una hermosa mañana y Zary se sentía casi de buen humor. Empezaba a creer que podría llegar a disfrutar de su nueva vida. Sólo algunas noches, muy de vez en cuando, en la soledad y el silencio de su pequeño alojamiento, se acordaba del dolor.

Las convolvuláceas siguieron creciendo y poco tiempo después florecieron en un estallido. Sus delicadas flores en forma de campanilla atraían a los insectos y llenaban de color las matas trepadoras en las que las enredaderas se habían convertido. Las flores eran frágiles y se marchitaban rápidamente una vez cortadas, pero duraban bastante en las plantas. Su inocente belleza esparcida alegraba los setos y mientras duró la floración el parque atrajo más visitantes que nunca.

A Zary, sentada sobre la piedra y rodeada de sombras, le parecía increíble que de todo aquello hubieran pasado sólo seis meses.

Se puso de pie sacudiéndose la ropa, como tratando de quitarse de encima tanto el polvo como los recuerdos, y se encaminó hacia su casa.

A la mañana siguiente, Dariel se veía peor. Respiraba ruidosamente, estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos. Se presentaba a trabajar después de que le tomaran muestras de sangre y de esputo en el Laboratorio de Análisis Clínicos.

—Dijeron que controlara la fiebre y me mantuviera hidratado, que mientras pudiera estar de pie no me admitirían en las salas. Creí que acá podría hacer algo y la pasaría mejor que en casa. —Sonrió estirando los labios resecos— Además no crean que se alzarán ustedes solos con la gloria del descubrimiento.

—Entonces deja de perder el tiempo y ayúdame con esta clasificación —respondió Simón.

Zary pensó en que Dariel no tenía parientes en la instalación. Nadie a quien cuidar o que cuidara de él. En realidad, ella y Simón eran lo más parecido que tenía a una familia.

—El trabajo no va a hacerse solo —terció desde su estación.

Casi en el acto sintió un estremecimiento. Reila utilizaba esa frase todo el tiempo. La había usado cuando le propuso que la ayudara en el Laboratorio de Botánica.

Zary recordó que al principio había dudado ante su propuesta pues, si bien era un tipo de labor en la que tenía experiencia, lo que más le gustaba del trabajo que hacía en ese momento eran sus escasas responsabilidades. Pero se dijo que estaba lista, se lo repitió un par de veces como para infundirse valor, y finalmente aceptó. Fue cuestión de comenzar, nada más, porque de inmediato se sintió a sus anchas. Además no se trataba sólo del control rutinario del proyecto del parque. Reila había dado con lo que llamaba "un pequeño desafío" y Zary pronto se halló compartiendo su interés. Estaba relacionado con las manchas señaladas por Chen durante aquella primera mañana de relevamiento. Se había comprobado que en el parque existía una importante y variada población de líquenes con la que nadie había contado pero, según Reila, lo más interesante de la situación era que, en todos esos casos detectados en los que vivían asociados un hongo y un alga, los ficobiontes eran muy similares y tenían características de cianobacterias.

—Algunas cianobacterias poseen heterocistes que le permiten fijar el nitrógeno del aire y reducirlo a amonio, una forma que todas las células pueden aceptar; pero estas no se parecen a ninguna otra bacteria que yo haya visto y, modestamente, he visto muchas —había dicho Reila al comenzar su explicación.

Luego había detallado cómo el estudio y la comparación de las diversas muestras la habían llevado a preguntarse si toda esa diversidad no tendría un origen común, si no sería una misma bacteria la que estaría diseminándose por todo el parque, mutando para combinarse con otros organismos, y originando así gran variedad de inesperadas asociaciones. Al notar que Zary levantaba una ceja, había enfatizado:

—Sé cómo suena lo que digo. Pero si estoy en lo cierto... Quizás algo así podría terminar teniendo impacto en todo el eco-sistema del parque. No sería algo tan raro de ver, en realidad. Algunas bacterias son simbiontes de plantas acuáticas a las que suministraban nitrógeno. Se cree que los plastos, esos orgánulos presentes en las células de plantas, se originaron como células independientes adquiridas por una forma de simbiosis. Las bacterias que forman parte de la flora intestinal, por ejemplo, son consideradas simbiontes endosomáticos. Gracias a ese tipo de asociación, los organismos eucarióticos disfrutan de la capacidad de realizar procesos metabólicos que evolucionaron originalmente en bacterias, como la respiración, la fotosíntesis o la fijación biológica del nitrógeno.

—Pero incorporaciones de ese tipo no ocurrieron de un día para otro. Además, si sufren tales transformaciones, ¿cómo podrías estar segura de que se originaron a partir de una misma bacteria? ¿Cómo la identificarías? —inquirió Zary, y Reila le dedicó una gran sonrisa, como si hubiera estado esperando que hiciera esa pregunta.

—Los orgánulos de origen endosimbiótico aparecen muy transformados, pero conservaban un genoma propio y se multiplicaban autónomamente, revelando su origen como organismos distintos.

A Zary le resultaba contagioso el entusiasmo de Reila y había llegado a interesarse en el tema, pero tanta explicación terminó por marearla y apenas pudo seguirla cuando ella se largó a hablar de la teoría de la endosimbiosis en serie desarrollada por Lynn Margulis, que a una visión darwiniana de animales, plantas y, en general todos los pluricelulares como seres individuales, contraponía la visión de comunidades de células autoorganizadas, otorgando a estas células la máxima potencialidad evolutiva.

Aquella había sido la primera de muchas noches en las que se quedaron trabajando juntas. A veces se les hacía de madrugada antes de que se dieran cuenta. Entonces buscaban algo de comer, cualquier cosa, y se quedaban charlando y tomando café hasta que los demás llegaban.

Zary disfrutaba evocando esos días, frecuentemente pensaba en ellos como "los buenos tiempos". Sin embargo, al alzar la mirada y ver a Dariel, su rostro demacrado, sus gestos inseguros, no pudo evitar sentir que esos días habían quedado a siglos de distancia.

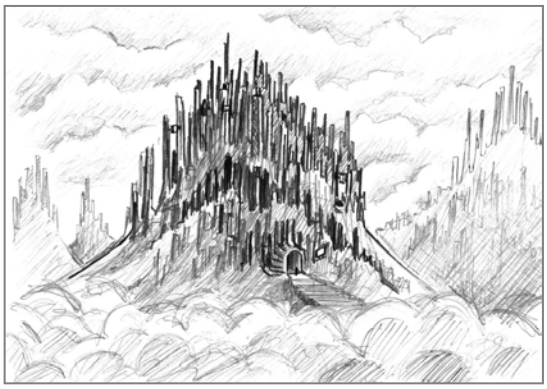
Regresó al análisis de las muestras que la ocupaban, sabiendo que pronto Simón le pediría los resultados.

Cuando ingresó en el laboratorio dispuesta a comenzar una nueva jornada, no vio a Dariel en su estación de trabajo y tuvo miedo de preguntar.

—Él está bien —dijo Simón, sin volverse—. Avisó que llegaría un poco más tarde. "Sólo un poco más tarde de lo usual" —lo remedó afinando la voz. Y gruñó—: Ya nadie respeta el horario.

Aliviada, Zary sonrió. Le conmovía el interés que evidenciaba ese comentario, incluso detrás de su aparente frialdad; y también le divertía adivinar en él una franca provocación, la movida inicial de una de esas partidas verbales que ella y Simón solían disputar. Estaba a punto de hacer su propia movida respondiendo: "No todos son tan perfectos como tú", cuando sintió una vibración en el costado. Era su comunicador. Tardó en comprenderlo porque hacía mucho tiempo que no recibía llamadas, sólo lo llevaba consigo por la alarma que le recordaba cuándo debía inyectarse. Al leer el código que aparecía en la pantalla sintió como si le faltara el aire. Murmuró para sí: *Balcan.*

El área de extracción minera no estaba lejos, pero las características del terreno hacían que fuera un trayecto largo y difícil. Mientras conducía el vehículo de reconocimiento, Zary pensaba en que lo bueno de esa situación de crisis era que ahora su identificación abría muchas puertas y nadie le pedía explicaciones al solicitar piezas de equipo.



La zona en la que se había construido la instalación era una meseta con un lago, rodeada de montañas y al abrigo de los fuertes vientos de Rognar. El suelo y las rocas de color negruzco mostraban huellas de un pasado volcánico. Balcan se lo había dicho la primera vez que lo habían recorrido: el camino por el que ella iba era una avenida de lava solidificada que bajaba ondulando entre montes y desfiladeros hacia la planicie. Allá, a lo lejos, serpenteaba el río bajo el tibio sol de la mañana. Pero Zary no se dirigía hacia ahí y estaba demasiado ensimismada como para poder disfrutar de la rara belleza del paisaje. En la siguiente curva abandonó el camino y avanzó a campo traviesa. Después de andar durante unos minutos por el terreno accidentado, vio aparecer casi al pie de las colinas la entrada a los túneles.

Al ingresar, no pudo evitar volver a maravillarse ante las proporciones de la construcción. Se dio cuenta de que empezaba a sentirse arrobada como muchas otras veces al visitar sitios supervisados por Balcan y, en lugar de abandonarse a la fascinación creciente, se dijo: *Sí, él es un ingeniero brillante. Sí, ha hecho grandes cosas. Pero también es un hombre arrogante, terco y egoísta. Y no debo olvidar eso esta vez.*

Balcan la aguardaba tras la compuerta de la zona de acceso. Zary dejó el vehículo y se quitó el traje intentando mantener la calma. Odiaba el hecho de que él se hubiera negado a oír razones, sin embargo quizás haber ido hasta allí fuese lo mejor. *Así verá que no necesito esconderme de él*, se dijo. Pero le temblaban las manos.

La compuerta se abrió y Balcan caminó hacia ella.

—Me alegro de que ya estés aquí —saludó afectuosamente.

—No me dejaste alternativa —respondió Zary.

Él se limitó a sonreír.

—¿Vamos? —preguntó luego, señalando un vehículo pequeño de dos asientos estacionado al costado del túnel.

Mientas Balcan conducía adentrándose en la gran estructura, Zary pensaba en que Reila le había dicho que eso ocurriría algún día, que estaría sentada junto a él y que no significaría nada. No había podido creerlo entonces y le costaba hacerlo ahora. Pero parecía que después de todo Reila había tenido razón. Como en muchas otras cosas. Nadie había querido creerle cuando sucedió lo de los pájaros. "Sólo unos cuantos murieron, los demás se recuperaron. No ha de ser nada grave", habían dicho en el Laboratorio de Investigación Médica. *Pobre Reila,* pensó, *nunca tuvo oportunidad.* Recordó que el día en que ella había muerto la había llorado con un llanto que no sabía que tenía. Se había convertido en su amiga, la primera amiga que había

hecho en Rognar, y con su muerte Zary volvía a quedarse sola.

"Se está esparciendo por toda la estación", había oído que cuchicheaba una mujer en el ascensor. "Sí, es una especie de neumonía", había respondido la otra, "me lo contó mi hermano, que conoce a uno de los médicos. No se contagia de persona a persona, pero es muy resistente a los antibióticos". *Aún no lo llaman peste,* había pensado Zary*, pero pronto lo harán.*

Aquel mismo día, el día del servicio fúnebre de Reila, Zary había recibido la notificación de su traslado. Había sido reasignada al área médica.

Al llegar allí había advertido que no era la única en esa situación. Varias personas esperaban para que el personal administrativo verificara sus credenciales y les indicara dónde dirigirse. La mayoría terminó ingresando por el pasillo de la izquierda, bajo el cartel que decía: "Cuidados Médicos", pero Zary debió tomar el de la derecha, bajo el cartel que decía: "Laboratorios". Otros dos iban más adelante por el mismo pasillo, un muchacho delgado que caminaba con las manos en los bolsillos y una mujer joven de cabello oscuro que se comía las uñas.

Las instalaciones del Laboratorio de Investigación Médica no eran muy diferentes a las del Laboratorio de Botánica, las mismas superficies limpias y pulidas, la misma luz fría, además era la segunda vez que Zary iba allí, pero en esta ocasión el olor a antiséptico la golpeó apenas entró, tomándola por sorpresa. Le recordó la convalecencia de Reila y fue como si se le abriera una herida en el pecho. Estaba a punto de retro-ceder instintivamente cuando la puerta se cerró detrás de ella.

El muchacho le sonrió.

—Mi nombre es Dariel.

—Zary —dijo ella, tomando la mano que le tendía.

—Yo soy Mikali —murmuró la chica, sin mucho entusiasmo.

—Y yo soy Simón —intervino cortante el hombre alto y corpulento, y su semblante adusto, propio de aquellos que lucen con orgullo su inteligencia, impresionó a Zary tanto como la mañana en la que ella y Reila habían ido a verlo para hablarle de los pájaros—. Y si ya terminaron con las presentaciones podemos pasar a lo nuestro. —Les repartió unas carpetas y los observó de modo severo, como si tratara de evaluar sus capacidades. Luego de un incómodo silencio, continuó—: Creemos que buena parte de los residentes de la estación fueron expuestos a un patógeno desconocido, aún así algunos enfermaron y otros no. Se dificulta establecer un patrón porque la gravedad de los síntomas y el tiempo de incubación varían mucho de un individuo a otro. Algunos enferman y mueren en cuestión de días, otros experimentan los síntomas durante mucho tiempo antes de decaer. Unos pocos, en la primera etapa de la enfermedad, han respondido al cóctel de antibióticos de amplio espectro, pero el suero sólo mantiene controlada a la infección por algún tiempo. Eventualmente el patógeno muta y el suero deja de ser efectivo...

—¿Por qué nos está diciendo esto? ¿Por qué fuimos reasignados? —interrumpió Mikali con impaciencia.

—Porque uno de los miembros de mi equipo ha muerto y los otros dos están demasiado enfermos para trabajar —respondió Simón, sin molestarse en disimular su disgusto—. Y ustedes son los únicos que quedan en la estación con alguna experiencia en investigación. ¿Alguna otra duda?

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó Zary, dejando la carpeta en la superficie de apoyo más próxima.

Simón se volvió hacia ella y después de un instante le sonrió, quizás sorprendido de que no dijera nada más, de que no mencionara su encuentro anterior ni la teoría de Reila, quizás agradecido de contar con alguien que no deseara perder el tiempo.

Esa sensación de urgencia pronto los había unido y fue como si siempre hubieran trabajado juntos. La fortaleza de Simón le había ayudado a enfocarse en la investigación y a apartar su mente de todo lo demás. Así, casi sin que se diera cuenta, las heridas se le habían ido curando.

Al evocar su compañía Zary se sintió reconfortada y terminó por distenderse en el asiento, a pesar de la proximidad de Balcan. El vehículo avanzaba silenciosamente por el túnel inmenso y ella se preguntó cuánto faltaría para llegar a destino.

La mujer se puso de pie al verlos entrar en la oficina. Era joven y hermosa, y el cabello le caía como una cascada sobre el hombro izquierdo.

—Ella es Clarisse —dijo Balcan.

—Sé quien es —lo cortó Zary, y estrechó la mano que la mujer le tendía.

Se sentaron en torno a una pequeña mesa y Balcan comenzó a relatar los sucesos de los dos últimos meses, cuándo se habían dado los primeros casos y cómo había empeorado la situación después de instaurada la cuarentena.

—Muchos de los trabajadores están enfermos —dijo al final—. En estas condiciones, no sé por cuánto tiempo podremos mantener la producción, y tengo un prestigio que proteger.

Oh sí, pensó Zary*, había olvidado tu altruismo*. Entonces Clarisse tosió. Fue más como un carraspeo, pero la forma en que se cubrió la boca al hacerlo, lo concentrada que parecía en que aquello no se prolongara... Cuando alzó los ojos Zary lo supo. Saberlo, ponerse de pie y salir al pasillo fueron casi una misma cosa. Balcan caminó tras ella.

—Zary...

—Te lo dije cuando llamaste, sabes que no soy médica.

—Los médicos no quieren tratarla, dicen que no hay sitio en las salas, que mientras pueda estar de pie...

Zary lo sacudió con fuerza.

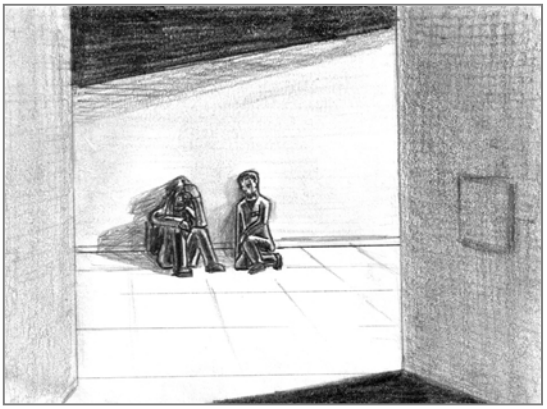
—¿Qué quieres de mí, Balcan?

—Quiero saber si hay esperanza —respondió él. Y Zary nunca había visto tanta desesperación en sus ojos.

Se dejó caer apoyándose en la pared hasta sentarse en el piso y Balcan se sentó a su lado.

—No sé si hay esperanza.

—Pero están investigando, ¿verdad?



—Sí, y ya identificamos al patógeno. Es una bacteria. Tal vez la trajimos nosotros o llegó con las primeras sondas robóticas, y cambió al ser expuesta a las condiciones del planeta. O podría ser local. No lo sabemos. Pero hay una gran distancia entre identificar un patógeno y des-cubrir una cura o una vacuna contra él.

Se pasó la mano por el cabello, alisándolo hacia atrás. Se sentía realmente cansada. Balcan sonreía.

—¿Qué? —le preguntó de mal modo.

—¿Cambiaste de peinado?

—¿Cómo?

—Te queda bien. Hace que se destaquen tus ojos.

Se levantó y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Vamos. Tomemos algo.

Zary iba a rechazar su mano pero experimentaba un leve mareo y se sentía acalorada. Se preguntó si era idea suya o Balcan estaba coqueteando con ella.

Bebieron café, luego almorzaron y después recorrieron la construcción. Balcan se mostraba atento y encantador, pero Zary apenas podía oír lo que le contaba. Lo miraba y pensaba: *A veces creo que quisiera volver a ti. Sé que eso es sólo el primer impulso, la repetición de lo aprendido, y sin embargo...* Pero aparte había algo más. No podía dejar de sentir que había algo realmente extraño en aquella situación. Hasta que se dio cuenta. *Tiene miedo*, se dijo Y, como si aquella fuera la pieza faltante a partir de la cual todas las otras hallaran su sitio, el escenario se fue armando en su mente: Balcan estaba aterrado. Balcan haría todo lo que tuviera que hacer para obtener su ayuda. Balcan quería aferrarse a la posibilidad de que, de existir una cura o una vacuna, él estaría entre los primeros que accedieran a eso. Nunca le había importado la salud de sus trabajadores ni la de nadie más. Ni siquiera la de Clarisse. De hecho, si Clarisse moría —que no sería extraño, muchos enfermaban y morían—, Balcan trataría de volver con ella —podía pasar; era uno de esos hombres incapaces de estar solos—, vendría buscando consuelo —lo había hecho antes—, vendría con su mirada más triste, con su voz cascada... *Y yo terminaría por aceptarlo*, pensó Zary con un escalofrío, forzada a admitir que, aunque había cambiado durante el último tiempo y ya no era esa personita dependiente que no podía respirar debido a su abandono, tampoco se había fortalecido lo suficiente como para rechazarlo.

—Debo irme —dijo.

—Pero no puedes irte ahora —contestó él, sorprendido—. Hay alerta de tormenta. ¿Sabes la velocidad que alcanza el viento aquí? Sería peligroso subir la pendiente en esas condiciones.

—Debo irme —repitió, temiendo que le fallaran las fuerzas.

Balcan apretó los labios en un gesto de desaprobación que ella conocía demasiado bien. Entonces una alarma delicada sonó en su comunicador. Maquinalmente Zary tomó la inyectadora de su bolsillo y se aplicó una dosis en el cuello. Balcan la observaba.

—Es el suero —dijo ella, como disculpándose.

—Lo imaginé —respondió él, y era otra vez el hombre frío y despectivo que la había herido en tantas ocasiones.

Estuvieron en silencio durante todo el trayecto de regreso.

Cuando ellos entraron a la oficina, Clarisse miró la hora. Fue como un acto reflejo del que después pareció avergonzada. Balcan preguntó si había alguna novedad y ella le informó de cierto asunto que requería de su atención. Él se excusó diciendo que regresaría de inmediato y salió por la otra puerta. Clarisse procuró seguir con su trabajo, pero lucía incómoda y Zary creyó leer en sus gestos la callada desesperación, la tristeza, la impotencia y el temor a ser desplazada. Le pare-ció estar viéndose en un espejo que reflejaba el pasado. O quizás el futuro. Atormentada por esa idea metió las manos en los bolsillos, y sintió el frío de la inyectadora. Cerró su mano sobre ella y estuvo cavilando durante un momento. *No puedo correr el riesgo de volver atrás*, pensó finalmente.

—Escucha —dijo sacando la inyectadora del bolsillo— no sé si esto te ayudará o no. No funciona con todos. Pero quizás te de un poco más de tiempo. Aplícate una dosis cada cuatro horas. Hay suficiente suero para un par de días. Volveré en cuanto pueda.

Las pálidas manos de la mujer tomaron lo que le daba.

—Pero, ¿y tú?

—Estaré bien. Acabo de inyectarme. Además, pronto volveré al laboratorio.

—Gracias —murmuró.

—No lo hago para que me lo agradezcas —respondió Zary, y al instante se arrepintió del tono que había utilizado—. Ven, te enseñaré a usarla —agregó con un poco más de amabilidad.

Balcan tardó casi dos horas en regresar. Para el momento en que Zary salió del túnel, el clima había cambiado. El cielo de la tarde se estaba oscureciendo y el viento arremolinaba el polvo sobre la planicie. Las condiciones empeoraban rápidamente y al comenzar a subir la pendiente sintió el embate de continuas ráfagas que ya azotaban los montes. Golpeaban el costado del vehículo con un sonido y una fuerza mucho mayores a los que ella podría haber imaginado. El polvo volaba dificultándole la visión hasta que se le hizo casi imposible saber hacia dónde conducía. Comprendiendo que aún se encontraba lejos de la instalación y temiendo terminar en el fondo de un barranco o que el viento la hiciera volcar, se dirigió hacia unas formaciones rocosas, donde le pareció ver la entrada a una cueva de tamaño suficiente como para meter el vehículo.

Una vez que se sintió a salvo, trató de utilizar el transmisor para llamar a la instalación y pedir ayuda, pero le resultó imposible comunicarse. Imaginó que quizás se debiera a la tormenta o tal vez fuera la cueva bloqueando su señal; pensaba que tendría más suerte con su comunicador, hasta que recordó que éste todavía se hallaba en el bolsillo de su delantal, **dentro** del traje que llevaba puesto. Inquieta, bajó del vehículo. La cueva estaba sumida en una profunda oscuridad. La luz de los faros alumbraba apenas unos pasos por delante del móvil y luego se per-día, devorada por las sombras. Más allá de la entrada aullaba el viento y el mundo era un borrón de color indefinido. Recién entonces, escuchando el sonido de su respiración dentro del traje, Zary se dio cuenta de que el temor venía hacia ella en oleadas poderosas.

Unas dos horas después la tormenta no había disminuido su intensidad. Sentada frente a la entrada, Zary calculó que pronto anochecería y sintió que las pocas esperanzas que aún conservaba se diluían sin remedio. *Aunque alguien hubiera notado mi ausencia y deseara salir a buscarme,* pensó*, no lo hará con este viento y menos, de noche*. Volvió a chequear la reserva del traje y comprobó que le quedaban sólo seis horas de oxígeno. Sonrió abatida. *Supongo que las cosas no pueden empeorar*, se dijo. Entonces sonó la delicada alarma de su comunicador.

Cuando la alarma volvió a sonar, Zary despertó sobresaltada. Le tomó un momento comprender dónde se hallaba, recordar que había regresado al interior del vehículo para refugiarse de la completa oscuridad de la cueva. Se sentía afiebrada y confusa. Se dijo que no debía entrar en pánico, que sólo se le habían pasado dos

aplicaciones, que no era algo irremediable, que se sentía bien todavía y que la infección sin duda podría volver a ser controlada. Pensó en los pájaros, en los que habían muerto y en los que se habían recuperado, en esos que ahora lucían más sanos y fuertes que nunca. Pero pronto volvió a caer en un pesado sopor.

Un poco más tarde, la despertó un sonido distinto. Se incorporó trabajosamente, con la sensación de que llevaba un largo rato escuchándolo. Se trataba del traje. Revisó el medidor y le quedaban apenas unos minutos de oxígeno. Sentía la garganta seca y el pecho dolorido, como si hubiera corrido hasta el límite de sus fuerzas. Estaba cansada. Demasiado cansada como para experimentar miedo o desesperación. El cuerpo se le estaba volviendo un amasijo hirviente y doloroso. Estaba empapada en sudor y su respiración se había convertido casi en un silbido. Pensó en el suero que le había dado a Clarisse y se sintió estúpida. Pensó en el tiempo que habían pasado juntas aguardando el regreso de Balcan y en cómo no había querido dejarla sola. Pensó en la mirada displicente que él les había dirigido y en su silencio en el camino de regreso hacia la entrada de la construcción. Pensó en todas las cosas que habían podido ser y no habían sido. Toda su vida, cada paso que había dado, cada oportunidad que había tomado o que se había negado, todo la había conducido hasta ese momento. Sonrió para sí misma, consumida por la fiebre. *No ha sido una gran vida, lo sé. Pero por lo menos los últimos meses valieron la pena. Es una lástima que termine de este modo.* Sintió que comenzaba a faltarle el aire, que se ahogaba, y no supo si culpar a la infección, al tanque vacío o a su estupidez, pero en medio de la desesperación creciente buscó a tientas el sello, luchó contra la torpeza de sus manos hasta que escuchó un silbido y se quitó el casco.

Abrió los ojos y vio un techo blanco y limpio. Trató de incorporarse pero no pudo hacerlo. Una mano grande se apoyó con delicadeza sobre su frente y le acomodó el cabello.

—No trates de hablar todavía —dijo la voz de Simón—. Pronto estarás bien.

El tiempo tomó para Zary una consistencia extraña. Le costaba aferrarse a los momentos. La idea de sí misma, incluso, se le hizo algo confusa, como si fuera un rompecabezas que se desbarataba, como si estuviera diluyéndose. A veces le inquietaba la impresión de una presencia intangible, recóndita. Una presencia que avanzaba. Su cuerpo se le fue transformando en una cosa ajena, se convirtió para ella en eso que tenía que sentir, en una prisión desmoronada que la sofocaba, y ya no le quedaban fuerzas para luchar contra ella.

La mejoría le llegó con la lentitud y la parsimonia de la claridad que sigue a una larga y amarga noche. Abrió los ojos y fue como si percibiera el mundo por primera vez. Miró en torno y vio a Simón, que estaba sentado junto a la camilla. Se había quedado dormido, la cabeza sobre los brazos cruzados en la sábana blanca. Zary movió la mano y la apoyó sobre su cabeza en un gesto lleno de ternura. *¿Estuviste aquí todo este tiempo?,* se preguntó. El hombre se inquietó ante el contacto y se incorporó repentinamente. Al ver que Zary le sonreía, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Los estudios y los exámenes se sucedieron. Ya los había padecido antes, pero ahora estaba conciente y se sentía lo bastante fuerte como para soportarlos. A decir verdad, se sentía mejor que nunca. En cuanto pudo hablar, lo primero que hizo fue quejarse.

—Esta gente me trata como una cosa. No quieren decirme nada —acusó una tarde—. ¿Qué está pasando, Simón? Sólo dímelo.

Él se sentó a su lado y pareció que trataba de decidir por dónde comenzar.

—¿Recuerdas el día en que Balcan te llamó? —preguntó finalmente— ¿Recuerdas que estuviste afuera?

Zary sintió un estremecimiento. *Balcan*. No había vuelto a pensar en él ni en aquel día. Recordó las manos pálidas de Clarisse tomando la inyectadora. Recordó la cueva, la tormenta y la fiebre. Recordó el ahogo, la desesperación, el aire que entraba por su boca abrasándola, astillándola, el aire que con cada inhalación la quemaba más profundo. Y luego, la oscuridad y el frío.

Simón se pasaba la mano por la frente.

—Como no regresaste ni respondiste las llamadas, nos preocupamos. Salimos a buscarte al día siguiente, rastreando la señal del vehículo que retiraste. Yo no quería perder las esperanzas, pero cuando te encontramos y vi que te hallabas sin el casco... Fue Dariel quien se dio cuenta de que respirabas. Estabas helada y tu piel tenía un

color extraño, sí; pero ¡respirabas! ¿Cómo podía ser?

>>La atmósfera de Rognar contiene anhídrido carbónico, nitrógeno molecular y vapor de agua, pero nada de oxígeno. Mil cosas me vinieron a la mente mientras te subíamos al vehículo, incluso las cosas más insensatas, creí que me iba a esta-llar la cabeza, y sin embargo no podía encontrar una respuesta lógica. Hasta que pensé en las bacterias y en lo que había dicho Reila sobre los pájaros enfermos, ese día en que vino al labora-torio contigo. Ella argumentaba que debíamos dejar de defendernos, que las bacterias sólo estaban buscando una forma de simbiosis. *¿Y si fuera cierto?*, me pregunté, *¿y si la infección tuviera alguna relación con lo que ocurría?*

>>Dariel y yo discutimos acerca de lo que debíamos hacer a continuación. Sabíamos que tal vez hubieras hallado por accidente lo que llevábamos meses buscando, lo que podía salvarlo a él y a muchos otros. Pero viéndote así, viva, después de haberte dado por perdida, yo sólo podía pensar en que era un milagro y temía arruinarlo, hiciéramos lo que hiciéramos.

>>Me convenció diciendo que debía verte un médico y, como nos preocupaba la forma en la que responderías a la atmósfera de la estación, hicimos un par de pruebas con un tanque de repuesto que habíamos llevado. En cuanto vimos que superados los primeros momentos reaccionabas bien, regresamos a prisa.

>>Te trajimos hasta aquí, hasta el laboratorio, Dariel se quedó cuidándote y yo me fui a hablar con el jefe de uno de los Pabellones Médicos. Lo conozco desde hace años, llegamos a Rognar juntos, en la primera nave; sabía que podía confiar en él. Quería asegurarme de que estuvieras bien e hice los arreglos para que pudieras permanecer en el laboratorio y recibir atención médica, mientras un equipo conjunto realizaba los estudios.

>>Y lo que hallamos fue tan sorprendente, Zary. No lo creería de no haberlo visto por mí mismo.

—¿Pero qué pasó con la epidemia? ¿Dónde está Dariel?

Simón sonrió con amargura.

—Lo que encontramos no fue una panacea, Zary. No funciona con todos. La simbiosis se da en ciertas condiciones y requiere compatibilidad, un determinado genotipo. Ser compatible es una especie de don, un don que no todos poseen —dijo, frotándose distraídamente la marca que la inyectadora le había dejado en el cuello. Luego agregó, animándose—: Pero, ¿te das cuenta de la magnitud de este descubrimiento? ¿Te das cuenta de lo que significa? ¡Eres el germen de una nueva raza!

Al notar que Zary se retraía, como quien se halla frente a una caja de la que no dejan de salir cosas, Simón cayó en un repentino silencio.

—Lo siento —dijo por fin—. No tengo el menor tacto. Soy un inútil para tratar con la gente. Yo también lamento la pérdida de Dariel, pero ya hemos perdido a tantos...

Poniéndose de pie, agregó:

—Me alegra que te sientas mejor. Eso es lo más importante para mí.

Se volvía hacia la puerta cuando Zary alcanzó su mano, esa mano grande y tibia que se había posado sobre su frente.

—Quédate un momento —murmuró—. Aún no termina la hora de visita, ¿verdad?

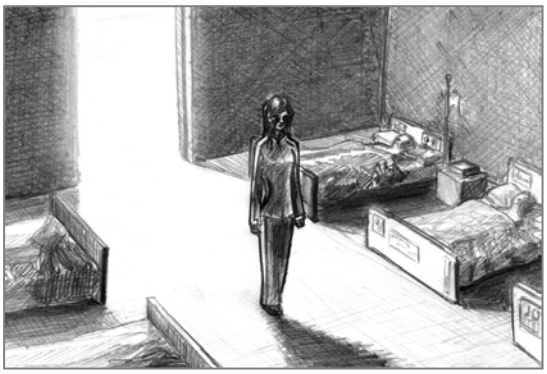
Pronto Zary supo de otros que, en condiciones controladas, se habían sometido a aquella misma transformación. *La gente hace lo que sea para aferrarse a la esperanza de la vida*, se decía al pensar en ellos.

Dupré, el médico amigo de Simón, le había explicado el fenómeno con gran entusiasmo: Las cianobacterias estaban alojadas en los alvéolos pulmonares y, del mismo modo que otras alternaban la fotosíntesis y la fijación del nitrógeno aprovechando el cambio entre el día y la noche, estos ficobiontes permitían a los humanos respirar oxígeno cuando lo había y, cuando no lo había, nitrógeno. Claro que el cuerpo sufría la hipoxia, el metabolismo debía ajustarse, pero aun-que su funcionamiento anaeróbico no era tan eficiente como el aeróbico, permitía la subsistencia en un medio sin oxígeno. "Extraordinario, ¿no crees?", había dicho Dupré. Y no era que Zary lo pusiera en duda, pero pensaba que su explicación distaba mucho de describir la totalidad de lo que ocurría.

Sabía que el cambio no había terminado. Era un proceso abierto y la adaptación de su cuerpo continuaba. Casi podía sentir el efecto que aquella metamorfosis estaba teniendo en cada una de sus células. Aunque su mente inquisitiva no sabía qué esperar de todo aquello y el temor no había desaparecido, ella se sentía animada por una fuerza nueva, una especie de vértigo embriagador, la sensación de que podía lograr cual-

quier cosa que se propusiera. Pero decidió guardar silencio acerca de esas impresiones; temía que originaran nuevos exámenes y prolongaran el encierro, que se le hacía cada vez más difícil de soportar.

Con el correr de los días, aunque los estudios no se detuvieron, sí se fueron espaciando —cosa que Zary atribuyó al aumento en el número de sujetos de prueba— y no tardó en ocurrir lo que tanto esperaba: autorizaron su salida.



Simón la acompañó en su primer paseo fuera del laboratorio. Aunque podía caminar sin ayuda, no rechazó el ofrecimiento de apoyarse en él; encontraba reconfortante la cercanía de su cuerpo.

La entristeció comprobar que lo que él le había contado acerca del deterioro de la estación no había sido exagerado sino todo lo contrario. Casi no se veía movimiento. Las calles sucias y las tiendas cerradas, el parque descuidado. Se cruzaron con una pareja que caminó a prisa para alejarse de ellos. Dos hombres que cuchicheaban se tocaron el pecho y bajaron la cabeza al ver que ella los miraba.

Al entrar a su alojamiento, el que no pisaba desde hacía casi un año, Zary sintió olor a encierro. Ella sabía que no era posible —el aire era filtrado y reciclado automáticamente— pero allí estaba el olor. Quizás, más que un olor, fuera una sensación: la de abrir un arcón y contemplar el pasado de otro.

Esa noche ella y Simón durmieron juntos.

Con el descubrimiento de la simbiosis y su instrumentación, la búsqueda de una cura o vacuna parecía haber pasado a segundo plano. Cuando Zary decidió regresar al trabajo pudo corroborar la falta de interés en el tema incluso entre otros investigadores. "Para qué preocuparse", parecían decir, "si los que no se enfermaron permanecen sanos y los que se enfermaron ya murieron".

Además había quienes pensaban en aquello casi como en un sacrilegio. Las bacterias habían sido reconocidas como flora nativa y ése era uno de los argumentos de una especie de nuevo culto que había surgido.

Cada vez con mayor frecuencia Zary veía a alguno de sus miembros parado en una de esquina del parque proclamando que la peste había sido un castigo de Rognar, que Rognar los había castigado por ser arrogantes e irreverentes, pero que Rognar era misericordioso, la simbiosis era la prueba de ello, así marcaba a los elegidos, a aquellos a los que les permitiría vagar libremente por su territorio.

Los que se habían vuelto simbiontes, delatados por el color de su piel, eran tratados de un modo especial, casi con temor o veneración. Y nadie parecía ignorar que ella había sido la primera. A veces, mientras almorzaba con Simón en el comedor, notaba que los demás se quedaban mirándola, quizás a la espera de una palabra, una mirada, una demostración de poder o quién sabe qué.

Aun apoyándose en los estudios ya realizados para la instrumentación de la simbiosis, Zary y Simón demoraron mucho tiempo en elaborar una vacuna. Una primera versión permitió liberar a los que, como Simón, llevaban más de un año dependiendo del suero. Sin embargo el día en que obtuvieron la que confiaban sería la definitiva, se encontraron con que no tenían a nadie en quien probarla. En la estación sólo quedaban tres clases de residentes: curados, simbiontes y naturalmente inmunes.

Esa noche Zary salió de la cama procurando no hacer ruido.

—¿Todo está bien? —preguntó Simón, sin terminar de abrir los ojos.

—Sí, no te preocupes. No puedo dormir. Voy a salir a caminar un poco.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, está bien. Vuelve a dormir. No tardaré.

Terminó de vestirse, lo besó y salió.

Hacía frío en la calle, pero no le molestó. Ya estaba acostumbrada. No era la primera vez que le sucedía aquello. Esa energía nueva que le había traído el cambio no había disminuido, la animaba cada vez con más fuerza y parecía que simplemente a veces no necesitaba dormir. Además le gustaba caminar de noche, sentía

que va-gar por aquellas calles le daba... perspectiva.

Para esa época, la instalación empobrecida y semivacía había comenzado a recuperarse. Sin prisa pero sin pausa, los que habían cambiado le iban imprimiendo su propio ritmo. Era como un órgano que había estado enfermo durante demasiado tiempo y al que le costaba reponerse; sin embargo, vacilante, comenzaba a pulsar otra vez. Parecía que varias tiendas habían vuelto a abrir, las calles lucían más limpias y ella se lamentó de no poder apreciar mejor aquello, pero sólo podía disfrutar de ese tipo de paseos durante la noche. El nuevo culto había crecido y Zary, a pesar suyo, se había convertido en una especie de icono. A menudo le enviaban obsequios o los hallaba junto a su puerta, extraños se le acercaban en la calle deseando saludarla o hablar con ella y, aunque en su mayoría se mostraban respetuosos, Zary encontraba muy incómodas esas situaciones. *Debo tener cuidado*, se dijo con sorna, *o terminarán sepultándome en vida para tener un sitio cierto donde ir a adorarme*. Pero el asunto no le hacía gracia. Se metió las manos en los bolsillos y se encaminó hacia el parque.

Las estrellas a través de la cúpula lucían cada vez más frías y lejanas para ella. Cada vez percibía con mayor claridad que su lugar de pertenencia se encontraba allí, rodeada de ese verdor sombrío, de eso que estaba comenzando, y no en el mundo en que había nacido. Pero entendía que de allá afuera tendrían que venir los que repoblarían la estación, los que le darían el impulso definitivo para adentrarse en el futuro. Y eso no ocurriría si no se levantaba la cuarentena.

—Te ves preocupada —dijo alguien, sobresaltándola.

La voz venía de entre los árboles, sólo a un par de pasos de la piedra en la que ella estaba sentada.

—Lo siento, no quise asustarte —se disculpó la mujer y, cuando salió de las sombras, Zary reconoció a Clarisse.

—¿Te molesta si me siento?

Zary negó con la cabeza, aún demasiado sorprendida como para hablar.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Sí, lo es —murmuró ella, después de apartar la vista de su rostro y dar una mirada en torno.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Me dio la impresión de que ibas a decir algo más.

—No, es que muchas veces venir aquí me ha ayudado a sentirme mejor.

Los recuerdos vinieron hacia ella, pero al evocarlos no sintió el dolor agudo ni el ahogo de otro tiempo, parecía que se estaban convirtiendo en polvo, que ya no significaban nada.

—A mí me gusta la calma que se respira aquí —dijo finalmente Clarisse—. Es una calma extraña, porque también se percibe algo poderoso en el aire; casi se puede sentir la importancia de lo que comenzó en este sitio.

Zary tuvo el impulso de responder algo levemente filoso, como que lo único que se respiraba en el aire eran las bacterias, pero se contuvo.

—He visto cómo se te acerca la gente —comentó ella después de un momento.

—Sí... —comenzó a decir Zary, algo molesta.

—Tendrías que acostumbrarte —la interrumpió sutilmente Clarisse—. A veces la gente necesita apoyarse en algo para seguir adelante; creerán o dejarán de creer, no importa lo que opinen otros. Debes saber que eres respetada, tus esfuerzos no pasan desapercibidos, tu trabajo es apreciado, algunos te admiran por las cosas que has sido capaz de hacer —mencionó con un leve temblor en la voz—. Pero muchos piensan que eres más de lo que crees que eres.

Zary susurró incómoda:

—Sólo soy lo que soy.

—Sí —enfatizó Clarisse— sólo eso.

Zary creyó oír una especie de mandato en aquello, el recordatorio de una responsabilidad. Para cuando se dio cuenta, Clarisse se había cerrado el cuello de abrigo y decía:

—Ya es tarde; debo irme.

—Tal vez volvamos a vernos pronto —se apresuró a indicar Zary— después de todo no hay tanta gente en la estación.

—Quizás eso cambie pronto —respondió ella, poniéndose de pie.

Ya se iba cuando dijo:

—No me preguntaste por él.

—No, no lo hice —contestó Zary. Y Clarisse sonrió.

Luego se alejó.

Unos días después, al escuchar en el comedor que una nave proveniente de su mundo natal había viajado hacia Rognar desafiando la cuaren-

tena, Zary recordó repentinamente esa conversación.

—Dicen que vienen a servir —comentaba uno de los médicos.

—¿A servir a quién? —preguntaba otro.

—A la estación, supongo —respondía el primero, encogiéndose de hombros.

Esa tarde Zary recibió un pequeño paquete con una nota. La nota decía: "No creo que todos resulten aptos para la instrumentación de la simbiosis. Buena suerte con las pruebas de tu vacuna". En el paquete había una inyectadora.

A Zary nunca dejó de impresionarle la fuerte decisión que parecía animar a los recién llegados, a los primeros y a los que vinieron después, una vez levantada la cuarentena. Se mostraban dispuestos a realizar todo tipo de tareas y con ellos la estación cobró nueva vida. Había muchos puestos vacantes, especialmente en equipos de investigación, y Zary se sintió ¿halagada? de que compitieran por trabajar con ella. En todo aquello percibía cierto elemento místico que no terminaba de agradarle pero, resignada, estaba aprendiendo a manejarlo. *"El trabajo no va a hacerse solo"*, se repetía, recordando a Reila. Y sentía que había mucho por hacer. Trabajaba durante todo el día, pero eso no parecía ser suficiente; y no era que no apreciara sus logros ni que se sintiera insatisfecha con lo que hacía, su vida era más feliz y más completa de lo que nunca había sido. Sin embargo, había algo más.

Últimamente notaba que lo que había sido una sensación, una sombra en su mente, se iba perfilando cada vez con mayor claridad y fuerza. Era como un instinto nuevo que comenzaba a manifestarse. Un deseo profundo y secreto convirtiéndose en una necesidad. La necesidad de salir al mundo que había más allá de la estación y explorarlo. Con cada día que pasaba el afuera lucía más tentador y la instalación, más asfixiante. Odiaba el hecho de que no existiera siquiera una ventana desde la que pudiera contemplar ese paisaje vasto y extraño cuya belleza ahora comprendía. La parte de ella que era intelecto observaba aquel anhelo creciente con una especie de curiosidad científica, y Zary no hacía nada por encaminarlo. Hasta la mañana en la que dos hombres y una mujer se acercaron a la mesa en la que desayunaba con Simón.

—¿Podemos acompañarlos? —preguntó la mujer.

—Por supuesto —respondió Simón.

—Adelante —dijo Zary, al alzar la vista y comprobar que todavía estaban de pie, dudando.

Se sentaron y comenzaron a comer en silencio. Después de un momento uno de los hombres dijo:

—Queremos hacer investigaciones de campo.

Zary levantó la mirada y lo observó; luego miró a sus acompañantes. Los tres eran simbiontes. No conocía sus nombres y nunca había tenido trato con ellos, pero sabía que trabajaban en alguno de los proyectos. Los había visto en el área de laboratorios y eran de los que la saludaban con respeto, se tocaban el pecho y bajaban la vista al cruzarse con ella en los pasillos alguna vez.

—Ayúdanos —pidió la mujer.

Y detrás del leve temblor de su voz, Zary creyó ver el mismo anhelo que empezaba a crecer en ella. De pronto comprendió que no era la única.

—¿Cuántos son ustedes?

—Muchos —respondió uno de los hombres.

—¿Nos ayudarás? —preguntó el otro.

—Lo intentaré.

—Gracias, Madre —susurró él, como si acabaran de concederle un milagro.

—No me llames así —dijo Zary, endureciendo el tono. Pero al ver el efecto que sus palabras tenían en él y sus compañeros —creyó que el otro hombre lo golpearía y la mujer rompería en llanto— se apresuró a tomar su mano de modo afectuoso—. Llámame por mi nombre, ¿de acuerdo?

El hombre asintió y Zary pudo percibir cómo se descomprimía el clima de tensión en la mesa. Miró a Simón y vio que él levantaba una ceja, sonreía y luego volvía a su desayuno.

Así, sin que Zary lo supiera, se inició el cambio definitivo.

Primero tímidamente y luego con mayor confianza, los simbiontes se aventuraron por el valle y exploraron la planicie por la que serpenteaba el río.

Con el tiempo, ella y otros como ella descubrieron nuevos yacimientos y emprendieron nuevos proyectos. Estudiaron el ambiente, y descubrieron que el río y el océano al que éste conducía estaban plagados de algas microscópicas, las mismas cianobacterias que habían aparecido en la estación.

Algún día esas bacterias nutrirían la atmósfera con oxígeno, se había dicho Zary muchas veces

al contemplar el río, *algún día toda una flora nacida de ellas cubriría la superficie de Rognar. Y nosotros aceleraremos ese proceso.*

Cuando su primera hija, Marie, tenía quince años se estableció el primer asentamiento en la planicie y cuando su primera nieta —hija de Justín y no de Marie— cumplió los quince el asentamiento tenía el doble de habitantes que la estación.

Con el tiempo, la ciudad del domo se fue empequeñeciendo. Se convirtió en un punto brillan-te en las montañas, en el sitio en el que se comerciaba con extranjeros, en una referencia histórica; pero nunca dejó de ser el lugar al que regresaban las mujeres cuando les llegaba el momento de dar a luz.

La colonia de la planicie contaba con sus propias instalaciones médicas y no hubiera sido difícil acondicionar alguna sala en la que los recién nacidos pudieran respirar oxígeno antes de ser sometidos al proceso de instrumentación de la simbiosis, pero Zary creía que volver a la ciudad del domo era una especie de ritual, un cierto reconocimiento del origen, una muestra de humildad. *Al menos todavía me escuchan*, se dijo al ver las luces de los vehículos subiendo la ladera ya caída la noche. Y observándolas desde su ventana, Zary se sintió una más entre los que acompañaban a la madre y se regocijaban con la inminente llegada de un nuevo miembro a la familia.

Después de todos estos años —tenía más de ochenta para entonces— Zary finalmente aceptaba su papel. Sabía que además de serlo en la que había construido con Simón, ella era también la cabeza de otra familia, una que cada día se hacía más grande y fuerte, que se extendía y cambiaba, adaptándose a Rognar, ajustándose a cada resquicio, del mismo modo que Rognar lo había hecho en sus cuerpos. Era como si ahora ella y los demás simbiontes fueran una comunidad de pequeños organismos instalándose en un cuerpo inmenso, asociándose con él en una relación de mutuo beneficio. Esa era una idea que Zary encontraba... agradable.

Suavemente se llevó la mano al pecho y pensó en el momento en que se había salido del camino. Pensó en la cueva, que ahora era una especie de santuario, un lugar de peregrinación. Recordó aquella noche lejana de tormenta, la oscuridad pulsante de la caverna, el calor y la humedad del traje, la sensación de ahogo. Cerró los ojos y percibió esa otra vida dentro suyo, esa que se había fundido con ella, cambiándola para siempre, haciéndola parte de algo mucho mayor, volviéndola más fuerte y resistente, retrasando su envejecimiento. *¿Cómo será el futuro?*, se preguntó, *¿Cuál será mi lugar en él?* Entonces sintió la mano grande y tibia que se posaba gentil-mente sobre la suya.

—¿Estás bien? —oyó que preguntaba Simón.

—Mejor que nunca —respondió ella y le sonrió.

—Ya llegaron Marie y Justín con los chicos.

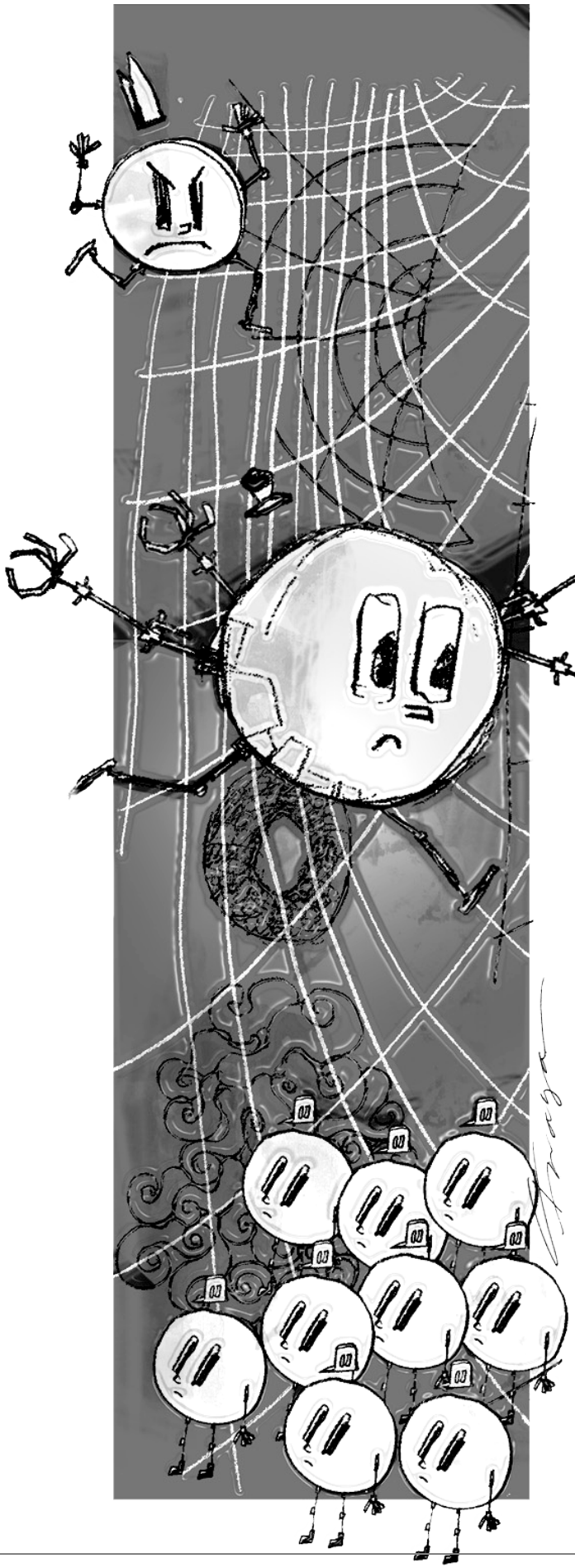
—Voy en un momento, ¿sí?

—Por supuesto —dijo Simón y la besó en la frente.

Zary lo siguió con la mirada mientras abandonaba la habitación. Sabía que las cosas eran más difíciles para él, que debía permanecer en instalaciones acondicionadas o utilizar traje y que no se había visto favorecido por los beneficios de la simbiosis, pero era un hombre fuerte al que nunca había escuchado quejarse. Cuando alguien le preguntaba al respecto, él sólo replicaba: "¿Ya vieron a mi esposa? Iré a cualquier sitio al que ella vaya". Y, como si se tratara de una de las tantas veces que le había oído declararlo, Zary sonrió. Le dio una última mirada a las luces que subían por la ladera y se puso de pie. *No sé cómo será el futuro*, se dijo por fin, *pero con que sea la mitad de bueno que el presente...* Y se encaminó hacia la sala iluminada desde la que le llegaban las risas, las voces y el sonido de la vajilla siendo acomodada sobre la mesa.

© Laura Ponce

Laura Ponce nació en Buenos Aires, en 1972. Desde el año 2005 colabora regularmente con revistas electrónicas y de papel. "La Ciudad del Domo" forma parte de su serie de cuentos "Relatos de la Confederación", recibió una Mención Honrosa en el *Concurso Coyllur 2006* y fue publicado en la revista V*elero25*.



NANOS

Diego Escarlón

—¿Tenés pieza 178?
—Sí.
—Dame pieza 178.
—No.
—Dame pieza 178.
—No. ¿Tenés 173?
—Sí.
—Dame pieza 173.
—Dame pieza 178 y te doy pieza 173.
—Bueno.

Las estructuras grises intercambiaron las piezas y continuaron armando sus rompecabezas.

Una de ellas colocó su última pieza y se alejó un poco para estudiar su obra.

El nano miró a la estructura gris.

—Hola —le dijo.

La estructura gris se dio vuelta y comenzó a buscar la pieza 1, que había visto flotando en los alrededores.

—Hola —repitió el nano siguiéndola.

Luego de mirarlo, ella le preguntó:

—¿Tenés pieza uno?

—No, no tengo. ¿Estás armando otro más?

La estructura gris se alejó sin responder, en busca de la pieza 1. La otra estructura gris terminó su rompecabezas y también se alejó, buscando la dichosa pieza 1.

Los dos nanos se miraron.

—Hola —dijeron ambos a la vez.

—Tu forma está mal —dijo uno de ellos examinando de cerca al otro—. No concuerda con el programa.

—Creo que vos también estás mal. Voy a tener que arreglarte.

—Bueno.

El nano tomó dos piezas con sus pinzas delanteras y las quitó de su lugar, desactivando a su compañero. Intentó colocar cada pieza en el sitio de la otra pero no calzaban. Tras intentar varias veces, volvió a colocarlas en sus posiciones originales.

—Hola —dijo el rompecabezas, activándose otra vez.

—Hola. No pude repararte, hay un error de programa. Aquí y aquí. ¿Ves? —dijo, señalando

ambas piezas—. No se pueden colocar en los lugares correctos.
—No, no se pueden. ¿Qué hacemos?
—No sé. ¿Reparamos el programa?
—Bueno empezá vos.
—No, empezá vos.
—No, mejor vos.
—¿Sabés cómo se repara el programa?
—No. ¿Y vos?
—No, tampoco. ¿Vamos a preguntarles a los constructores?
—Vamos.
Los dos rompecabezas fueron flotando en busca de las estructuras grises.
No muy lejos de ahí encontraron una de ellas, ocupada con un nuevo rompecabezas, se acercaron y la saludaron:
—Hola, constructor.
La estructura gris se enderezó y, mientras encastraba la pieza 11 en el nuevo rompecabezas, les preguntó:
—¿Tenés pieza 12?
Los nanos intercambiaron una rápida mirada.
—No, no tenemos. Queremos hacerte una pregunta.
La estructura giró hacia una pieza que flotaba debajo de ella, la tomó con una pinza y comenzó ubicarla.
—¿Constructor, sabías que hay error de programa?
—No —dijo la estructura gris. Se detuvo y, mirando a los nanos, preguntó lentamente:
—¿Error de programa?
—Sí, hay error de programa —dijo uno de los rompecabezas y señaló las dos piezas problemáticas en su compañero.
—¿Ves estas dos? Deberían estar al revés. Pero no se pueden colocar bien. ¿Qué hacemos?
La estructura gris se acercó y luego de examinar detenidamente las piezas, dijo:
—No, no se pueden. —Y tras un largo segundo agregó:
—Error de programa.
—Sí, constructor. ¿Reparamos el programa? ¿Cómo reparamos el programa?
La estructura gris no respondió.
—¿Constructor?
La estructura gris se mantuvo en silencio.
—¡Mirá! —exclamó repentinamente el otro nano—. ¡El constructor tiene las dos piezas bien colocadas!
—Sí, pero no responde.
En ese momento la otra estructura gris se acercó.
—¿Tenés pieza 23? —Les preguntó a los nanos.
—No constructor, no tenemos, pero sí tenemos error de programa. Acá. ¿Ves? Estas dos piezas deberían estar al revés —tras observar al constructor de cerca agregó:
—Deberían estar como las tuyas pero no se pueden colocar bien.
La estructura gris miró las piezas que el nano señalaba y dijo:
—No, no se pueden. —Y, tras un largo segundo, agregó:
—Error de programa.
—¿Qué hacemos constructor? —Entonaron al unísono los nanos. Pero la estructura gris no respondió.
—¡Ey! ¡Constructor! —Dijo uno de los nanos.
El otro sacudió suavemente la estructura gris con su pinza y dijo gravemente:
—Los constructores también tienen error de programa. ¡Somos huérfanos!
—¿Y ahora qué hacemos?
—No sé. ¿Esperamos a que alguien venga a arreglarnos?
—Bueno esperemos.
Luego de un rato uno de ellos dijo:
—Mientras esperamos se me gasta la energía.
—Tienes razón, se te va a gastar la energía. Será mejor que te apagues.
—Bueno.
—¿Ya estás apagado?
Luego de unos instantes el nano repitió:
—Pregunté si ya estás apagado. —Su compañero no respondía.
—Si ya estás apagado decime "sí".
Nada.
—Creo que no podés apagarte porque tenés error de programa. Voy a intentarlo yo.
El nano se desactivó.

—No sé qué les pasa —dijo una voz de hombre, con tono preocupado.
—¿Revisaste la temperatura? —Preguntó una voz de mujer.
—Sí, pero no eso. Probablemente sea el solvente: Vamos a tener que luchar otra vez con la prueba de solventes.
—Está bien, pero después quiero intentar algunas mejoras en la rutina de improvisación.

—Hola.
—¡Alabado sea el Señor! —dijo el nano constructor, levantando sus dos pinzas delanteras.
—¡Levántate y anda! —Le dijo.
El nuevo nano flotó a la deriva.
—¿Dónde estamos, constructor?
El nano constructor lo miró un instante, sin saber que contestar:
—Estamos en la tierra prometida del Señor —dijo—. ¡Ve y multiplícate!
—Bueno. ¿Adónde querés que vaya?
—Ve con el Señor y Él cuidará de ti —dijo el nano constructor y se alejó flotando.
El nuevo nano se quedó mirándolo un instante y luego se puso a buscar las piezas para armar su primer rompecabezas. Cerca del suelo, dos nanos atareados trabajaban en los suyos, rodeados de una nube de piezas que flotaban a su alrededor. El nano más alejado tenía seis pinzas y se movía anormalmente rápido. Colocaba una pieza 1 dentro de una pieza 38, miraba las piezas un instante y luego quitaba la pieza 1, las miraba nuevamente y volvía a colocar la pieza 1 dentro de la 38. Repetía este proceso una y otra vez.
El nuevo nano descendió hasta el suelo y les preguntó:
—¿Alguno de ustedes tiene una pieza 1 de más?
—No, hijo mío —le respondió el nano más cercano, observándolo con sus sensores. —Pero acércate al Señor y encontrarás la luz.
Luego volvió a su rompecabezas.
El nuevo nano lo miró sin entender.
—Constructor —preguntó—, ¿te hiciste un autodiagnóstico últimamente?
—Sí, hijo mío, yo era un pecador hasta que el Señor me rescató de la oscuridad.
—¡Él era un pecador! —gritó el otro nano, levantando sus pinzas delanteras por sobre sus sensores. Luego tomó sus dos piezas y las encastró nuevamente una dentro de la otra.
—No los entiendo, parece que los dos tienen error de programa. —Y examinándolos de cerca agregó—: Pero no veo donde está la falla. ¿Puedo desarmarlos para ver si los puedo reparar?
—¡Atrás, pecador! —dijo el más cercano, retrocediendo un poco.
—Bueno, bueno. No los voy a desarmar. Mejor me voy a ver si encuentro una pieza 1 —dijo, y comenzó a alejarse flotando.
—Aguarda un segundo, hijo mío. Mándanos un e-mail contándonos tus pecados o llámanos por teléfono y compartiremos tus experiencias de vida.
—¿Qué? —preguntó el nuevo nano, girando sus sensores para examinar mejor al constructor.
—O acércate al templo y te recibiremos con los brazos abiertos. ¿Fuiste al templo esta semana?
—No lo sé. ¿Qué es templo?
—Sólo el Señor lo sabe, hijo mío. Pero dime... ¿has ido al templo esta semana?
—No sé qué es templo, ni qué es semana.
—No evadas la pregunta, hijo mío. ¿Has ido al templo esta semana?
—Ya te dije que no sé qué es semana.
—Vamos, hijo mío. No faltes a la verdad, que no puedes ocultarle nada al Señor.
—¡No puedes ocultarle nada al Señor! —gritó el otro, levantando nuevamente sus dos pinzas delanteras y pataleando con las otras cuatro. Luego volvió a su eterno rompecabezas de dos piezas.
—No conozco a ningún señor.
—¡No digas eso! Creo, hijo mío, que eres un cordero descarriado. Es mi deber limpiar tu alma. Del polvo venimos y al polvo vamos, hijo mío. Tu alma debe volver a las filas de los temerosos de la cólera divina.
—Realmente necesitás una reprogramación de emergencia.
—No temas hijo mío, ya no sufrirás más —dijo acercándosele y extendiendo sus pinzas hacia el nuevo nano.
—¿Vas a desarmarme? No puedo dejar que me desarmes porque tenés un bruto error de programa —dijo, y se alejó a toda velocidad.
El nano fanático comenzó a perseguirlo mientras le decía a su compañero:
— ¡Ven hermano, mostrémosle la luz a este pecador!
El otro nano se tiró al suelo de espaldas y, sacudiendo sus seis pinzas alzadas, gritó:
—¡La luz! ¡La luz! ¡Mostrémosle la luz!
Se levantó, miró la pieza 1 como si la viera por primera vez, y la encastró cuidadosamente dentro de la pieza 38.

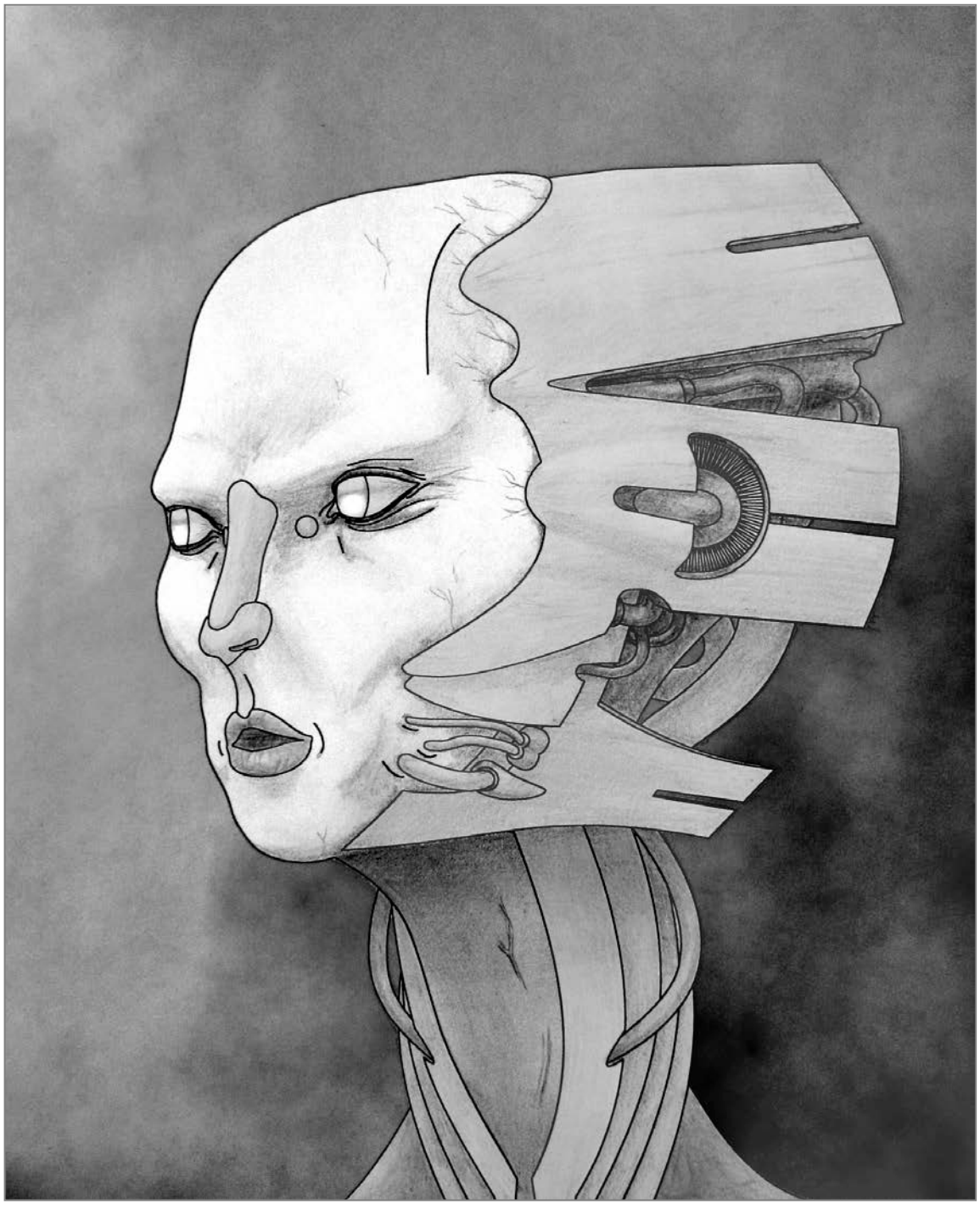
Ambos nanos eran igual de veloces pero, a diferencia de su perseguidor, el nuevo nano no había explorado aún la zona. La distancia entre los dos se acortaba cada vez que se detenía para orientarse.
En su desenfrenada carrera pasaron cerca de un grupo de nanos que trabajaban en sus rompecabezas.
El nano fanático les gritó:

—¡Hermanos! ¡Al hereje! ¡Atrapad al hereje y el Señor los recompensará!
—¿Hereje? ¿Quién? ¿Dónde?
—¡Allí! ¡Niega al Señor, hermanos! ¡Agarradlo!
Los nanos dejaron sus construcciones y comenzaron a perseguirlo.
El nuevo nano no podía continuar la carrera. Eran demasiados y pronto lo atraparían. A lo lejos divisó otro grupo de nanos y se dirigió hacia ellos a toda velocidad.
Rápidamente se introdujo en el grupo. Se detuvo y comenzó a juntar un montón de piezas, simulando un rompecabezas a medio construir.
Los nanos fanáticos se detuvieron frente al nuevo grupo y uno de ellos dijo:
—Hermanos. ¡Señaladnos al hereje!
—¿Hereje? —Preguntó un nano, buscando una pieza 103—. ¿Qué es un hereje? ¿Es diet? Yo no como nada que no sea bajas calorías. ¿Probaste el nuevo dulce de leche diet? ¡Tiene menos calorías que los otros y es más rico!
Otro de los nanos recitó, meneando sus sensores sin dejar de armar su rompecabezas:
—Quiero mandarle un saludo a Pitu, a Matu, a Chelo, a Fachu, que está resfriado, a Costi y a mi amiga del alma Milu, que está al lado mío. También le mando un beso a mi novio Juampi y a todos los que me conocen. Además quiero votar por todas las canciones de Los Cabezas Huecas que son una maza.
—Si quieren comprar un hereje —explicó un nano del nuevo grupo a los recién llegados— acérquense al supermercado más cercano y aprovechen las nuevas ofertas.
—¿Ofertas? —preguntó uno de los nanos perseguidores.
—¡Sí, ofertas! Si mencionás esta promoción, tenés un dos por ciento de descuento. Y recordá: No nos interesa que vengas, sino que vuelvas.
Los nanos fanáticos se quedaron un instante en silencio. Uno preguntó cautelosamente:
—Esteee ... ¿Y dónde queda el supermercado ese?
—¡No sucumbas a la tentación, hermano! —le ordenó uno de sus compañeros—. ¡Son todos herejes! La contaminación se está extendiendo. ¡Confiesen sus pecados y salvarán sus almas de la perdición eterna! ¡Arrepiéntanse!
Dos nanos fanáticos salieron de su letargo y comenzaron a desarmar al nano más cercano a la vez que vociferaban:
—¡Arrepiéntanse! ¡Arrepiéntanse!
El nano desarmado comenzó a gritar:
—¡Son de la competencia! ¡Socorro! ¡Socorro!
Un instante después los dos grupos estaban luchando en una maraña de pinzas y brazos.
Varios nanos, enloquecidos, comenzaron a desarmarse a sí mismos.
El nuevo nano se unió a la batalla gritando:
— ¡Son todos un montón de error de programa!
El combate era demencial.
—¡Ríndanse al Señor! —gritaban algunos.
—¡No compren imitaciones! —respondían otros.
—¡Que alguien busque un programador! —gritaba el nuevo nano.
Pronto no quedó ningún nano entero.

Una voz de hombre exclamó:
—¡Malditos cacharros! ¡Si sólo pudiésemos saber lo que dicen! Ya intentamos cambiar la solución, los materiales de las piezas, la temperatura, examinamos una y otra vez el programa...
Una voz de mujer respondió:
—Bueno, al menos estos se reprodujeron. La nueva interfaz está retrasada. Es probable que tarde una semana más. Deberíamos volver a probar deshabilitando las comunicaciones.
—Sí, tenés razón —suspiró la voz de hombre —mientras no podamos comunicarnos no debemos dejar que escuchen. No sabemos qué clase de interferencia están recibiendo.

© Diego Escarlón

Diego Escarlón vive en Villa Gesell. Posee una mente despierta e inquisitiva, fascinante como los fractales. Es escritor y artista gráfico. Tiene conocimientos de biología, informática y comercialización. Ha publicado cuentos, artículos e ilustraciones en las revistas *Axxón*, *Alfa Eridani* y *La Idea Fija*. Nanos ha sido publicado en francés y traducido al inglés e italiano.



EL OTRO EXTREMO

PAULA SALMOIRAGHI

"Por aquel entonces tenía yo quince años y vivía con un chico bastante mayor. Técnicamente estaba huida del orfanato."

Era su canción favorita, la había compuesto hacía mucho tiempo, cuando aún no le gustaba nombrar a su padre ni a su madre y fantaseaba con ser huérfana. Comenzó a sonar en su ca-

beza como lo hacía cada vez que ella programaba con horario fijo el sistema despertador que tenía instalado sobre la sien.

Miró la línea difusa que solía llamar horizonte y no supo dónde se hallaba. No vio a nadie que le explicara por qué, ni para qué. Sentía su cuerpo desmembrado, astillado. No era solamente que sus implantes estuvieran fallando, había algo antes en ella que ahora le habían quitado. Sentía aún la sensación de desgarro, de conexiones arrancadas de cuajo, de engarces metálicos y uniones de carne que habían dejado de acoplarse, que estaban ahora desencajados. Se apoyó sobre el codo y sintió algo que la tironeaba. No era un lazo físico, pero tenía su fuerza, creyó que era el recuerdo de aquello que le habían quitado. Supo que existía en algún lado el otro extremo de algo que ella había tenido. Era confuso sí, pero se sentía como la punta de un cable que alguien ha extendido a lo largo de kilómetros y kilómetros. Pensó que había algo para ella más allá de ese valle blanco: el otro extremo de su lazo, su cable o lo que fuese, se alargaba, se transparentaba sobre el horizonte pálido pero no deja de succionarla, de atraerla.

Caminó sobre el hielo. No se quebraba. No sabía por qué había esperado que se quebrase, si ella sabía desde siempre que el hielo no se quebraría. El hielo era muy sólido. Lo había oído miles de veces en los carteles audioperceptibles de las avenidas: "Planeta Tierra: sin mares acuosos, móviles e imprevisibles que puedan formar oleajes o desatar tempestades, sin continentes a la deriva ni tierra de contornos irregulares propensa a terremotos e indefensa ante de la erosión." Y los viejos decían: "Demos gracias por vivir en el hielo que es lo más parecido al metal y nos provee de las más deseables seguridades." Así decían.

Logró levantarse. Unos puntos negros se acercaban velozmente hacia ella. Directamente hacia ella. "Patinadores, la puta madre", pensó y volvió a tirarse al piso. La pandilla formó un círculo a su alrededor y ella pudo ver sus caras sonrientes y burlonas, sus ropas apenas simuladas sobre sus cuerpos totalmente metálicos. Usaban tiras de tela oscura sobre las prótesis brillantes sólo para distinguirse de otros grupos, sólo para identificarse estéticamente dentro de las miles de tribus que rivalizaban en originalidad de propuestas y vacío de ideologías; todos tenían algo en común: no tenían la más remota idea de qué carajo hacer con sus vidas. Pasaban años tratando de conseguir el nuevo modelo de implante, para darse cuenta, al conseguirlo, de que su vecino tenía uno aún mejor y debían también poseerlo. Los patinadores no escapaban a esta constante, sólo que además se dedicaban a mejorar sus técnicas de deslizamiento sobre el hielo y su puntería contra "blancos fáciles". Ella era, ahora, un blanco fácil. Quieta sobre el hielo podían arrojársele encima, tironear de su ropa, saltar sobre su cabeza, apostar para ver cuál de ellos lograba arrastrarla durante mayor distancia.

Ella no tenía ganas de jugar. "A ver si conocen esto, nenes de mamá de lata", se dijo a sí misma y conectó el dispositivo que volvía incandescente su superficie. El patinador más cercano no atinó a retroceder a tiempo: la tenía agarrada de un hombro cuando su mano derecha comenzó a chamuscarse. El tipo dio un alarido y se miró el metal fundido en que se deshacían sus dedos. Salió disparado como un rayo mientras hundía la mano en el hielo que apagó la quemazón. Sus amigos lo siguieron mientras se daban vuelta hacia ella y le gritaban "Blandita de mierda" y "Metete el calor en el culo", pero ninguno volvió a acercarse.

Siempre se había preguntado si la raza humana con sus ápodos y accesorios sería indestructible. Le parecían idiotas los que decían que nada quiebra el hielo y el metal. Se olvidaban de todo lo que los derrite porque les convenía olvidárselo. Ella recordaba lo que le decían de niña: que no tenía que estar pensando en esas cosas, que tenía que disfrutar de las seguridades que le ofrecía la era en la que había nacido. El ingenuo de su padre se descorporizó sin haberle nunca querido explicar qué era el calor. Creía que, si no era nombrado, no existía. Y se decía tan nuevo, tan progresista, si hubiese sabido algo de historia se hubiera sorprendido al descubrir que la palabra mágica, el pensamiento mágico, ése que cree que la cosa es igual al nombre de la cosa, es bien antiguo. Qué imbécil le había parecido el día en que se enojó tanto al descubrirla leyendo aquel libro. Los padres, las madres, los progenitores físicos o espirituales de primer, segundo o tercer orden son todos iguales: creen que con negar información al discípulo, los datos "prohibidos" no pasarán a la nueva generación. Al contrario, es la mejor forma de asegurarse de que un novato curioso llegue a ellos y quede deslumbrado. La rebeldía, qué cosa imposible de extirpar del ser humano.

Rememoró con placer el momento en que llegó a sus manos el libro de aquel hombre que los Patrulladores se habían llevado para entre-garlo a

los Conservadores Del Hielo. Ella había visto la escena escondida en el callejón: el navegante arrancado de la nave que dejaron un instante abierta y luego sellaron. A él lo arrastraron hasta la patrulla transparente que ella veía deslizarse por el hielo delante de su edificio cada tres minutos. Pudo ver que el hombre era todo de carne y que los Conservadores se burlaban mucho de él y aprovechaban sus botas niqueladas para patear a alguien mucho más expuesto que los vulgares delincuentes llenos de metal.

Ella tenía apenas diez años, apenas algunas placas preventivas en la cara y en las extremidades. Sus ojos estaban todavía llenos de color, eran iguales a los del hombre todo de carne y él los pudo mirar directamente mientras lo pateaban. Ella se escondió detrás de una columna. El tipo sacó algo del bolsillo y lo hizo resbalar por el hielo hasta ella sin que los Patrulladores lo notasen. La cosa chocó contra su pie derecho y se quedó allí. Le pareció que el hombre hacía enfurecer a sus atacantes para que lo golpearan con mayor dedicación y no le prestaran atención a ella. Los ojos del hombre seguían colgados de su mirada, no los bajó hasta que no la vio levantar el objeto y correr hacia donde nadie la viera.

Durante un tiempo leyó aquel manuscrito a escondidas y no supo qué hacer con esa información tan vieja y tan novedosa. Cuando su padre quiso quitárselo sí supo qué hacer: se fue de su casa. No era original, en las calles todos los chicos y chicas de su edad andaban solos, algunos volvían a algún edificio en particular donde vivía algún pariente, pero la mayoría iba probando grupos hasta que elegía el que iba a transformarse en su tribu y allí se quedaba, yendo de un lado a otro en manadas, buscando trabajo o dinero, negocios o supervivencia, molestando a los otros grupos, inventando cosas nuevas para no aburrirse.

Su problema fue que no encontró grupo que la aceptase. Lo que la obsesionaba era rechazado por todos los líderes. Ella no traía nada nuevo, ella hablaba boludeces del siglo XX y leía un libro de papel. Ni siquiera cuando, gracias a ese libro de papel, logró generar y manejar a voluntad el fuego y sus derivados fue aceptada. Los que sabían su secreto le tenían miedo, los que no lo sabían la consideraban una estúpida con poco metal en la cabeza.

Así era la cosa.

Decidió caminar hacia el horizonte a través del blanco. Lo detestaba: Blanco hielo. Cielo blanco. Sabía que muchos ya no veían los colores naturales sino los que les fabricaban los implantes. Se preguntaba si sería una forma de mutación, de adaptación al medio de hielo que hería la vista natural hasta enceguecerla o una consecuencia de los dispositivos oculares que eran lo más común en el planeta. Nadie miraba ya con nada que no fuera tecnología de la más avanzada, no había motivos para privarse de las fuentes de registro de imágenes incorporadas a los glóbulos oculares, de las enormes posibilidades de reproyección, almacenamiento y recreación que proveían. Estaba casi segura de que, sin proyectar nada desde los archivos, una persona común sólo podía ver el blanco, a lo sumo los grises, o diferenciar sombras.

Desde niña había aprendido a no decir a nadie lo que ella sí veía, se había hartado de que le dijeran que sus sistemas estaban fallando y que mandarían una solicitud de recambio al Centro de Metalurgia Mayor. Así había sido su vida: esconderse, escapar, investigar en secreto, descubrir que lo estable es inestable, que la red tiene fisuras, muchas fisuras, y que lo verdaderamente interesante está en otro lado.

Sintió otra vez el llamado de su otro extremo. Había leído tantas viejas historias: el tesoro al final del arco iris, el amor eterno, la leyenda de El dorado, la tierra prometida, el paraíso, el infierno, el nirvana, la conquista del espacio. El viejo libro del navegante molido a patadas era una guía, una lista de lugares donde buscar datos, direcciones virtuales y físicas, nombres de personas muertas o semi vivas: muertas definitivamente porque vivieron en tiempos anteriores a la supervivencia de la conciencia humana en medios mecánicos o vivas en sistemas de acceso negado a gente como ella. No se detuvo nunca a filosofar sobre quiénes o qué negaba o permitía el acceso a todo aquel conocimiento y a todas aquellas personas ávidas de comunicar su sabiduría a alguien que los encontrara flotando en los rincones del sistema que ya sólo se usaba para encargar patines más afilados, ojos con más memoria o dedos erotizantes descartables.

Ella había seguido todas las pistas anotadas en el libro de papel, sabía que había encontrado la gran respuesta, sabía que había sido muy feliz durante un instante y que los que la alzaron en vilo y la metieron en el Endulzador de la memoria le prometieron que recordaría "todo" menos "eso" y se rieron, se rieron mucho y le repitieron que ellos iban a ser buenos aunque ella había sido una chica muy mala. Era su peor pesadilla cumplida, si algo detestaba, dentro de todas las

porquerías que detestaba, era ese Endulzador del carajo. Ni siquiera alguien se había preocupado por darle un nombre menos pedorro. "Andá a endulzarle la concha de tu abuela", gritó mientras la arrastraban y la ataban a la silla mullidita que cualquier ciudadano elegía para olvidar "malos momentos" y recordar sólo cosas dulces.
No pudo evitar lo que vino después y ahora estaba allí, sin poder recordar aquello por lo que había vivido tantos años. Lo peor era que sabía que lo había encontrado.

Se hizo mediodía y ella todavía caminaba sin rumbo. El mediodía: sólo su antebrazo-reloj podía decírselo, la claridad era la misma que hacía ocho horas y sería la misma dentro de otras diez. Era difícil contar los días, los meses y los años en el Nuevo Mundo Civilizado, todo era una pálida y perpetua claridad. ¿El sol? Sólo un disco blanco opaco que, mirando hacia arriba con fijeza, podía distinguirse apenas, recortado contra el vacío. Ya casi nadie podía diferenciarlo de la luna, los matices de blanco eran tan parecidos. ¿Cómo mierda habían hecho para hacer desaparecer la noche? No era posible que no lo recordara, sabía que era una explicación muy sencilla. Si no podía recordarla era porque debía tener relación directa con lo que le habían hecho olvidar. Tenía que forzarse a recordar, había descubierto muchas teorías sobre el funcionamiento del cerebro humano y los Endulzadores se basaban en principios muy básicos de psicología: simplemente ayudaban a fijar lo que la persona "deseaba" que fuera verdad. Y ella no deseaba olvidarse de lo que había aprendido, no deseaba recordar solamente su canción preferida, no deseaba jugar a la chica mala y repetir la vida de cuanta pendeja anda por ahí al pedo.
Mientras caminaba hacia adelante por el hielo, trató de hacer un inventario de sus experimentos. Primero fue lo de la sangre. Había querido ver qué había debajo del metal. La mano derecha trabajando sobre la izquierda hasta que había visto surgir un líquido entre las uniones. Fue su voluntad llenándose con algo que distorsionaba su conciencia, fue el blanco cotidiano empañándose ante ella, su mano invadida por algo desconocido. Alguien la vio tirada en la calle y acudieron en su auxilio; no explicaron ni preguntaron, se limitaron a reforzar la cubierta de su brazo y anotar el episodio en su Historia Vital. El puto archivero zen en que estaba registrada la vida de cada quien, seguramente eso la había deschavado. Años y años de "pequeños episodios" anormales habían logrado que los Conservadores cayeran sobre ella.

Cada descubrimiento la acercaba a lo des-conocido. A partir del día en que vio su sangre por primera vez saltar desde su muñeca empezó a buscar más cosas que invadieran así y golpearan y trastocaran el sentido de las incrustaciones hielo-metálicas de su cuerpo. Encontró el sexo y el amor. En ese orden. En varios hombres y mujeres, el primero, y en el tipo mayor del que hablaba su canción, el segundo. ¿Era él quién le decía que ambos eran parte un una misma cosa, que ambos eran las puntas del mismo hilo? ¿Era él su otro extremo? ¿Se había ido un día sin avisarle, nunca había sabido nada más de él? ¿Habría sido real o un recuerdo incrustado por el Endulzador? ¿Qué tan Endulzante podía ser el hecho de ser abandonada? ¿Era real que había vivido con él o su imagen era el resultado del recuerdo deformado del navegante que le dio el libro y de tantos otros grandes filósofos que habían conocido después?

También recordaba el tiempo en que había empezado a tener visiones. Primero habían sido muy distanciadas, confusas y tenues, como aquella que la asaltó sentada junto a lo que, más tarde supo, había sido un caudaloso río. Las

imágenes de agua en movimiento, mucho movimiento, agua saltando y arrastrando piedras y plantas y peces que ya no existían, le ocuparon la conciencia y la hicieron trastabillar como si el suelo se moviera bajo sus pies. Tuvo que investigar mucho para ponerle nombre a las cosas que había visto: "río", "corriente", "cascada", "inundación", "barro", "pejerrey", "surubí". Y cuanto más sabía, más imágenes le aparecían. Luego habían empezado a llegar periódicamente, las sensaciones la inundaban cada vez con más intensidad, cada vez con más energía. Recordaba haber previsto que el desenlace estaba próximo, había presentido que algo pronto se revelaría ante ella, y lo esperaba. No tenía previsto ser pescada en un Endulzador, pelotudos de mierda. ¿Dónde habrían tirado su libreta de papel? Era ridícula, el reciclado no le había salido muy bien pero estaba orgullosa de haberlo logrado. Era un lujo que se había dado, por ser fiel a su inspirador, a su navegante perdido entre patadas. Él había tenido tiempo de pasarle su libro, ella no tenía la menor idea de dónde le habían escondido el suyo. ¿Lo habrían quemado? Hubiera sido gracioso: Conservadores del hielo quemando papel. Imposible, pero ¿de qué otra forma podía destruirse un libro por completo? ¿Y si la hubieran quemado a ella? Como a las brujas hacía siglos, hubiera sido paradójico. No había ni siquiera violencia en los Conservadores, ni siquiera la habían pateado o golpeado como solía ver que hacían los Patrulladores, simplemente le habían quitado de la cabeza lo que ella había estado años para poner. Una chica como ella ni siquiera podía elegir sus registros mentales.

Tendría, finalmente, que prestarle atención a esa sensación física peculiar que le quedaba. Algún tipo de lazo con algo que desconocía latía impaciente.

De repente, al traspasar una zona que parecía ser el límite de la planicie helada, sus tirones lograron sumergirla en una marea que la agitó, la sacudió, golpeó su metal contra el hilo e hizo surgir otra vez la invasión de calor que había experimentado muchas veces. Eran miles de manos aferrándola. No sintió miedo. Había algo parecido al dolor, pero no sufría. Una gran cortina blanca como el hilo, como la nieve, se desplegó ante sus ojos. Creció, creció en tamaño y en claridad y cuando su vista no soportaba más, la cortina empezó a quebrase, a fundirse, a ser decorada por cuerpos muy ágiles y delgados, cuerpos que no eran claros pero irradiaban luz, cuerpos que primero creyó no haber visto nunca en su vida pero a cada movimiento renovaban en ella la sensación de ser invadida. Recordó. ¡Por fin! ¡Por fin su mente se aclaraba! Parecía que la acción del Endulzador se derretía y dejaba paso a la verdad, las mentiras implantadas se ablandaban y caían como hielo en una caldera o como metal en una fragua. Allí estaba lo que había empañado el blanco en aquella ocasión. También estaba lo de la sangre y el deseo que la movía a buscar otros cuerpos humanos. Y a la luz de todo aquello la cortina ya no era blanca. El horizonte ya no era sólo un cambio densidad, ahora era un límite, era el fin del hielo. El fin.

Corrió con el suelo resquebrajándose bajo sus pies, corrió hacia aquellos cuerpos que se comían el hielo. Aquellos cuerpos que logró nombrar con cabal comprensión: eran llamas, era fuego real, natural, permanente, fuego distribuido a lo largo de todo el horizonte, fuego inabarcable, inacabable, indestructible, fuego que quemaba las almas y los cuerpos, los de metal y los de carne, los de plástico y alambres, los humanos y los electrónicos, fuego destructor y purificante, fuego del infierno.

Y la invasión crecía, avanzaba dentro de ella. Su metal no resistiría mucho tiempo. Ella sabía que correría la misma suerte que el hielo. Sus ojos giraban enloquecidos, se miró las piernas: sus uniones se aflojaban: aquellos cuerpos inquietos habían alcanzado su metal, su mano derecha fue la última en ser devorada y sus ojos ya no vieron más.

Parpadeó, parpadeó y se puso de pie. Era la segunda vez en la jornada en que se despertaba sin saber dónde estaba ni por qué. ¿Otra vez lo había olvidado todo? ¿Había soñado lo del fuego? ¿Había imaginado que al final del hielo y de los edificios, de los Patinadores y los Progenitores, los Conservadores y los Patrulladores, había una cortina blanca que caía en un abismo de fuego? Volvió a parpadear. ¿Por qué le costaba tanto fijar la vista? Tanteó su cuerpo: ¿y el metal? Lo había sentido derretirse pero no creyó sobrevivir. Dio un paso, no estaba nada mal, si pudiera distinguir alguna forma estaría mejor. Adaptarse, lo hacía rápidamente, sus ojos se adaptaban. Miró hacia el lugar que había recorrido y vio apenas unos hilitos de humo y detrás, ya lejos, muy lejos y muy empequeñecida, una cúpula de vidrio cubierta de conexiones electrónicas que se reconstituían alrededor de un hueco que ya se estaba cerrando. "Ese mundo de mierda cicatriza rápido", se dijo a sí misma,

"Nadie va a extrañarme." ¿Habría sido eso el infierno? ¿Una pequeña muestra? ¿Una pequeña advertencia para niños y niñas descarriados? ¿Se podría volver? ¿Volver a dónde? ¿Volver para qué?

Ahora su vista empezaba a percibir algo delante suyo, algo que emergía de la bruma en que se hallaba sumida. Se elevaron ante ella formas fantasmales, siluetas imprecisas, contornos sinuosos, imágenes desconocidas. Se sintió presa de un embrujo, sintió crecer ese escenario mágico a su alrededor. Su cuerpo vibró como nunca. Vibraba desprotegido, confuso, despojado de todo su metal. Fue entonces que recordó su lazo, el otro extremo volvía a succionarla, a empujar su cuerpo un paso más allá.

Pisó algo viviente, sus pies temblaron al contacto. Algo golpeó delicadamente su cara y descubrió que su cuerpo entero se hamacaba al ritmo del golpe. Sintió que la rodeaban otras fuerzas latiendo igual que su cuerpo. Recordó haber recordado, dijo "pasto", "viento", "insectos", "aves", "Ávile, mi amor". Recordó lo último que había leído encerrada con aquella conciencia que perduraba en una máquina obsoleta desde hacía años, aquella voz que fue humana, que tuvo deseos de inmortalidad y que sólo deseaba desintegrarse luego de pasar su legado, su frase magistral, su gran descubrimiento. Y ahí había estado ella, Númele Te, para escucharla y luego ayudarla a dejar de existir. La voz encapsulada había dicho: "Otra vida es posible. El infierno no es el fin del mundo. Lo que te han quitado y es tuyo está del otro lado."

Supo que sólo le faltaba un poco más. Movió hacia adelante un pie y luego el otro y nuevamente el primero. Su lazo ya no la dejaba detenerse. Corrió sobre aquello viviente, entre aquel dulce golpe mientras su lazo se iba ensanchando, afirmado, dejando de ser recuerdo para volver a ser unión física.

Extendió los brazos y se sumergió en un mundo distinto al que le habían hecho conocer como real. Ahora la noche, ella y su otro extremo eran uno solo. Ahora se sintió feliz y con la misión de su vida cumplida, ahora los Técnicos del Endulzador podrían jactarse de haber logrado domar a una de las rebeldes más inconformables.

© Paula Salmoiraghi.

Paula Irupé Salmoiraghi nació en Buenos Aires, en 1969. Es profesora en Lengua y Literatura, y traductora de francés. Escribe desde los quince años. Ha publicado poemas en revistas de Argentina, Francia y Bélgica, cuentos fantásticos y de CF en *Clepsidra*, *Crónicas de la Forja, NM, MiNatura* y *Aurora Bitzine*, y artículos de crítica y teoría literaria en diversos sitios web. Blog:

http://lunesporlamadrugada.blogspot.com/

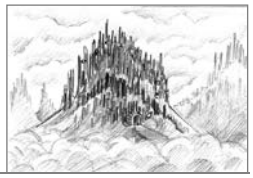
ILUSTRADORES

GUILLERMO VIDAL nació en 1955, vive en el barrio porteño de Devoto y hace algo más de diez años comenzó a trabajar en arte digital. Ha ilustrado relatos y realizado tapas para la revista *Axxón*; sus cuentos han sido publicados allí y en *Químicamente Impuro.* También confeccionó la tapa del "Anuario Axxón 1". Algunas de sus imágenes, de gran belleza y realismo, pueden contemplarse aquí:

http://www.gevidal.com.ar/webdocses/catalogo.htm

REIQ (Reinaldo Quinteros Arturo Torrealba) nació en 1983, es venezolano y vive en Londres. Su trabajo ha aparecido en diversas publicaciones y su sitio web ha recibido más de 3 millones de visitas en cuatro años. En su portfolio pueden verse algunas de sus excelentes ilustraciones digitales y dibujos a lápiz:

http://www.reiq.co.uk



NAHUEL PONCE nació en 1986 y vive en Glew, en la zona sur del Gran Buenos Aires. Estudia Diseño Multimedial y profesorado de Arte en Artes Visuales. Es músico y trabaja como telemarketer. Blog:

http://almohadadeviento.blogspot.com/

PEDRO BELUSHI nació en Madrid en 1965. Es dibujante de comics, guionista e ilustrador. Actualmente colabora con *Axxon, BEM on Line* y otras revistas de Ciencia Ficción haciendo ilustraciones para relatos y portadas, así como guiones para otros ilustradores. Un ejemplo de esto es la serie "Shocks", publicada en *Axxón* en castellano, francés e inglés:

http://axxon.com.ar/shocks/sh001.htm

NESTOR TOLEDO nació en 1980, vive en Sarandí, en la zona sur del Gran Buenos Aires. Trabaja como paleontólogo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata y es becario del CONICET. También es un excelente escritor e ilustrador. Esta es la primera vez que se publican sus obras.

MC CARPER (Mario César Carper) vive en San Fernando. Es escritor, ilustrador, guionista y dibujante de cómics. Colabora como ilustrador de portadas y relatos en las más importantes publicaciones on-line. Su serie de novelas "Enfrentamiento de los Dioses" se publica por entregas en el *Portal de Ciencia Ficción* y las aventuras de Salvat, el nómada, en *Aurora Bitzine*. Dibujó la primera etapa de "Shocks", con guión de Pedro Belushi, publicada en Axxón. Blog:

http://enfrentamientosdelosdioses.blogspot.com/

FRAGA (Francisco García Aldape) nació en México en 1964. Es un talentoso ilustrador e historietista. Ha publicado su excelente trabajo en diversos medios electrónicos y de papel. *Don Ramirito*, *Petalina*, *Cáctulus*, *Ondas Fraguianas* y *Cocolazos* son sus Marcas Registradas. Blog:

http://fragacomics.blogspot.com/

Ondas fraguianas

Por Fraga

EN EL SIGUIENTE NÚMERO

Cuentos de:

Néstor Toledo
Ricardo Giorno
Eduardo J. Carletti
Néstor Darío figueiras
Hernán Domínguez Nimo
Teresa Pilar Mira de Echeverría

Ilustraciones de:

fraga
Augusto Belmonte
Pedro Belushi
Néstor Toledo
MC Carper

Tapa de:

Racrufi

Además:

Editorial
Correo de lectores
Ondas fraguianas